
La maga
de
Montmartre
Juan Carlos Boveri

Imagen: La maga de Montmartre – JB
Ediciones Bec

Las mellizas

Mi prima Paz y yo nacimos el 2 de enero de 1951, bajo el signo de Capricornio. Ella en Buenos Aires y yo, en Río Ceballos, Córdoba. Es cierto que podía ser una casualidad, pero el asunto era que mi vieja y la de Paz eran hermanas mellizas. Así que nacer el mismo día y con una diferencia de ocho minutos, a lo mejor, algo quería decir. Eso lo sabría mucho después, cuando fui a vivir con ella y la tía Liliana.

Cuando eran chicas, las mellizas se peleaban a las trompadas. El día que a Felisa, mi vieja, le contaron que su ex novio Remigio la había engañado con la tía, la agarró de los pelos sin decir una sola palabra.

Se trompearon de lo lindo. Felisa quedó con un ojo negro y el labio partido. La tía Liliana recibió tres puntadas en la oreja. Felisa casi se la arranca de un mordiscón.

La pelea y la calentura de mi vieja estaban fuera de tiempo. Las dos estudiaban literatura en la universidad de Córdoba y ya habían pasado tres años desde que mi vieja cortó con Remigio. Fueron novios cuando ella tenía quince y duraron dos meses. Decía que era un boludo y que lo usó para darle celos al hijo del ferretero, con el que salió una sola vez porque tenía un asqueroso aliento a salsa provenzal.

Mi vieja dijo que se pasaba por la argolla lo que hiciera Remigio, pero que su hermana era una guacha porque una hermana nunca se anda toqueteando con el novio de la otra y si lo hace es una puta más puta que las putas de los quilombos.

Al enterarse del motivo de la pelea, la tía fue a buscar a Remigio y lo puso delante de mi vieja.

—Hablá, jetón —dijo la tía.

Remigio confesó que había andado hablando al pedo para sacar chapa de galán y que nunca tuvo nada con la tía Liliana.

Mi vieja se quedó callada y ahí fue que la tía dijo:

—¡Felisa, andate a la mierda!

Y le pegó una piña que la noqueó.

Mi vieja quedó tirada de espaldas en el piso, con los brazos abiertos. Remigio la quiso ayudar, pero no tuvo tiempo. La tía le zampó una trompada que le rompió la nariz.

El abuelo Lutero podía ser un tipo muy jodido en algunas ocasiones y esta fue una de esas

Crecí conociendo una versión y pasaron años para enterarme de la verdadera.

El resultado de todo ese despelote fue que, a la otra semana de la pelea, la tía Liliana abandonó la facultad y se fue para Buenos Aires a vivir en una pensión. Como le gustaba sacar fotos, se llevó la cámara y se ganó la vida como fotógrafa.

Mi vieja se casó a los veinte años con José Luis Montero, que sería mi papá por un tiempo, y quedó embarazada en la luna de miel. La tía Liliana también quedó embarazada y los abuelos se enteraron un mes después del nacimiento de Paz.

La abuela Teresa viajó a Buenos Aires para conocer a la nieta. Preguntó dónde estaba el marido. La tía Liliana le contestó que no se había casado y que el padre de la niña estaba muy lejos.

La abuela entendió que su nieta era hija de cualquiera. Diga-

mos que se horrorizó, hizo una de esas escenas que hacen las madres y que terminan diciendo: «Cuando se entere tu padre».

Al enterarse, el abuelo Lutero dijo a los gritos que no quería volver a verla y que jamás entraría a su casa. Era una perdida y una desvergonzada. Todos en la familia y en Río Ceballos la consideraban una loquita y un tiro al aire.

El abuelo

El abuelo Lutero era catalán y comunista. Tenía una reproducción de *Guernica*, el cuadro de Picasso, colgada sobre el respaldo de la cama. Odiaba a Perón, decía que Eva fue una puta y había que agradecerle al cáncer que la mató.

El día que la Marina de Guerra bombardeó Plaza de Mayo, se sintió frustrado cuando se enteró que había fallado el plan para asesinar a Perón.

Como sabés, en la plaza murieron más de cuatrocientos civiles y hubo más de dos mil heridos. Muchos perdieron un brazo o una pierna. A los pocos meses del bombardeo, Perón fue derrocado y el abuelo festejó como si España hubiera ganado el campeonato mundial de fútbol.

Yo tenía siete años cuando murió la abuela. A la semana siguiente, encontraron al abuelo muerto en la cama. No se supo bien la causa de la muerte, pero dijeron que fue por amor. Era raro que pensaran eso porque, en Villa Carlos Paz, el abuelo tenía otra mujer y tres hijos a los que nunca reconoció.

Como la gente tiene una forma muy curiosa de aplicar la moral, la que deshonraba el apellido familiar solo era la tía Liliana. El abuelo Lutero siempre fue considerado un hombre de bien.

La tía Liliana se enteró de que sus padres habían muerto y mi vieja supo que había estado en el pueblo porque encontró dos ramitos de margaritas silvestres que la tía cortó para poner en las tumbas de los abuelos.

La noticia

Para agregar más desgracia a la desgracia, al poco tiempo, mi viejo, que trabajaba en el banco, nos abandonó para irse con la profesora de piano. Fue un escándalo y en el pueblo se pasaron meses hablando del asunto. Mi vieja trabajó de celadora en la escuela y penó diez años hasta su amorío con Ricardo Martínez.

Él tenía una inmobiliaria y financiera. Estafó a unos cuantos y se escapó del pueblo. Mi vieja me despertó y dijo:

—No puedo explicarte demasiado. Roberto se mandó una macana. Me voy con él. Vas a vivir con tu tía Liliana. Te espera.

Sin despejarme del todo, dije:

—¿No era que ustedes no se hablaban?

—Y nunca le pienso hablar. Ricardo se comunicó con ella.

—¿No dicen que la tía se fue a vivir a Francia?

—Por eso te mandé a estudiar francés después que murieron los abuelos. Nunca se sabe lo que puede pasar.

Más bien que no se sabe. Me dormí en la noche de reyes viviendo tranquila en un pueblito de Córdoba y, al despertarme, encontré el regalito: cambiaba las sierras por la torre Eiffel.

Los detalles

Mi vieja se iba a Chile. Había vendido la casa sin decir una palabra. Como Roberto era un especialista en delitos, se quedaron con la parte que heredó la tía Liliana.

Con un gestor consiguieron mi pasaporte, el pasaje de avión y una autorización para que pudiera viajar.

Había cumplido 18 la semana anterior y hasta los 21 no podía ir al extranjero sin la autorización de mi viejo, que tenía la patria potestad, aunque nunca pasó un mango ni mandó una carta. Nadie sabía por dónde andaba, así que falsificaron su firma.

Con unas coimas, el tema se arregló de la manera en que se arregla todo en Argentina.

En 1969 tenías que esperar horas para hacer una llamada internacional y una carta podía demorar más de dos semanas en llegar. O sea, lo que mi vieja estaba haciendo era dar pasos para alejarse de mí y no verme nunca más.

En palabras más claras: me pegaba una patada en el culo y me sacaba de su vida.

El viaje

Al otro día, fui a Córdoba capital, compré una valija nueva y saqué el pasaje para Buenos Aires. Me sentía como si fuera una perrita que se regala.

Mi vieja me mandaba a la casa de una mujer que no había visto en mi vida y de la que hablaban pestes.

Apenas el tren se puso en marcha, sentí que algo se rompía dentro de mí. A lo lejos, vi las sierras. Tal vez, nunca las volvería a ver ni a nadar en el arroyo en los veranos.

Pensé en mis viejos. Cada uno por su lado se había ido sin, al menos, decir: «Perdoname».

¿Existía alguien en el mundo capaz de reconocer sus culpas y de pedir perdón?

No hablo de ese perdón que se pide al chocar con un tipo en la calle. Hablo del auténtico perdón, del que nace del arrepentimiento, de comprender que se ha hecho daño a un inocente.

¿Alguna vez encontraría a alguien bueno o nunca conocería una sola persona a la que le importara el sufrimiento ajeno?

La llegada

Mi compañero de asiento era uno de esos viejos a los que le funciona mal la próstata y se la pasan meando.

Estaba tan cansada que podría haber dormido hasta Buenos Aires, pero el viejo se levantaba a cada rato. Iba al baño, volvía, se acomodaba y se tiraba pedos.

El tren se rompió tres veces, estuvo más de seis horas parado en medio de las vías y tuvimos que transbordar a otro tren en Rosario. Mis dos valijas pesaban ciento diez kilos. Para poder bajarlas, le pedí al guarda que me diera una mano. Puso cara de traste con hemorroides y, de mala gana, me tiró una soga, pero las tuve que llevar a la rastra por el andén.

El tren al que transbordamos estaba lleno, así que viajé sentada encima de una valija en el pasillo del baño.

Salí de Córdoba a las 5 de la tarde del día martes 7 de enero y llegué a Retiro el miércoles 8, a las 4 de la tarde.

Viajé 23 horas en tren, recorrí 700 kilómetros y, todavía, me faltaba llegar a París.

Era la primera vez que viajaba a Buenos Aires. La estación Retiro era gigantesca: el techo tenía más de doscientos metros de altura. Había unos ochenta andenes. Llegaban y salían como ciento cincuenta trenes al mismo tiempo. La gente caminaba a toda velocidad, como si se hubiera olvidado la pava en el fuego.

Me sentí igual que si estuviera metida en una película muda, una de esas en la que los actores van y vienen muy rápido.

Encontré un changarín y llevó las valijas en el carrito a la pa-

rada de taxis. La cola de gente era como de siete cuadras. Demoré no sé cuántas horas en subir al taxi.

El tipo que te abre la puerta del taxi alzó las valijas y, como al changarín, casi se le salen las tripas. Al changarín le di un billete grande y esperé el vuelto. Se fue sin dármelo.

Al que me abrió la puerta le di propina, pero se me fue la mano. Me di cuenta porque dio las gracias veinte veces.

El taxista oyó mi tonada cordobesa y se pasó la lima afilando los dientes. Demoró más de tres horas en llegar a Ezeiza y me afanó con lo que cobró. Como lo único que quería era una cama para dormir, ya no me importaba nada de nada.

En el aeropuerto, un changarín me llevó las valijas y, según él, me cobró de acuerdo a la tarifa. Otro más que me afanó, como el tipo que me vendió el sanguche y la sevenap en el bar.

Los porteños eran una banda de delincuentes y, por si fuera poco, había que soportar a los milicos diciendo que dieron el golpe de estado para sanear la moral del país.

Que se vayan a la concha de su madre.

El vuelo

Después de cinco horas, subí al avión.

Me tocó el asiento de la ventanilla. Cuando el avión carreteó por la pista y levantó vuelo, se me frunció el culo.

Lo único que me faltaba era que el avión se viniera abajo, se incendiara y me quemara viva. Pensé que no me daría cuenta de cómo me iba quemando porque, seguro, me habría rajado la cabeza en la caída y estaría muerta.

Ya sé que eran pensamientos con mucha mala onda, pero estaba hecha pelota y cuando una anda como la mierda tiene ideas de mierda, ¿no es cierto?

La azafata preguntó si queríamos algo. Le pedí un vaso de agua con limón. Sentía el estómago girando como el tambor de un lavarropas.

El tipo que viajaba a mi lado tenía pinta de uno de esos ejecutivos de la canción de María Elena Walsh. Le habló en inglés a la azafata, pidió un vuiski, se tomó dos pastillas juntas y durmió sin un solo ronquido hasta que aterrizamos.

Por supuesto, yo no me dormí, diría que me desmayé.

Recuperé la consciencia cuando la azafata anunció que faltaban treinta minutos para arribar.

El ejecutivo tenía la cabeza echada para atrás y la boca entreabierta. De no ser que tenía la nariz tapada y hacía ruido al respirar, podía decirse que era un cadáver. Abrió los ojos y miró a la azafata con cara de orto.

Se ve que era de esos que se despiertan de mal humor.

La azafata, con la cara de aviso publicitario que ponen, preguntó si queríamos café. El ejecutivo, con fastidio, le dijo que no. Yo acepté. Miré por la ventanilla. Vi el océano. La cerré.

Te juro que al aterrizar y bajar del avión estuve a punto de tirarme de panza al piso y besar el suelo.

Juré que jamás volvería a subir a un avión.

Como todos los juramentos que hice en mi vida, a este tampoco lo cumplí.

El encuentro

Fui atrás de los que parecían saber para dónde había que ir.

Anduve de trámite en trámite, poniendo cara de canchera.

Estuve esperando como siete horas que mis valijas aparecieran en la cinta transportadora. Las apoyé en el piso y arrastré primero una, retrocedí y arrastré la otra.

Así fui yendo.

Vi unos changarines, pero ni en pedo iba a llamar uno. Venía de ser choreada en Buenos Aires, lo que me faltaba era que me chorearan en París.

En Francia era invierno y había estado nevando, pero me saqué el gamulán. Estaba bañada en transpiración.

Pensé que fui una boluda al no comprar valijas con rueditas. Enseguida me di cuenta de que la boludez fue traer la colección de discos que compré por correo y los diez enormes libros de los museos de Europa con láminas de pinturas.

La verdad es que no sé si fue una boludez. Era lo único valioso que tenía. No tanto por el dinero, sino por lo que significaban para mí. Como sabés, lo que realmente vale no tiene precio.

Iba pensando, más o menos, en estas cosas cuando escuché mi nombre.

—¡Alicia!

Una mujer, con un tapado de conejo blanco, un suéter negro caído por debajo de la cintura, jeans, botas negras, un sombrero borsalino también negro y un largo cabello rubio, abría los brazos y caminaba hacia mí con una sonrisa que irradiaba alegría.

La tía Liliana era alta, delgada, elegante, muy bonita. Una especie de Françoise Hardy. Al verla, lo primero que pensé fue que mi vieja estaba en ruinas.

—Sos preciosa —dijo, mientras me sentía como un pato desplumado al lado de un cisne.

Me abrazó. Sentí su calidez. Acarició mi cara con dulzura. Sonrió. Tenía los ojos llorosos.

En ningún momento se me ocurrió pensar cómo sería el recibimiento, pero jamás hubiera podido imaginar que sería así.

Todavía no había dicho una palabra.

Iba a decir algo, pero la tía Liliana habló antes:

—Perdoname, Alicia. No sé cómo pude estar tantos años sin conocerte. Sin estar cerca por si precisabas algo de mí. Muchas veces me sentí como el culo pensando que nunca te serví para nada. Fue una cagada lo que hice con vos.

¿Me pedía perdón?

Nunca se me ocurrió que me hubiera hecho algo malo. Pero ella no me pedía perdón por el mal que me hizo, sino por el bien que no pudo darme. Mi tía Liliana, a la que veía por primera vez, me estaba dando lo que nunca había recibido.

Viajé treinta kilómetros en ómnibus, setecientos en tren, cuarenta en taxi y once mil en avión. Once mil setecientos setenta kilómetros para llegar a un lugar del mundo en el que me estaba esperando una persona buena.

Entonces, no sé qué me pasó. Sin haber dicho una sola palabra, como una tarada, me puse a llorar.

El arco iris

La tía Liliana volvió a abrazarme. Dejó que me descargara sin decir nada. Había entendido que el dolor estaba dentro de mí y tenía que salir.

Apoyada sobre su hombro, escuché:

—Che, Lili, dejate de joder y soltá a mi prima. Recién llega y ya la hiciste llorar, pedazo de bestia.

Era la prima Paz. Tomó del brazo a la tía Liliana y nos separó. Me dio un beso y un pañuelo.

—No le des bola. Es una mujer malvada. Cuando era chica, me regalaron dos peces de colores. Al otro día, los sacó de la pecera, los puso en un sartén y los hizo fritos. Me agarró de los pelos y me obligó a comerlos.

La tía Liliana afirmó con la cabeza.

—Decile por qué freí los peces. Contale lo que le hiciste a Pupito, pobrecito mi querido perrito salchicha. Le echaste nafta y le prendiste fuego.

—Pero fue sin mala intención —dijo Paz.

Pensé que estaba con Morticia y Merlina Addams.

—Yo adoro a los perros. No está bien lo que le hiciste al perrito. Y, perdoname tía, pero tampoco lo que vos hiciste con los pescaditos —dije, mientras me soplaba los mocos.

Al mismo tiempo, se pusieron a reír. La tía Liliana dijo:

—Un susto corta el hipo y una historia un poco bárbara puede servir para sacarnos de lo feo que nos pasa. ¿Estás mejor?

Demoré unos segundos en reaccionar.

Me hicieron una joda y me la tragué.

Claro, no sabía que comenzaba a aprender una nueva forma de vivir.

La maña

La tía Liliana me tomó del brazo y caminamos para la salida.

—Las valijas... —dije.

—Dejá, ella se ocupa.

—Son muy pesadas para que las lleve Paz sola.

—No te preocupés. Es una experta en valijas.

Di vuelta la cabeza. Paz tomó las valijas y las levantó como si fueran livianas como almohadas de goma espuma.

Me frené. Solté el brazo de la tía y miré a Paz con las dos valijas caminando hacia nosotras como si estuviera paseando.

Me resultaba increíble que las estuviera cargando tan fácil. ¿Cómo hacía?

Físicamente, parecíamos calcadas. Teníamos igual estatura: un metro sesenta y cinco, pesábamos cuarenta y siete kilos; éramos rubias, de ojos celestes y la sonrisa fácil. Pero yo era enclenque y ella, una especie de Katie Sandwina, esa mujer que venció a los hombres peleando a trompadas o levantando pesos. Claro que había bastante diferencia entre ellas.

La Sandwina pesaba como quinientos kilos, tenía el cuerpo de una osa embarazada y mi prima Paz, igual que yo, parecía uno de esos dibujitos que hacen los nenes chiquitos: un palito a lo largo y cuatro palitos que vienen a ser los brazos y las piernas.

—¿Qué hacen ahí paradas? —dijo.

Pasó a nuestro lado como si fuera Speedy Gonzales.

Paz estaba llena de color: un gorro de lana lila en la cabeza; una polera malva, pantalón gris, sacón morado; bufanda ama-

rilla; borcegos negros.

No sé cómo, pero todo eso le quedaba rebién.

La tía Liliana y ella parecían salidas de Vogue.

—¿Tanta fuerza tiene? —dije.

La tía Liliana volvió a tomarme del brazo y caminamos atrás de Paz.

—No es fuerza. Es maña —dijo.

No precisaba ser una genia para darme cuenta de que la tía Liliana y la prima Paz eran dos mujeres muy, muy especiales.

Me sentía un poco desconcertada, pero estaba contenta.

Me gustaba estar con ellas.

El idioma

—Esto es Orly. Hay un buen trecho hasta llegar donde vivimos ¿Entendés lo que digo? —dijo la tía Liliana, en francés.

—Sí, bastante, creo.

La tía iba en el asiento de adelante, junto al chofer, y se daba vuelta para hablarme.

—Todo el tiempo hablamos en francés. Excepto algunas veces. Cambiar de país y de idioma no es como cambiar de vestido. Es cambiarlo todo. Pero así son las cosas y por algo son.

Me miró unos segundos. Sé que sabía cómo me sentía. Sé que lo sabía demasiado bien. Pero en vez de decirlo, sonrió.

Le hubiera dicho:

—Sí, tía, entiendo. Tenés razón: así son las cosas y por algo son así.

No se lo dije. Y yo también me sonreí.

La pendiente

La tía Liliana y Paz charlaron durante todo el viaje. De Gaulle había llamado a un referéndum y ellas dijeron que era una gloria del pasado, que no entendía el presente y que el Mayo del 68 se lo llevaría puesto. Sin hacer pausas, pasaron al cine.

Hablaron de *Besos robados*, de Truffaut y de Antoine Doinel.

De Truffaut sabía más o menos, pero no tenía la menor idea de quién era Doinel y, menos, de qué se trataba ese referéndum. O sea: era una ignorante bien ignorante.

Se acordaron de *Las señoritas de Rochefort* que, por supuesto, no había visto y en la que trabajan Catherine Deneuve y François Dorléac, que hacen de gemelas. Ah, mirá. Ni la menor noción de quién era Dorléac.

Menos podía saber que eran hermanas en la vida real y que François se mató en un accidente automovilístico a los veinticinco años.

El coche se incendió y ella se quemó viva gritando con desesperación mientras intentaba abrir la puerta.

Me acordé de lo que pensé en el avión sobre quemarme viva.

Por la cara del taxista me pareció que se sintió tan impresionado como yo.

La tía Liliana y Paz sabían cómo contar historias.

A medida que el taxi avanzaba por las calles de París cubiertas de nieve, mi cabeza iba para uno y otro lado. Ese es el Sena; en la orilla, la torre Eiffel; por ahí está el Moulin Rouge; lo que se ve allá arriba es Sacré-Coeur.

Mirá vos lo que son las cosas de la vida y las sorpresas que da el destino. El domingo a la noche me acosté a dormir en mi cama en Río Ceballos y el jueves estaba en París yendo a mi nueva casa en la calle de Mont-Cenis, en Montmartre.

Y sí, justo Montmartre, el barrio de los pintores.

Y yo con mis diez libros de los museos de pintura.

Al llegar, el taxista se agarró la cintura después de descargar las valijas del baúl del coche.

Montmartre era el barrio más elevado de París. Estaba lleno de calles empinadas y con escaleras. Si la calle de Mont-Cenis no era la más empinada de todas, pegaba en el palo.

Por si no alcanzara, para llegar al edificio había que subir una escalera y los escalones estaban cubiertos de nieve.

—Yo la ayudo a subir las valijas —dije.

La tía Liliana dijo:

—¿Necesitás ayuda, Irenka?

Creo que lo preguntó con ironía.

—¿Por qué le decís Irenka?

—Irenka es un nombre polaco. Deriva de Irene, la diosa griega de la paz. Se lo cambió cuando era chica.

Me pareció raro que usara un nombre polaco, pero no era feo, al contrario. Por los menos, a mí me gustó.

Sin tomarse la molestia de responder, la prima levantó las valijas.Juré que me hacía monja si podía subir semejante escalera cargándolas, con lo pesadas que eran. Total, si lo conseguía, ni mamada pensaba cumplir.

¿Y qué querés que te diga? Lo único que le faltó fue subir los

escalones de dos en dos.

De haber tenido un trozo de kriptonita se lo metía en el bolsillo. Si se debilitaba, era Supergirl.

El séptimo

Subimos al séptimo y último piso de un edificio antiguo en uno de esos ascensores que andan en cámara lenta.

La tía Liliana abrió la puerta del departamento. No usó llave. Me llamó la atención. Creía que en las grandes ciudades cerraban las puertas con llaves. En una ciudad chica como la mía solo se echaba llave en las noches y era frecuente que los amigos entraran sin llamar. Lo dije:

—Pensé que en París cerraban las puertas con llave.

—Sí, es lo habitual. Hay muchos ladrones y asesinos. La semana anterior, en la calle Becquerel, cerca de aquí, asesinaron a una anciana. La degollaron para robarle las joyas. El mes pasado estrangularon con un echarpe de seda a dos hermanas muy ancianas que vivían en la calle Nicolet, a pocas cuadras de donde estamos. Los periódicos hablan del «Asesino de Montmartre». No hay por qué preocuparse. Solo mata mujeres ancianas. No creo que estemos en peligro —dijo la tía Liliana.

—No estaría tan segura —dijo Irenka.

—Entonces, ¿por qué no cierran con llave? —pregunté.

La tía Liliana y la prima Irenka se la pasaban bromeando. Decían una verdad y dos mentiras y era medio difícil acertar cuándo decían una u otras. Yo creí lo del asesino. Vi muchas películas y leí novelas de Agatha Christie. Sabía que los mejores asesinatos se cometían en París o Londres.

—Mireille se encarga —dijo Irenka.

El departamento era enorme y ocupaba todo el piso. Me di-

jeron que el dueño anterior unió dos departamentos que había originalmente; anuló una de las puertas principales y las de servicio levantando paredes.

Dejó una sola entrada: una puerta ancha, con un gran llamador de bronce, en forma de pájaro.

El departamento tenía muchas ventanas y estaba lleno de luz, de plantas y de un suave olor a flores. Las paredes habían sido pintadas de distintos colores, combinando o contrastando unas con otras. En casi todas las paredes, había cuadros con fotografías en blanco y negro.

Nunca había visto fotos tan buenas como esas.

Quedé fascinada. Luz, plantas, aromas, color. ¿Acá iba a vivir? Era maravilloso.

—Este es tu dormitorio —dijo la tía Liliana.

Abrió la puerta. La pieza estaba vacía.

—Vas a dormir con Irenka hasta que decores tu cuarto como te guste a vos. Mañana van juntas a comprar los muebles que elijas. Yo los pago. Nunca te preocupés por el dinero. Lo que gano es de las tres. Como hago con Irenka, voy a darte una mensualidad y con la plata hacé lo que se te dé la gana. Lo que hoy me tenés que decir es de qué color querés pintar las paredes. Voy a darte el muestrario de colores y lo mirás. Los pintores están esperando que decidas para empezar.

¿Cómo me guste? ¿Elijo los muebles? ¿Su plata es de las tres?

En un minuto, la tía Liliana me dio una lección de generosidad y respeto al otro. Por supuesto que no se dio cuenta de que me la había dado. Para ella era normal actuar así.

Las fotos

La cocina era muy amplia y colorida. Subiendo dos escalones, había un precioso espacio lleno de plantas. Ahí comimos en una mesa redonda pintada de violeta. Cada silla era de un color diferente. Si a mí se me hubiera ocurrido usar tantos colores habría quedado un mamarracho. Pero la tía Liliana convirtió la casa en un sitio alegre y acogedor, como que daban ganas de quedarse, sin salir a ninguna parte.

Mirá lo que pensé, justo yo, que en Río Ceballos vivía en la calle y me reventaba volver a mi casa.

—¿Y la señora Mireille? —pregunté.

Irenka puso la fuente con pollo al horno en la mesa.

—Ya la conocerás bien —dijo, sentándose frente a mí.

—Montmartre es un lugar sagrado. Mucho tiempo atrás, los sacerdotes druidas ocuparon estas colinas y celebraban sus ritos secretos —dijo la tía Liliana.

Es obvio que yo no tenía ni la menor noción de quiénes eran los druidas. Supuse que serían brujos.

Igual que yo, la prima Irenka agarró un ala de pollo.

—El departamento es mágico —dijo.

—Claro —dije y mordí el ala.

Querían seguir agarrándome para la joda. Cambié el tema.

—Me gustan muchísimo las fotos. Todas dicen algo. Son como un poema de lo que pasa en las calles. Me gustaría comprar una o dos de ese tipo para mi cuarto. ¿Son muy caras? 6

—Sí. Son carísimas. Te voy a mostrar algunas, elegís las que te

gustan y no pagás ni un céntimo. —dijo Irenka.

Estaba segura de que si preguntaba: «¿Por qué gratis?», respondería: «La casa mágica te la dará». Así que dije:

—¿El que las vende es tu novio, tía?

—Lili no tiene novio. Solo amantes.

—No creo en el amor —dijo la tía Liliana.

—Es una mujer fría que juega con los hombres como si fueran muñequitos de metegol —dijo Irenka.

No sabía si hablaban en serio, pero pregunté:

—¿Es tu amante el que vende las fotos?

Irenka se sirvió una pata del pollo y me dio la otra.

—No me gusta que traten de puta a Lili. Es cierto que fue la ramera más popular de la calle Saint-Denis, pero eso quedó en el pasado. Hace años que dejó la mala vida y se convirtió en una mujer honrada. O simula serlo, como hacen las burguesas.

—Perdón. No quise ofender. Lo entiendo. Tenías una hijita y te hiciste prostituta para poder darle de comer. Eras como Fantine. Espero que no te hayas quedado sin dientes.

Se rieron. Sus risas eran tan alegres que solamente teniendo una intensa alegría en sus almas era posible que se rieran de esa manera. Pensé que me gustaría llegar a tener una risa así.

La prima Irenka dijo:

—Las fotos las sacó Lili. Es una de las fotógrafas más famosas de Francia. De Europa. Y no por andar fanfarroneando de ser la hija de la que soy hija, pero bien podría decir que del mundo. Su estudio está en el piso de abajo.

Con la pata de pollo en la mano, se levantó, fue hasta donde

había una biblioteca que llegaba hasta el techo y volvió con tres libros de arte en la otra mano.

Señaló uno de los libros con la pata de pollo.

En la tapa decía: Lili Blanch.

Lo abrió. Leí la dedicatoria: «A lo más bello y maravilloso que hay en mi mundo: Irenka».

—Esa soy yo —dijo Irenka.

Me quedé turulata.

¿La tía Liliana era una fotógrafa famosa?

¿Ella había sacado esas fotos?

¿No era que la tía Liliana era una loquita y un tiro al aire?

La voz

Después de dormir doce horas, me sentí otra.

Ser humano bien dormido, ser humano renacido. Oí música. Conocía la ópera *Madame Butterfly*, pero solo había escuchado fragmentos orquestales. Era tan bella esa voz que me levanté y fui descalza a la sala.

Irenka estaba sentada en el piso. Me senté a su lado.

No sé cómo decírtelo. La voz de esa mujer cantando *Un bel di vedremo* era tan espléndida, tan llena de sentimiento y emoción que me hacía alejar de la tierra. Era uno de esos momentos en que sentís algo distinto de lo que te pasa el resto del tiempo. Es que estás sintiendo lo más bello de la vida.

Al terminar, Irenka se puso de pie de un salto. Aunque debía haber escuchado el aria mil cien veces, tenía los ojos vidriosos.

—¿Quién canta? —pregunté.

—María Callas.

¿Esa era la María Callas de la que siempre hablaban por su romance con Onassis, que la dejó por Jackie Kennedy? ¿Cómo era posible que estuviera enterada de la pavada de sus romances y nunca la hubiera escuchado cantar?

—Andá a bañarte, que tenés olor a grasa de chancho. Tomás el café con leche y nos vamos.

—¿Adónde vamos?

—Tenemos que comprar tus muebles. En mi pieza te aguanto una semana. Te la pasás tirándote pedos.

—Mentira. No hago eso.

—Y cambiate la bombacha. La debés tener toda cagada.

Mientras me bañaba, pensé en Irenka.

La encontré arrobada escuchando a María Callas. Luego, volvió a meterse en la vida cotidiana jodiendo con los pedos y la bombacha cagada, como si quisiera hacerme perder la vergüenza de hablar de cosas que eran como medio tabús para mí.

Me pareció que había algo más.

A lo mejor, pudo haber dicho:

—Prima Alicia, ya sé que te duele lo que hizo tu vieja y antes, tu viejo. Me doy cuenta de que llegaste a París sin saber de nosotras, de cómo éramos o vivíamos. Viniste porque no tenías ningún otro sitio dónde ir.

La vida es de hacer cosas como estas.

Caminás mirando vidrieras y, de repente, la guacha te tira una zancadilla. Te vas de cara al suelo y te rompés un brazo.

Listo. O te lo cortan o se sana.

El dolor del alma es como un brazo roto.

O lo cortás o lo sanás.

Para decírtelo claro: hay un tiempo de arrobamiento, como el que te provoca María Callas y otro para lavar las bombachas cagadas.

Todo ese tiempo pasa como esas bandadas de pájaros que seguís con la mirada y se pierden a lo lejos.

De ese modo, se va tu tiempo.

La vida te regaló un montón de horas. Aprovechalas.

Vos dale para adelante y aguantate las zancadillas.

Y las caídas.

Irenka no hizo un discurso como ese.

Dejó que escuchara tranqui la música y, después, salió con: «Andá a bañarte, que tenés olor a grasa de chancho».

Lo más probable es que no fuera así, pero a mí me dio la impresión de haber recibido otra lección que tenía que ver con la forma de vivir.

No sé si me hice entender. ¿Entendiste?

El croissant

Irenka me dio un gorro de lana roja. Tenía más de cien gorros de lana, boinas y sombreros. Sin preguntar, me enrolló en el cuello un larguísimo echarpe rojo y negro. Tampoco dejó que usara mi gamulán y me dio un grueso abrigo de color negro. Me hizo sacar mi pulóver y poner uno colorado, que era de ella.

Me miré en el espejo: en dos minutos, me cambió el aspecto.

Hasta me gusté, lo que era muy raro porque siempre me encontraba defectos. Dijo que usara lo que quisiera de su ropa. Era de las dos.

Me acordé de mi vieja gritando histéricamente que no me pusiera su ropa.

Había bastante diferencia entre una otra, ¿no te parece?

Caminamos por Custine. Había nevado la noche anterior. Era un día de muchísimo frío.

—Vamos a lo de madame Claudine —dijo Irenka.

Entramos a una panadería.

—¿Cómo les va en la vida esta mañana? —dijo.

Las tres empleadas le respondieron casi al mismo tiempo. Se mostraban contentas de verla.

Había muchos clientes y también la saludaron con afecto.

Parecía que Irenka era muy conocida.

El local era bastante grande y con un toque pintoresco.

Madame Claudine estaba cobrando a un cliente en la caja.

Era una mujer gorda, teñida de rubia.

—¿Cómo está hoy la pequeña Irenka?

—Madame Claudine, ella es mi prima hermana Alice. Acaba de llegar de América. Su madre era alpinista y murió la semana pasada escalando el Aconcagua. Hubo una terrible tormenta y un rayo cayó sobre la querida tía Felisa. A mi pobre prima, le entregaron el cadáver de su madre con la cabeza carbonizada y vacía las cuencas de los ojos.

Hasta yo me horroricé.

—Su padre murió cuando ella tenía siete años. Era ingeniero de minas y murió sepultado en un derrumbe.

Madame Claudine salió de atrás del mostrador, me besó en las mejillas y me abrazó. Dijo:

—¡Pobrecita! ¡Qué tragedia te tocó vivir! Yo también perdí a mi madre a tu edad, pero debe haber sido espantoso verla así.

Sacó un pañuelito y lo frotó por sus ojos.

Se ve que era muy sensible.

Las empleadas se acercaron, dándome el pésame. Los clientes las imitaron.

La verdad, yo no sabía para qué lado agarrar.

Irenka comía un croissant con cara de no tener nada que ver con todo el asunto.

Los anillos

Madame Claudine pasó un brazo sobre mis hombros y me estrechó contra su pecho.

Sin dudas que era una buena mujer.

—Con Lili estarás bien. Será como una madre para vos. Te puedo jurar que es la mejor mujer de todo Montmartre. Y la querida Irenka, un ángel —dijo.

Irenka le dio un papel a Christine, una de las empleadas.

—Esto es lo que preciso —dijo.

Madame Claudine me soltó, fue al mostrador, envolvió una torta de chocolate trianon y me la dio diciendo:

—Es un humilde regalo de bienvenida.

Sentí vergüenza, pero le agradecí lo mejor que pude.

Madame Claudine, recuperando el buen ánimo, miró a Irenka y le dijo:

—Ahora sí podés sacar los naipes. Hoy me siento con suerte y voy a ganar.

—Madame, en homenaje a mi prima hermana Alice, le propongo el juego de los anillos. Dos anillos desaparecerán delante de sus ojos y aparecerán en otra parte. Si no consigo hacerlo, le pago el doble del precio. Si lo hago, no pago. ¿Acepta?

—Claro que sí. Adelante. Acepto.

Irenka pareció estar pensando.

—No estoy segura si saldrá bien. Nunca lo hice antes.

—Podemos jugar a las cartas —dijo madame Claudine.

—No. Fui yo la que hice la propuesta y estoy dispuesta a per-

der en forma. Usted, madame, me da el doble de lo que pido en la lista y si fracaso, yo le pago cuatro veces su valor.

—Alma de jugadora, como yo. Vamos, adelante. Alguna vez se tiene que cortar tu racha—dijo madame Claudine.

Poniendo cara de resignación, Irenka dijo:

—Preciso dos bolsas de papel, dos servilletas y un cuchillo. ¡Ah! También una masita, esa de chocolate estará bien.

Señaló una en la vitrina detrás de un mostrador.

—Madame, ¿me da uno de sus anillos?

Era un anillo de oro, ancho y con una piedra grande.

Irenka se quitó un anillito del dedo. Uno de esos artesanales.

Metió los anillos en las bolsas y las cerró doblando el papel.

Tomó de las manos a madame Claudine y le dijo:

—Apriete fuerte, madame, asegúrese de que las bolsas estén bien cerradas.

Con las servilletas cubrió las manos de madame Claudine.

—Christine, ¿podés mirar en esta bolsa?

Señaló la que tenía el anillo artesanal.

Christine la tomó, la sacudió, la dio vuelta.

El anillo no estaba.

Todos nos quedamos con la boca abierta.

—¡No puedo creerlo! ¡Imposible! Tenía bien agarrada la bolsa. ¿Dónde está el anillo?

Irenka apuntó con su índice a la masita.

—Christine, ¿podrías cortarla por la mitad?

—No me vas decir que es lo que estoy pensando ¡Te juro que me caigo muerta! —dijo madame Claudine.

Christine cortó la masita.

Fui yo la que casi me caigo muerta.

El anillo artesanal estaba en el relleno.

Todos soltamos una exclamación de sorpresa y empezamos a aplaudir a lo loco. Irenka nos apaciguó y dijo:

—No aplaudan, todavía, falta saber dónde fue a parar el otro anillo. Veamos si está en esta bolsa.

Se la dio a Christine.

La bolsa estaba vacía.

—Madame, ya no es necesario que cubra su mano con la servilleta. Puede quitarla —dijo Irenka.

Madame Claudine quitó la servilleta y gritó:

—¡Niña, esto no puede ser!

Y claro que no podía ser.

El anillo de oro estaba en su dedo anular.

La bolita

—¿Cómo lo hiciste?

Caminábamos por Beckelet.

—Un truco tonto. Fingí poner los anillos en las bolsas. Tomé una de sus manos y la apreté mientras sujetaba las bolsas para que su atención se concentrara en el apretón y no sintiera que ponía el anillo en el dedo de su otra mano. Cualquier carterista puede hacer lo mismo. La servilleta impidió que se viera el anillo en su dedo. Al quitarla, se consigue un buen efecto. La otra servilleta no era necesaria. La bolsa estaba vacía. Eran dos anillos iguales. Puse uno en la masita mientras todos te saludaban.

—Fue un gran truco. ¿Pensás trabajar como maga?

—Ni en pedo. Vamos acá.

Entramos a un café.

Saludó con la mano en alto a los que atendían el mostrador y a varios clientes.

Era evidente que ella era una habitué.

—¿Cómo va la vida, André? —le dijo al mozo.

—Muy bien, Irenka. Te estábamos esperando.

—Ella es mi prima hermana Alice. Acaba de llegar de América. Su madre era alpinista y se mató la semana pasada escalando el Everest. Su padre murió el día en que ella cumplía siete años. Era trapecista y se cayó al dar un triple salto mortal sin red. Alice se queda a vivir con nosotras.

—Lamento lo de su mamá, señorita.

Agradecí con un movimiento de cabeza.

—Estamos escasas de tiempo. Tomamos café. Aparte, dame tres pocillos vacíos con sus platos —dijo Irenka.

André fue a buscar el pedido.

—¿Vas a hacer un truco? —pregunté.

—Vamos a conseguir plata para comprar cosas.

—¿Te pagan por hacer los actos de magia?

—Paciencia. Ya vas a ver.

André avisó a los clientes y ninguno dejó de arrimarse. Pude tomar un poco de café antes que Irenka me pidiera que me sentara a su lado, en un ángulo de la mesa.

—MI prima hermana Alice será la banquera.

Sacó una bolita de lana. La mostró. La tapó con una taza. Comenzó a mover las tres tazas de uno a otro lado.

—Apuesten, caballeros. ¿Dónde está la bolita?

Dejó las tazas quietas. Se cruzó de brazos.

Era una reverenda taradez. Cualquiera se daba cuenta de que la bolita estaba bajo la taza del medio. Era demasiado evidente.

Meneé la cabeza. Qué manera de desperdiciar la plata. Hasta para mí era un truco demasiado infantil.

Apostaron una buena cantidad de francos. Por supuesto que a la taza del medio.

Irenka la destapó. La bolita no estaba.

¿Cómo que no estaba?

No sé cómo, pero quedó bajo la taza de la izquierda.

—Caballeros, como dije: tengo poco tiempo disponible. Voy a darles ventaja. Pueden apostar a dos tazas, pero por el doble. Si aciertan, recuperan lo perdido y ganan.

Movió las tazas. Centro y derecha. Me jugaba hasta la bombacha a esas dos. Todas las apuestas fueron a esas tazas.

—Bien, caballeros. Pueden ver.

Dio vuelta las tazas.

La bolita no estaba en el centro y tampoco a la derecha.

Estaba bajo la taza de la izquierda.

Los pocillos

—Caballeros, como perdieron una buena suma de dinero, estoy dispuesta a darles la oportunidad de recuperar lo perdido y hasta ganar. Si aciertan les pago el doble de lo que apuesten. En esta oportunidad, no voy a usar una bolita de lana.

Probó el café. Le echó un poco de agua de la jarra. Llenó con café la mitad de un pocillo vacío. Sonrió con esa sonrisa de angelita que tiene en ciertas ocasiones.

—Caballeros, enfrié el café porque podrían percibir el calor. La bolita es de lana para no hacer ruido. Como ven, no hay secretos. Solo tienen que acertar en qué taza está el café. Para que no lo vean, cubro cada taza con un plato.

Eso era casi imposible. Mover las tazas con un plato encima haría muy lentos los movimientos de sus manos.

Los demás pensaron lo mismo.

La taza del medio tenía el café.

Movió las tazas muy despacio. No pestañeé. Dejó la taza del medio donde estaba al principio. Estuve completamente segura porque ni por un instante la perdí de vista.

Apostaron muy fuerte. La taza del medio era una fija.

Me jugaba hasta los calzones a esa taza.

Levantó el plato.

La taza del medio estaba vacía.

Levantó los otros dos platos.

El café estaba a la izquierda.

Si hubiera apostado yo, terminaba en pelotas.

—Caballeros, quiero verlos contentos. Para que lo estén, tienen que ganar. Así que pueden apostar eligiendo dos tazas.

Tres de los apostadores fueron al mostrador a pedir que les cambiaran cheques. Irenka los esperó.

Movió las tazas. Izquierda o derecha.

En el centro no estaba. Juré que si el café estaba en el centro me tragaba la cucharita.

Total, nunca cumplo lo que juro.

El dinero formaba una pila. Yo la sostenía.

Irenka levantó el plato de la taza izquierda. No estaba el café.

Levantó el plato de la taza derecha.

Los apostadores dieron un grito. Yo también grité.

No podía ser. No estaba allí.

Quitó el plato de la taza del medio. Mostró el café.

Eran buenos perdedores, la aplaudieron. Se lo merecía.

Cuando creí que eso era todo, dijo:

—Si bien estoy muy corta de tiempo, no quiero irme sin antes darles la última chance. Caballeros, pueden apostar sin límites por las tres tazas. No cabe duda de que alguien va a ganar.

Claro que alguien ganaría. Me pareció una linda idea. Esos tipos habían perdido muchos francos. Era un buen gesto dejar que recuperaran una parte. Pero pasó algo que no preví. Volvieron a cambiar cheques. Apostaron quintuplicando la última apuesta, que había sido muy fuerte.

Lo que Irenka había ganado, lo perdería todo y, quizás, más. ¿Para qué ofreció apostar sin límites?

—Irenka —le dije en el oído—. No hay forma de salvarte de

perder mucha plata

—Así es el juego, Alice. Se gana hoy, se gana mañana, se sigue ganando pasado mañana.

Sonrió como si estuvieran a punto de sacarle una foto. Pasara lo que pasara, siempre parecía estar contenta.

Me agarró dolor de panza. Era uno de esos momentos en el que no quiero mirar y cierro los ojos, como me pasa en las películas cuando Drácula le va a clavar los colmillos a la chica.

Mostró la taza con café. Movió las tazas. Se detuvo. Esperó que hicieran las apuestas.

Daba la impresión de estar pensando en otra cosa. Sin que se le moviera un pelo, dijo:

—Los caballeros que apostaron su dinero por la taza de la izquierda, pueden ver el resultado.

Levantó el plato.

El café no estaba en la taza.

—Los caballeros que eligieron la taza de la derecha, pueden comprobar si hay café.

El café tampoco estaba en esa.

El grupo que apostó una fortuna por la taza del medio dio un grito y levantó los brazos como si festejara un gol.

Pensé: «Y bueno. Solamente perderemos dinero. No es nada grave. Valió la pena el entretenimiento».

Irenka apoyó un dedo sobre el plato de la taza central.

Miró a los apostadores.

Levantó el plato. Volcó la taza sobre la mesa.

El grito que pegaron los apostadores fue el doble de poten-

te que el anterior. Yo di un salto y grité alzando los brazos.

La taza estaba vacía.

Los apostadores

—Caballeros, lo lamento. Perdieron. Ya saben: nunca jueguen con una tahúra.

Su bolso se había caído al suelo, lo levantó con elegancia y se puso de pie.

Esos tipos me parecieron geniales. En vez de lamentarse, la ovacionaron. La verdad, era lo que correspondía. Había sido algo que no se ve todos los días. Y ver un espectáculo como ese valía los francos que perdieron

Cuando estuvimos a una cuadra de distancia, lo que era mucho esperar considerando lo ansiosa que soy, le pregunté:

—Explicame cómo lo hiciste. ¿Dónde estaba el café?

—Un truco tonto. En la última apuesta, pasé mi brazo sobre la taza con el café ocultándola. Así pude cambiarla por otra que tenía antes de llegar. Tiré el café al piso y puse la taza entre mis piernas. Antes de irnos, la dejé en otra mesa. Tiré mi bolso y sequé el suelo cuando me incliné a levantarlo. Al trapo lo acabo de tirar. Acordate que dejé la torta que te regaló madame Claudine en la heladera del café. A la vuelta, tenemos que buscarla.

Así cambió el tema. Yo estaba maravillada.

La mesa

Recorrimos París. Conocí la Sorbona y el barrio Latino. Irenka describió los sucesos de Mayo del 68. La tía Liliana tomó cientos de fotos de los enfrentamientos. Irenka la acompañó y tuvieron que correr por los gases lacrimógenos y la represión policial.

—La imaginación al poder —dijo Irenka.

Había escuchado la frase, pero no entendía qué significaba.

Como si me leyera la mente, Irenka agregó:

—Se necesita imaginación para imaginar un mundo mejor.

¡Ah! Ese sí que era un hermoso pensamiento.

Vi la Catedral de Notre Dame y, de ahí, entramos al museo de Cluny.

Los tapices de *La dama y el unicornio* eran fascinantes.

A medida que Irenka me explicaba el significado de cada uno y el misterio del sexto, sentía que había vivido metida en un barril a mil millones de kilómetros del mundo real. O, al menos, de este mundo en el que pasaban cosas que ignoraba por completo y me gustaba conocer.

Era burra, pero con voluntad de aprender.

Íbamos de un distrito al otro, caminando o en el metro, para subir a la torre Eiffel; caminar por Champs Elysées, ver el Arco de Triunfo y pasarla rebién hasta que Irenka dijo:

—Vamos a ver el sitio de París preferido por los masoquistas.

Nos metimos bajo tierra para ir a las catacumbas.

Lo más horroroso que vi en mi vida.

Era una cámara del terror.

Aparte, me parece que debo ser medio claustrofóbica porque me sentía ahogada y quería irme enseguida.

—¿Te acordás que Victor Hugo describe las catacumbas en *Los Miserables*? —dijo Irenka.

Hice un gesto y puse cara de: «Por supuesto que me acuerdo». Era imposible que me acordara por una simple razón: no había leído el libro. Por la tele, vi la película con Michael Rennie haciendo de Jean Valjean. Qué lindo si habla de las catacumbas. Te aseguro que si, alguna vez, lo leo, esas páginas las salteó.

Fuimos a Montparnasse. A principios del siglo, por ahí pasó todo el que se las diera de artista. Todavía se encontraba a muchos, pero la vida bohemia se extinguía, despacio, pero seguro.

Entramos a una mueblería de muebles antiguos. Nos atendió el dueño. Obvio: conocía a Irenka. Ella dijo:

—Monsieur Clement, le presento a mi prima hermana Alice, que vivirá con nosotras. Su madre murió la semana pasada. Era alpinista y encontró la muerte escalando el Annapurna. Perdió a su padre cuando ella tenía siete años. Era buzo y fue masacrado por un tiburón blanco en el Mar de las Antillas.

Monsieur Clement me dio el pésame y yo las gracias.

Por la forma en que me miró, debe haber pensado: «Esta chica no pudo haber tenido padres más raros. ¿Un buzo casado con una alpinista?».

—Queremos la mejor cama de plaza y media que tenga.

—La tendrás, Irenka. Vengan.

La cama tenía un hermoso respaldo blanco de hierro forjado.

—Va acompañada de dos mesas de luz.

Irenka dejó de hablar en francés y habló en argentino.

—Poné cara de no estar convencida.

—Me encanta —dije en argentino, con la cara que me pidió.

Irenka volvió a hablar en francés.

—No la convence. Depende de lo que cueste.

Le dijo el precio. Irenka le ofreció la mitad.

Regatearon un buen rato. Al final, pactaron un descuento del treinta por ciento.

—Precisamos una cómoda, una butaca y un sillón.

A monsieur Clement se lo veía contento. Iba a hacer una buena venta. A mí me hubiera vendido todo por lo que pedía. Mirá si me iba a animar a discutir un precio.

La cómoda y la butaca eran unos chiches y el sillón de mimbre, con un respaldo alto y ovalado, era mi sillón. Cualquiera podía darse cuenta de que había sido hecho para mí. En la casa de tía Liliana ningún cuarto estaba amueblado de manera uniforme y esos muebles encajaban como el zapato a Cenicienta.

—El precio total, por favor —dijo Irenka.

Otra vez, a regatear. Habría un descuento mayor. Listo. Todo arreglado. Irenka sacó la chequera. Los cheques tenían la firma de tía Liliana. Con la chequera en la mano, Irenka dio unos pasos por el local.

—Por casualidad, ¿tendrá alguna mesa de juego?

—Sí. Tengo una con el paño en condición impecable.

—¿Esa? No está tan mal. Los viernes a la noche, Lili juega a la canasta con sus amigas. Esta mesa le vendrá bien. Alice, dame la baraja que acabamos de comprar.

Señaló mi bolso. Sin preguntar, lo abrí. Le di el mazo. Qué sé yo cuándo o cómo lo puso ahí. Sospeché que hacía tiempo estaba enterada de que la mesa estaba en venta.

Barajó las cartas con torpeza, algunas se le cayeron de las manos, las puso en el mazo y preguntó:

—¿Podemos probar la mesa?

¿Quién le diría que no a alguien que mira con esa inocencia?

Y, con la inocencia en la voz, pregunta:

—¿Le gusta el juego, monsieur Clement?

El reloj

Había anochecido cuando regresamos a casa. Fui la primera en bajar del ascensor.

Quise abrir la puerta, pero no pude. Estaba cerrada.

—Tía Liliana le echó llave.

Irenka tomó el picaporte. Abrió la puerta.

—¿Hay un truco para entrar?

—Ninguno. Mireille no deja que nadie abra, excepto Lili y yo. Cuando te conozca mejor, te dejará entrar.

Más bien que la puerta se abría con algún mecanismo oculto. Me seguían agarrando para la joda, pero, tarde o temprano, descubriría el modo de abrirla.

La tía Liliana escuchaba el disco de una cantante que yo no conocía. Ya estaba resignada a que supieran que era una bestia, así que pregunté quién era.

—Juliette Greco. Es una especie de musa de los intelectuales, de Sartre y todos esos —dijo Irenka.

La tía Liliana había preparado la comida.

—¿Te gusta París? —preguntó.

—Me fascina París con nieve. Recorrimos bastante y lo que más me gusta es Montmartre.

Irenka puso la torta en la heladera y dijo:

—Es mitómana. Se hizo la pobrecita y le contó mentiras sobre la tía Felisa a madame Claudine. Ya sabés cómo es madame. Le creyó los bolazos y le regaló la torta. Retala, Lili.

—No vuelvas a hacer algo así. Está muy mal que te aprove-

ches del cariño que sienten por nosotras. ¿Qué más hizo?

—Lo peor es que es una ladrona. Robó un reloj muy costoso en la relojería de la galería Lafayette. Dice que es cleptómana, yo no le creo.

Irenka me tomó del brazo.

—Mirá lo que se robó —dijo.

Mi reloj había sido reemplazado por otro.

Y sí: volví a quedarme con la boca abierta.

La alucinada

—En mi casa no quiero una ladrona. Somos personas decentes. No sabía que eras una chica tan problemática.

—Perdón, tía. Te juro que nunca más voy a robar. Mañana devolveré el reloj y le pagaré la torta a madame Claudine. De acá en adelante, me portaré bien. Por favor, perdoname.

Me puse de rodillas. Pensé: «Las jodí».

Nunca hay que creer que se es más viva que las demás, sobre todo, cuando son más vivas que una.

—¿Qué le pasa? —preguntó tía Liliana.

—Sufre de alucinaciones. Al pasar frente a Saint Michelle dijo que el santo le hizo señas para que entrara.

La tía Liliana se arrodilló delante de mí.

—Tranquila. Te llevaré para que te vea un buen amigo mío, que es psiquiatra. Tal vez tengan que internarte. En seis o siete meses, mejorarás.

Tomó mi brazo.

—Tu mente enferma te hace ver lo que no existe. No sos una ladrona. ¿Dónde está ese reloj que decís haber robado? Tenés puesto el que usás desde que llegaste. Es el tuyo.

Tenía razón. Ese era mi reloj. El que usé desde los quince.

La tía Liliana vio mi cara y soltó una carcajada

—Dale, levantate. Es una joda de Irenka. La sigo porque nunca se deben arruinar las bromas, las fiestas ni las buenas historias.

Irenka me ayudó a ponerme de pie.

La miré con la misma cara que habría puesto de estar viendo

a una extraterrestre.

—¿Cómo hacés esto?

—Un truco tonto.

—Mi reloj tiene una pulsera metálica más fácil de abrir. En el otro, la correa es de cuero y la hebilla es más difícil de abrochar. ¿Cómo los desprendiste y volviste a abrocharlos?

No se molestó en explicarme, pero dijo:

—Si te gustó el de la correa de cuero, te lo regalo.

Pegué un grito.

El reloj con correa de cuero estaba en mi muñeca.

La canción

Como si no pasara nada, la tía Liliana puso la fuente con la comida en la mesa.

Mirando a Irenka, preguntó:

—¿Compraron todo lo que precisa Alicia?

—Le gusta que la llamen Alice. Consiguió cosas muy lindas. No parece, pero tiene buen gusto. Rompí un cheque porque Monsieur Clement no quiso cobrar. Se sintió muy atraído por Alice. La hizo pasar a un cuarto trasero. Ella sabe manejar a los viejos verdes. Además de los muebles, le sacó mucha plata. La guardó en su bolso.

—Si querés, podés recibirlo en tu cuarto por las tardes. Está casado y por las noches no podrá salir —dijo tía Liliana.

No me tomé la molestia de contestar ni decir que el dinero se lo había dado a Irenka y la vi guardándolo en su bolso.

Busqué el mío. Lo vacié sobre la mesa. Con todas esas cosas que siempre llevamos las mujeres, cayeron los francos.

Cuándo y cómo Irenka volvió a poner el dinero ahí, no tenía la menor idea. Pero sí sabía que era una maga genial.

—Les vaciaste los bolsillos con tu bolita —dijo tía Liliana.

—Lo ganó con la bolita y el café —dije.

—¿A madame Claudine le pagaste?

—Ella quiso jugar —dijo Irenka.

—¿Y Monsieur Clement perdió con la bolita?

—Con los naipes. Jugaron al póker —dije.

La tía Lili juntó el dinero. Lo puso en una bolsa de papel.

—Mañana, seguí mostrándole París a Alice. Yo me encargo de todo lo que hay que hacer.

Había algo extraño. Olfateé que tenía relación con la plata.

—Los pintores terminan mañana tu cuarto.

—¿Tan rápido, tía?

—Trabajan bien. Y no vuelvas a decirme «tía». Soy Lili.

—Hi-Lili. Hi-lo —canturreé.

—De chica me la pasaba cantando la canción. Me tuvo que llevar a ver *Lili* como siete veces. Lo único que quería ver era a Leslie Caron cantando con Carrot. Un día, dejé de decirle mamá y se me dio por llamarla Lili. A ella le gusta porque tiene complejo de vieja y anda diciendo que es mi hermana mayor.

—Yo vi la película y también cantaba la canción. Ahora estoy con Lili. Lo que son las cosas, ¿no?

Lili me palmeó la cabeza.a

—El destino siempre avisa. Aunque, algunas veces, los anuncios sean muy anticipados —dijo.

La cámara

Al otro día, Irenka me llevó al estudio de Lili y supe cuál era mi destino. Al menos, una parte de él.

El estudio era enorme. Al fondo, en un espacio rectangular, completamente blanco, estaban las luces, las pantallas reflectoras, las sombrillas, los flashes y los trípodes.

Había música. Ya estaba perdiendo la vergüenza de preguntar. Era Josephine Baker cantando *La vie en rose*. Irenka me dijo que era una gran artista, famosa mundialmente, madre de doce niños adoptados y una especie de icono de la música y de la lucha por los derechos civiles. Como era negra y con un cuerpo escultural, le decían La Venus de Ébano.

Lili caminaba descalza, con un ancho pantalón pescador beige, una larga camisa haciendo juego y el pelo atado. Cualquier cosa que se ponía le quedaba bien. Se vestía como se le daba la gana y le importaba un pito la opinión ajena. Irenka era igual.

Yo venía de un pueblo en el que te sacaban el cuero hasta por la manera de caminar. Decían que si caminabas con las piernas medio abiertas no eras virgen o te la habían puesto la noche anterior. Un par de días en París, al lado de Lili e Irenka, me alcanzó para aprender que una se puede limpiar el culo con una aspiradora, si se le antoja.

Y esto no iba solo para la ropa. ¿Me expliqué?

Lili fotografiaba a una modelo cubierta con un velo amarillo de gasa. La modelo movía el cuerpo mientras su cara parecía petrificada. Lili le daba instrucciones y ella respondía exactamente

a lo que le pedía que hiciera.

Abrió el velo y lo sostuvo con sus brazos extendidos como si fueran alas. Estaba desnuda. Se sentó en el suelo, moviendo sus largas piernas de un modo sensual. Lili se puso de rodillas.

La modelo se acostó en el piso y rotó su cuerpo a uno y otro lado. Lili se había puesto de pie; retrocedió y, luego, avanzó, poniendo las piernas a los costados del cuerpo de la modelo.

Parecía que estaban fusionadas. Como si las uniera algo invisible que nacía de la cámara.

Lili le pidió que la mirara y se inclinó acercando la cámara a centímetros de la cara. De repente, se echó para atrás y dijo:

—Perfecto, Tatiana. Excelente trabajo.

Casi aplaudo. Había sido todo un espectáculo.

Lili fue al cuarto de revelado. Tatiana tomó agua mineral del pico de la botella. Se había puesto una bata. Sonrió y nos saludó levantando la mano. Al sonreír, pareció ser otra.

Entendí que era una chica haciendo un trabajo en el que era muy buena. Ahora, volvía a ser como nosotras: le dolían los ovarios cuando estaba por menstruar, lloraba al pelearse con el novio y se metía el dedo en la nariz cuando nadie la veía.

Lili volvió. Habló un rato con ella. Luego, Tatiana fue al vestidor. Caminaba a lo modelo, pero no se la veía artificial. Descalza, debía medir un metro ochenta. En cada centímetro tenía lo que yo nunca tendría: sensualidad.

—Tatiana es un ejemplo para nosotras. Tiene el culo chato y es más hueso que carne, pero resulta imposible sacarle los ojos de encima. Ella se siente segura de su cuerpo y sabe usarlo. Mu-

cha teta y mucho culo no quieren decir nada. Lo importante es que una se acepte tal como es —dijo Irenka.

—Y sí, pero un poco más de tetas no nos vendría mal —dije.

—Y un poco más de culo.

Nos pusimos a reír.

Lili se acercó. Con ella e Irenka, era fácil reírse. Sabían cómo chupar el jugo de una naranja sin tragarse ninguna semilla.

—Tomá. Es de acá. Así podés entrar cuando quieras.

Me dio un juego de llaves y dijo:

—Tu cámara Rex es buena, pero esta otra te va a servir para aprender. Aunque es un modelo viejo, sigue siendo de las mejores. Irenka va a enseñarte a usarla.

Era una cámara Nikon F. ¿Me leían la mente?

La maestra

Creo que en dos semanas en Francia aprendí más cosas que en los dieciocho años anteriores.

Recorrí el Louvre, donde estaban las pinturas que había conocido en mis libros de los museos.

Había mucho de increíble en lo que estaba viviendo. Una cosa empujó a otra, esta a otra y así hasta traerme acá.

Yo era una cordobesa que nació y creció en un pueblo. Estuve ahorrando durante meses para comprar los libros de pinturas.

Para mí, París quedaba muy lejos, tan lejos como la luna. Y el Louvre era un sitio al que ni soñaba entrar. Y, de buenas a primeras, estaba parada frente a *La encajera*, de Vermeer, mi pintura favorita. ¿Me entendés?

Al salir del Louvre, cruzamos el Sena por el puente des Arts y llegamos derechito a la biblioteca Mazarino. Irenka pidió un libro sobre los druidas.

Y sí, me leían la mente.

—Cuando terminés de leer, agarrá para aquel lado y caminá hasta el bulevar Saint-Germain. Te espero en el café de Flore. Si te perdés, jodete.

Irenka sabía mucho de didáctica. Esa era su manera de enseñar que una debe aprender a arreglarse sola.

La biblioteca medio me intimidaba. La verdad es que nunca había entrado a una.

Cuando me cansé de leer, me levanté y caminé despacito. Tenía miedo de hacer ruido.

Al salir, me sentí aliviada. Moví el cuello y me crujió. Es que estuve como dos horas en la misma posición.

En fin, si había aprendido a andar en patines, también, podía aprender a estar en una biblioteca. En definitiva, era mucho menos complicado que patinar. Una iba, apoyaba el culo en la silla, ponía cara de inteligente y abría el libro.

Como no me quería perder, a cada tipo que se me cruzaba le preguntaba por el café de Flore.

Al fin, llegué y fue como un triunfo, pero Irenka, con una frase, destruyó mi éxito.

—Qué tenías que andar preguntando a todos los tipos que encontraste? ¿No podías vos sola?

—¿Cómo sabés?

No me contestó y se puso a hablar del estudiante checo que se prendió fuego frente a los tanques rusos en la plaza de Praga. Me pareció horroroso, pero, como era habitual en mí, no estaba enterada de nada. Como te dije, entre palabra y palabra, se me escapaba un rebuzno.

Al tener la cabeza metida en una idea fija, apenas Irenka hizo una pausa para tomar café, dije:

—¿Vos creés que los druidas podían hacer hechizos y profetizar el futuro?

—Puede ser.

Esperé que agregara algo más. Pero no.

—Creo que hay gente con poderes especiales. En Córdoba, un hombre hace diagnósticos sin ver al enfermo, solo tocando un pañuelo que sea de él. Por la tele, vi un documental sobre una

rusa que puede mover los objetos con la mente. ¿Qué opinás?

—Puede ser.

—Vos podés levantar cosas muy pesadas, ¿cómo lo hacés? ¿Es el poder de la mente?

—Mirá, cuando te rascás el culo, a tu dedo lo mueve el poder de tu mente.

Me pareció que la parapsicología no le interesaba.

—¿Quién te enseñó a hacer trucos de magia?

—Con un juego de magia que me dio Papá Noel. Eran 300 trucos. Me los aprendí todos. Son los que hago.

—¿También el de los pocillos?

—A ese truco lo venden en las casas de magia. Te dan tres tacitas de plástico con un folleto que te dice cómo hacerlo. Vamos para aquel lado.

O sea: cortaba el tema. Y a otra cosa.

Como te dije, era una gran maestra, sabía enseñar y, casi sin que me diera cuenta, aprendí mucho de fotografía.

Me enseñó las reglas de la composición y, después, me dijo:

—Ahora, es cosa tuya romperlas.

Me pareció que también lo decía por otra clase de reglas.

Lili, no sé si para alentarme, halagó mis fotos y dijo:

—A todo lo que amamos le damos una parte de nuestra alma. Si un día llegás a amarla, en la cámara estará tu alma. Y no será la cámara, sino tu alma la que sacará las fotos.

La mano venía bien. Iba aprendiendo un poco de muchas cosas porque tenía dos grandes maestras enseñándome. Ellas no se daban cuenta de lo fantásticas que eran. Les resultaba natu-

ral. Decían las cosas en las que creían.

¿Algún día llegaría a ser tan buena fotógrafa como Lili?

Me parecía imposible, pero había encontrado mi vocación y saber lo que quiere en la vida es lo mejor que le puede pasar a una chica. Sobre todo a una que nunca tuvo la menor idea de lo que quería hacer con su futuro.

Entretanto, tenía algo atragantado: no podía abrir la puerta.

Seguía convencida de que había un botón escondido o qué sé yo. Como esas puertas secretas que se ven en las películas y que se abren moviendo un libro.

Cuando estaba adentro, la podía abrir. Salía al palier, la cerraba, movía el picaporte, trataba de entrar. No podía.

Entonces, decidí recurrir a la astucia que, aunque no parezca, algo tengo.

El picaporte

El señor Vincent, el portero, era un hombre de unos sesenta años, bajito, viudo y muy amable. Era el candidato ideal para el experimento. Fui a comprar como setenta botellas de cocacola y le pedí si podía ayudarme a llevarlas hasta el departamento.

Al llegar al séptimo, me demoré a propósito mientras él salía del ascensor y le dije:

—Abra, por favor. Está sin llave.

—Es imposible. Nadie, que no sean la señora Lili y la señorita Irenka, puede entrar. ¿No le contaron la historia?

—No.

—Señorita, esta casa estaba embrujada.

Reconozco que me dio un poco de chucho.

—El departamento estuvo desocupado desde que terminó la guerra. Nadie sabe qué pasó con los dueños. Fue rematado, pero los compradores no pudieron entrar. La puerta parecía sellada. Los bomberos trataron de tirarla abajo a los hachazos. La señora Lili la hizo arreglar, sino usted podría ver las marcas que quedaron. No pudieron atravesarla. Colgada de cuerdas, bajaron una silleta del techo del edificio, intentando abrir, desde afuera, los postigos de las ventanas. Fue inútil. Vinieron ingenieros, cerrajeros, todos los especialistas que pueda imaginar. Se lo juro por la memoria de mi querida Adele, la casa estaba embrujada.

El señor Vincent meneó la cabeza, tragó saliva y siguió.

—Al principio, Adele y yo teníamos un poco de miedo cada vez que teníamos que limpiar el palier. Con el tiempo, nos acos-

tumbramos. Un arquitecto dijo que la puerta y las ventanas fueron tapiadas con bloques de cemento y que era la obra de un demente que murió dentro de la casa.

Me corrió un escalofrío.

—Con mi mujer llegamos al edificio en 1947 y la señora Lili, en 1959. Vino con Irenka que, entonces, tenía ocho años. Le dije: «Señora, lamento mucho tener que informarle que la estafaron. No es usted la única que cayó en la trampa. Hubo otros que creyeron hacer un buen negocio al comprarlo muy barato. Armaron un escándalo y tuvieron que devolverles el dinero. Le aseguro que no hay manera de entrar. Nadie pudo desde hace muchos años. Dígale a su esposo que se haga asesorar con un abogado y reclame el dinero». La señora Lili sonrió y me contestó: «No tengo esposo, señor. Solo somos Irenka y yo».

El señor Vincent apretó los labios, como si estuviera viviendo ese momento.

—Sentí mucha pena. Una madre sola, recién llegada a París y con una criatura chiquita, le había comprado el departamento a un sinvergüenza que lo obtuvo por casi nada para revenderlo estafando a una pobre mujer. En una mano, la señora Lili tenía la escritura y con la otra tomaba la de Irenka.

Y sí, me las estaba imaginando y pensé: «Pobres».

—Habían arribado a París el día anterior y se alojaban en un hotel de la calle Fromentin. No tenían amigos ni parientes que las pudieran ayudar. La señora LIli me contó que era fotógrafa y ya tenía trabajo en una revista femenina. Hasta había conseguido un colegio para que la nena siguiera sus estudios. Yo no sabía

qué podía hacer para darles una mano, así que llamé a mi mujer, que era más decidida.

Le hubiera visto la cara, señorita. «Al que se lo vendió, tendría que denunciarlo a la policía», le dijo. Adele era muy compasiva, pero también muy chinchuda. Estaba indignada. Cuando sentía rabia por algo, la cara se le ponía colorada como un tomate y parecía echar chispas por los ojos.

El señor Vincent tragó aire y lo soltó con fuerza por la boca.

Estaba tan compenetrado con lo que contaba como si hubiera ocurrido la semana pasada.

—Las acompañamos al departamento. Subimos con ellas en el ascensor. Irenka, con una sonrisa llena de inocencia, nos invitó con caramelos. Siempre fue un ángel. Al verla tan bonita y generosa, Adele se enojó más y me hizo señas dándome a entender que iría a la policía.

El señor Vincent estaba lejísimo de ser un narrador del nivel de Lili e Irenka; ni siquiera era bueno contando, sin embargo, la historia me tenía enganchada.

—¿Y qué pasó? —pregunté, estaba muy ansiosa.

—¡Es de no creer, señorita! Mire, se me pone la piel de gallina cada vez que lo cuento.

Debía ser cierto lo de la piel de gallina porque los ojos se le pusieron del tamaño de los huevos fritos.

—Irenka se paró delante de la puerta. Puso la mano en el picaporte. ¡Abrió la puerta! ¡La abrió, señorita Alice!

El abrigo

Irenka era una especie de genia de la magia y fue la primera en acercarse a la puerta; no Lili, que hubiera sido lo más lógico.

Estuve segura de que Irenka, con un golpe de vista, supo que había un mecanismo trabando la puerta y descubrió el secreto de cómo abrirla.

Lo que me desconcertaba era el resto de la historia que contó el señor Vincent.

Al entrar, Lili abrió con facilidad las ventanas y no encontraron los restos de ninguna persona. En la casa no había olor a encierro ni humedad, después de tantos años de permanecer cerrada. Además, según el señor Vincent, el departamento parecía haber sido aseado el día anterior. Para mí, fantaseaba un poco.

Les pregunté a Lili y a Irenka.

Seguían diciendo que Mireille dejaba entrar solo a los que ella quería. Más bien que no les creí y seguí tratando de conocer el secreto. Lo vivía como un desafío. No era posible que fuera tan tarada de no poder abrir una puerta.

Sin aflojar un solo día, salí de la casa el martes 25 de febrero, a las diez de la mañana.

Mientras yo dormía, Irenka se fue no sé dónde y Lili trabajaba en su estudio. A veces, me pedían que fuera a hacer las compras para que aprendiera a andar sola por París. No iba a ir a ningún lado nuevo. Nada más, a comprar croissants y baguettes a lo de madame Claudine.

Era un día de muchísimo frío. Hacía como setenta grados bajo

cero. Me puse el sacón símil piel de zorro ártico que Lili me regaló (las mujeres preferían las pieles verdaderas, pero nos parecía cruel matar animalitos para hacer tapados de ricos).

Nunca había tenido algo para ponerme que fuera tan bonito y abrigado. Era mi prenda más querida.

Estuve casi una hora conversando en la panadería.

Salí comiendo un pastel. Sentí en la cara el viento frío. Me envolví con el echarpe y acomodé mi gorro de lana.

Vi a una mujer viejita caminando pasito a pasito, yendo para el lado de Lécuyer. Tenía puesto mocasines, unos soquetes cortos que le cubrían los tobillos y un saco de lana que se veía viejo y muy gastado. Me dio la impresión de que estaba extraviada.

Me acerqué.

—Madame, ¿puedo ayudarla?

Me miró y sonrió sin decir nada.

—¿Quiere que la acompañe hasta su casa?

Siguió callada. La tomé del brazo y caminé a su lado. No me llevaba a ningún sitio. La mujer estaba completamente perdida.

Empecé a preguntar si la conocían. De tanto verme ir y venir con Irenka, ya muchos sabían quién era yo.

—Alice, llevala con la policía —dijo el señor Barrés, que tenía una peluquería de hombres.

Cuando nombró a la policía, la señora pareció asustarse. La tranquilicé. Noté que temblaba de frío.

—Tranquila, la voy a llevar a su casa —le dije.

Me saqué el abrigo y se lo puse. Le calzó bien. Era chiquita de cuerpo y baja de estatura. Le di mis guantes y mi echarpe.

El asilo

¿Viste que hay momentos en que tenés como una intuición y te parece que vas a acertar? Bueno, sentí que la señora era residente de algún asilo. Caminó mucho. Tal vez, desde la noche. No se murió de frío porque al destino se le dio la gana de que siguiera viviendo unos años más. Decidí encontrar el asilo.

No tenía la más remota idea de cuántos había en París ni por dónde podía haber uno. Pero se me puso en la cabeza que iba a encontrar el hogar de la viejita.

Una pelotudez que solo a mí se me podía ocurrir, porque si algo sabía hacer bien eran pelotudeces.

¿Qué hice? Llamé un taxi. Le pedí al chofer que nos llevara a todos los asilos que estuvieran cerca de Montmartre.

Fuimos a cuatro. El taxista era como un loro repitiendo que la policía debía encargarse.

—De ninguna manera. La policía la va a llevar a cualquier parte para sacársela de encima y la señora tiene que estar con la gente que conoce. ¿A usted le gustaría ser viejo, perderse y que lo lleven a vivir a Lyon?

El quinto asilo estaba en Bobillot y Simonet. Entré a preguntar si faltaba alguna persona. Me dijeron que sí.

Simone, una mujer de unos cuarenta y pico, gordinflona, con la cara redonda y coloradota, salió conmigo.

—Sí, es Ivette. Avisamos a la policía. Se escapó esta mañana. ¿Dice que la encontró en Montmartre? Hace años vivió allí. ¡Ay, Ivette! Hasta te dieron de comer.

Ivette se había comido tres croissants.

Cuando el taxista quiso cobrar, no me alcanzaba la plata. Le di toda la que tenía y el reloj. Se dio por satisfecho.

Ese coso no era un alma caritativa.

Entré al asilo con Ivette y Simone. Aparecieron un tipo y dos mujeres petisas y culonas. El hombre dijo:

—Ya hizo demasiado, señorita. Vaya tranquila. Nosotros nos hacemos cargo.

Simone dijo:

—Vamos, Ivette, devolvé el tapado. Mirá, hasta guantes y un echarpe te prestó.

Ivette acarició el tapado.

—Deje. Se lo regalo. Lo gané en una rifa. Ivette, quedate con el echarpe y los guantes. Si volvés a escaparte, ponételos.

—Señorita... —dijo el hombre.

Lo interrumpí. No lo dejé decir nada.

—Señor, cuídenla. Tome, le gustan los croissants. Les dejo un par de baguettes. Adiós, Ivette, fue un gusto haberte conocido.

En realidad, no te estoy contando todo. Dijeron muchas cosas buenas de mí y no me gusta hablar de eso. No creo que me deban elogiar por ayudar a una pobre vieja. A nadie se lo debe elogiar porque haga lo que se debe hacer. ¿No te parece?

La carrera

Comencé a caminar. No tenía ni una moneda para el metro.

Pregunté para dónde quedaba Sacré-Coeur.

Tenía frío. No había desayunado y me quedé desabrigada.

Estiré las mangas de la polera para cubrirme las manos y di vuelta el cuello para arriba, así me tapaba hasta la nariz.

Empecé a correr. Fui por Monge, agarré por no sé dónde; vi la catedral y crucé el Sena por el puente de Notre Dame; llegué al bulevar de Strasbourg.

Sin parar de correr porque estaba cagada de frío, cada tanto, preguntaba para qué lado tenía que ir. Era fácil saberlo, los franceses se la pasan moviendo los brazos. Para allá.

Pegué tres o cuatro resbalones en el hielo de las calles, pero no me caí. Lo único que me faltaba era caerme de culo y romperme el huesito dulce.

Monsieur, ¿rue du Mont-Cenis? Merci. A la derecha. Seguí para adelante. Parecía una locomotora. Me salía vapor de la boca y formaba una inmensa nube que me envolvía impidiendo que viera el camino.

Guiada por el instinto y yendo casi a ciegas, llegué a Custine.

Te aseguro que no paré nunca y, al fin, ahí estaba la calle de Mont-Cenis. No la hicieron más empinada porque les quedaba en ángulo recto.

Las patas no me daban más. Encima, tenía que subir las escaleras de la calle. ¿Cuántos escalones son? Ocho mil novecientos, por lo menos.

Entré al edificio doblada como vieja con ciática.

Me dolía todo, desde la coronilla a las plantas de los pies.

Me faltaba el aire. Respiraba con la boca abierta. Subí en el ascensor apoyándome contra las paredes.

Llamé a la puerta. Nadie contestó.

Bajé un piso. Lili ya no estaba. Y qué flor de cagada me mandé: nunca llevaba la llave del estudio conmigo. La dejaba en el cajón de la mesa de luz.

Me di cuenta de que había perdido la noción del tiempo.

Hacía como ciento treinta y siete horas que había salido.

Lili e Irenka se habrían preocupado y fueron a buscarme. Estarían demacradas y desesperadas en alguna comisaría.

La Sureté e Interpol estarían en mi búsqueda.

Volví al séptimo. Seguía sin aire. Tenía las patas destruidas.

Me dolían hasta las orejas. Fue la carrera de mi vida.

Debían ser como seiscientos kilómetros, más o menos, y por calles cubiertas con cinco metros de nieve.

Me senté en el piso y me recosté contra la puerta.

Me fui para atrás.

Caí de espaldas.

Quedé tendida sobre el piso, dentro de la casa.

La puerta se había abierto.

La bienvenida

Me levanté muy despacio.

Recorrí el departamento caminando como las chicas en las películas de suspenso cuando se les va a aparecer el asesino.

No había nadie.

Fui hacia la puerta. La había dejado abierta. Vacilé. Pero tenía que hacerlo.

Salí al palier. Cerré la puerta. Me quedé parada, mirándola.

Tomé el picaporte. Lo moví. Empujé.

La puerta se abrió.

Entré. La cerré delicadamente.

Retrocedí unos pasos sin dejar de mirarla.

Sentí el calor de la casa. Me di cuenta de que nunca había estufas ni calefacción encendidas.

La casa daba calor durante el invierno y, seguramente, frescor en los cálidos meses del verano.

¿Viste cuando algo te emociona mucho y sentís como que la alegría no te cabe en el cuerpo y, entonces, se te caen lágrimas y, a la vez, sonreís con tu sonrisa más ancha?

No sé si, alguna vez, lo sentiste, pero yo sí. Fue ese día.

Había descubierto que junto al mundo real hay otro, único, maravilloso, mágico. Un mundo en el que acababa de entrar.

No sabía la razón, pero ese mundo me había hecho saber que existía y que yo era parte de él.

Todas las luces de la casa estaban encendidas.

Mireille me daba la bienvenida.

El esplendor

Me quedé sentada en el piso, mirando la puerta.

Mi alma se había apaciguado.

Ya no sentía tristeza por lo que dejé atrás ni rabia contra los que me patearon por encima del alambrado mandándome fuera de la cancha.

Estaba ahí, sentada, quieta, casi inmóvil, con las manos apoyadas sobre mis piernas entrecruzadas, viviendo el preciso instante en que, inesperadamente, lo imposible se convierte en posible y aparece la vida en todo su esplendor.

Podía percibir la perfecta armonía de la casa, su exquisita belleza, el infinito amor, la cálida ternura que la habitaba.

Y yo, tan pequeñita, tan insignificante, me encontraba en medio de la imponente grandiosidad de un mundo mágico.

La puerta se abrió. Habían llegado Lili e Irenka.

Sonreían mirándome. Parecían felices de verme.

Las medias

—Por lo que se ve, Mireille llegó a conocerte bien —dijo Lili.

Poniendo cara de asco, Irenka dijo:

—Sacate esas medias, no se aguanta el olor a patas.

Me había sacado los borcegos. Las medias estaban empapadas de sudor por la corrida.

Lili apoyó en la mesita una caja que traía y dijo:

—Fue una gran carrera. Son como diez kilómetros. Hiciste el recorrido en poco menos de una hora. Debe ser un récord.

—¿Cómo saben que corrí?

—Te vimos por Hermel y le pedimos al taxista que nos llevara a la calle Royale para hacer compras —dijo Lili.

—¿Por qué no me llamaron? No me daban más las patas.

Lili sonrió y levantó las cejas, en un gesto habitual en ella.

—Era tu carrera. No teníamos que meternos —dijo.

¿Eh? ¿Mi carrera? ¿Qué decís? Demoré como cinco años en entender lo que quiso decir. ¿Vos entendiste?

La hora

—Che, maricona, sos pura ñaña. Salimos a buscarte. Te vieron subir al taxi con Ivette y fuimos al asilo —dijo Irenka.

—¿Conocen a Ivette?

—La conocimos hoy. Todo el tiempo se la pasó acariciando tu tapado. Ella y otras viejitas se comieron los croissants y las baguettes. Los del asilo hablaron maravillas de vos —dijo Lili.

A lo Irenka, hice como que no escuché.

—Fui como a veintiséis asilos antes de ir al de Bobillot, ¿cómo supieron que era ese?

Lili hizo un gesto, como diciendo: «¿Qué te pasa? ¿No sabés cómo te encontramos?».

—Irenka, ¿cómo encontraste el asilo?

—En mi otra vida fui un perro Beagle y me quedó el olfato. Rastreé tu olor a culo sucio. Mirá lo que te compró Lili.

Abrí la caja. Era un tapado de piel de zorro blanco.

Yo diría que un modelo más lindo que el que le di a Ivette.

Irenka puso en mi cuello un echarpe de tres colores y me dio unos guantes de lana.

Ahí fue que empecé a sentirme como si estuviera viendo el final de *El niño y el toro*. En el cine, lloré tanto que dejé mojada la espalda del espectador de la butaca de adelante.

Esta vez, aguanté a lo macha, aunque por la garganta no me hubiera pasado ni una gota de agua.

—¿Qué hora es? —me preguntó Irenka.

Un hermoso reloj con correa de cuero estaba en mi muñeca.

La foto

Todas las noches, Irenka iba a mi dormitorio o yo al de ella y muchas veces nos quedamos dormidas después de pasar horas hablando sin parar.

El poco tiempo que pasó desde el día que nos conocimos fue más que suficiente para sentir que seríamos amigas incondicionales hasta dar el último soplido, nos subamos a él y vayamos a juntarnos con el viento para que nos lleve a recorrer el mundo, por toda la eternidad.

En la noche del día de la carrera, entró a mi cuarto, levantó las cobijas y se metió en la cama.

Tenía un álbum de fotos.

—Mirá a Lili. Tiene, más o menos, la edad de nosotras ahora. ¡Qué linda! —dije.

A medida que Irenka daba vuelta las hojas mostrándome las fotos, yo hacía un comentario. Ella permanecía callada, lo que era raro porque casi nunca dejaba de hablar.

Pensé que todo el álbum era de fotos de Lili con ella. Pero, de pronto, en una foto, Lili sonreía tomando del brazo a un hombre. Tenía la cara angulosa; la mirada, un poco triste; algo ojeroso; los cabellos claros, muy delgado.

Tocando la foto con el dedo, Irenka dijo:

—Mi papá.

Lili – 1

Creo que todos los padres tienen un hijo preferido y los hijos menospreciados lo perciben de algún modo. A veces, de forma muy clara. Eso le pasó a Lili, cuando todavía le decían Liliana.

El abuelo Lutero entró a la cocina con la cara más colorada que ssi hubiera comido una docena de ajíes putaparió.

—¡Tanto odio, tanto odio! Felisa no te ha hecho nada y por tu culpa anda con la cara desfigurada. Siempre le haces maldades. ¿Qué sucede contigo? Tu hermana solo te desea el bien y tú le pagas haciéndole daño. ¡En esta casa se hace lo que yo digo y ya mismo te disculpas con ella! ¡Coño, qué mala eres!

Liliana no le respondió una palabra ni le pidió disculpas a nadie. Salió de la casa, sacó un pasaje y se subió al primer micro que iba para Córdoba capital. Juntó toda la ropa que tenía en la pensión y se fue para Buenos Aires.

Tenía dieciocho años y dinero para vivir un mes, si es que no comía demasiado.

Llegó a Retiro por primera vez en su vida.

Sin que nada de lo que veía a su alrededor la intimidara, entró a la confitería de la estación.

En el mostrador, pidió prestada una guía telefónica. Buscó una pensión de señoritas. Anotó la dirección en una servilleta de papel, preguntó qué colectivo la llevaba hasta la calle Talcahuano al 300 y consiguió la pieza más barata de la pensión: el altillo. Tenía seis metros cuadrados con olor a humedad, paredes descascaradas y el techo con goteras.

Estaba tan cansada que se durmió vestida, sin comer ni darse cuenta de que el colchón era un nido de chinches.

Cuando despertó, se cambió de ropa, se rascó las picaduras y salió a buscar trabajo. Caminó tres cuadras y llegó a Tribunales. En un negocio, pedían mecanógrafas. Se presentó.

—¿Cuántas palabras escribe por minuto? —le preguntó la señora Amestoy, una cuarentona con cara de guardiacárcel, que era la jefa.

Liliana sabía escribir a máquina con dos dedos. Dijo:

—Doscientas.

La señora Amestoy levantó las cejas.

—Si usted llega a escribir doscientas palabras en un minuto, me trago la tinta de este tintero —dijo.

Liliana se dio cuenta de que había exagerado y no tendría el trabajo. Pero era de las que van perdiendo cuatro a cero y siguen transpirando la camiseta hasta que el referí da la pitada final.

La señora Amestoy llevaba puesto un traje sastre con un escudito peronista en la solapa del saco. Al verlo, Liliana, antes de caer nocaut a la lona, tiró la última trompada y dijo:

—Vea, señora. Ayer a la tarde llegué de Córdoba. Vivo en una pensión y la plata me alcanza para una semana. Necesito trabajar. No puedo volver a mi casa. Mi padre me golpeó y me echó a la calle. Es comunista y encontró la foto de Evita que yo tenía escondida bajo mi almohada. La rompió y, a los gritos, me prohibió que nombrara a...

Se calló un segundo y, bajando la voz, agregó:

—Disculpe que sea tan ordinaria, pero dijo: «Esa yegua puta».

La mujer dio un respingo en la silla, las facciones se le endurecieron y respiró con potencia.

—Yo, señora, tengo mis convicciones y no pienso permitir que nadie trate de destruirlas. En la cara de mi padre, grité: «¡Viva Perón! ¡Viva Evita!». Entonces, se sacó el cinturón, me dio una paliza y me echó de la casa. Tengo la espalda con las marcas de la hebilla del cinturón.

Liliana estaba tan compenetrada con su relato que se puso a llorar. Le sirvió para desahogarse. La señora Amestoy la hizo sentar y pidió que le dieran un vaso de agua.

Cuando Liliana la oyó murmurar: «Comunista hijo de puta», supo que había conseguido el trabajo.

La señora Amestoy la tomó a prueba una semana y, si llegaba a escribir cien palabras por minuto, la contrataba. A la semana, Liliana escribía ciento cuatro. Al mes, ciento veinte.

Por suerte, era muy hábil con las manos y muy rápida con la cabeza: puso una foto de Evita junto a la máquina de escribir.

Lili – 2

En 1949, la mitad del país adoraba a Perón y la otra mitad, lo odiaba. Eva era una santa o una puta, según el lado en el que se estuviera. Liliana no estaba en ninguno. O, para decirlo con más precisión, estaba en el suyo.

Creía en la justicia. No en la de los tribunales ni en la divina. En una que los seres humanos debían conseguir, aunque llevara siglos y pudiera decirse que no había nadie en el mundo que pasara hambre, fuera analfabeto, durmiera a la intemperie o ile faltara atención medica cuando enfermara.

Como te darás cuenta, era una idealista y una chica de carácter, una de esas que se le hinchan las venas del cuello si juegan una pulseada y que dan hasta lo último que tienen antes de dejar que le doblen el brazo.

En cuatro meses de estar en Buenos Aires, había conocido a mucha gente. Como era muy simpática, caía bien en todas partes.

Los hombres la piropeaban y recibía bombones de regalo por los escritos que mecanografiaba. La mayoría de los clientes eran abogados y unos cuantos, incluidos los que llevaban anillos de casamiento, la invitaban a tomar un copetín.

Nunca aceptaba. Los sábados y domingos salía con su cámara Argus C 3 a recorrer los barrios. Les preguntaba a los vecinos si querían que les sacara una foto. Algo así como:

—Señora, ¿quiere que le saque una foto al nene?

Las tomaba, las llevaba a revelar y las entregaba a domicilio. Cobraba barato y en algunos barrios, como Flores y Parque Pa-

tricios, comenzó a hacerse conocida.

Una tarde le propusieron sacar fotos en un casamiento. Más bien que aceptó y comenzó a ser fotógrafa de bodas, cumpleaños y bautismos.

Lili – 3

Antes de terminar el año, se mudó a una pensión de señoritas en la que todas eran artistas de teatro y cabaré. Tenía un cuarto grande para ella sola, no había goteras ni olor a humedad y puso en las paredes algunas de las fotos que había tomado.

Sin cobrar nada, fotografiaba a gente de trabajo: obreros saliendo de una fábrica; músicos callejeros; tipos colgados en el estribo de colectivos colmados de personas. Esa clase de fotos era las que le gustaba tomar. Pero el revelado no la dejaba satisfecha. Estaba convencida de que las imágenes podían verse mejor.

Aprendió a revelar y, con dos biombos y unas telas, armó un cuarto oscuro en su pieza.

En diciembre del 49, el diario *La Razón* publicó una de sus fotos: fotografió a Perón, en uno de los discursos que daba desde el balcón de la Casa Rosada, desde el punto de vista de una niña con una banderita argentina en la mano. Sacó todo el rollo en cuclillas detrás de la nena.

Después de revelarlas, Jazmín Bayo, que era corista de teatro de revistas, vio las fotos y le pidió una.

Se la mostró a un periodista amigo y así fue cómo se la publicaron en el diario.

En menos de un año, Liliana consiguió ganar bien y progresar sin hacerse puta ni depender de un amante que la bancara. Hasta compró una mejor cámara, ropa nueva, sábanas, frazadas y una colcha.

Y dejó de trabajar como mecanógrafa.

En todo ese tiempo, no salió con ningún hombre y toda su experiencia amorosa era el noviazgo con Jorgito Mariscal, el hijo del farmacéutico, con el que anduvo dos años.

Liliana lo largó cuando se opuso a que fuera a la universidad.

En esos años, las chicas creían que ser exitosa era casarse, tener hijos y encargarse de la casa.

Las madres las adiestraban: debían saber cocinar, coser, planchar y hacerse las boludas si el marido les metía los cuernos. No había por qué tomarlo a la tremenda. Todo el mundo sabía que los hombres son de hacer esas cosas. Era lo natural.

Liliana se pasaba todo eso por la argolla y fue a la facultad.

Mi vieja la siguió, pero sin ninguna vocación. Tenía otro objetivo: conseguir un mejor candidato a marido de los que podía encontrar en el pueblo.

Las mellizas se parecían físicamente, pero en todo lo demás eran como comparar un coco con una liebre.

Una tarde de un caluroso domingo de enero, Liliana se sentó en un banco de la Plaza del Congreso. En el banco frente al suyo estaba sentado un muchacho muy pálido, con una gastada camisa blanca arremangada hasta los codos.

Liliana, como lo hacía con otros y sin que él lo notara, apuntó la cámara y lo fotografió. Un rato después, se fue.

En la semana reveló las fotos. Se quedó un buen rato mirando la que le sacó al muchacho en la Plaza del Congreso.

Lo que vio fue a un hombre muy triste y muy solo.

El domingo siguiente volvió a la plaza y lo buscó. Lo encontró sentado cerca de la fuente, viendo cómo las palomas comían las

migas de pan que la gente les daba.

Ella hacía tiempo que había dejado de ser vergonzosa y, sin andar dando vueltas, se acercó a él.

—Te saqué esta foto —le dijo mostrándosela.

Y así se conocieron Liliana Carboné y Jan Melhoffer.

Lili – 4

Jan nació en Varsovia y perdió a toda su familia durante la segunda guerra mundial. Su padre, Kaspar Melhoffer, se alistó en el ejército y murió en combate. Olga, su madre, y su hermana mayor Agnieszka se unieron a la resistencia, fueron detenidas y fusiladas por los nazis.

Jan tenía catorce años cuando Alemania y Rusia invadieron Polonia y se la repartieron. Al año siguiente, se unió a Szare Szeregi. Fue apresado y logró sobrevivir, pero con la salud resquebrajada. Desde niño fue enfermizo y no era de esa clase de tipos que andan en pelotas en la nieve y ni se resfrían.

Su abuelo paterno, Vladislav Melhoffer, fue un famoso mago que actuó en los escenarios más importantes de Europa hasta su muerte durante un acto en Budapest, a los cincuenta años.

Su esposa Jadwiga, abuela de Jan, murió de un síncope al enterarse del fusilamiento de su hija y su nieta. Con su muerte, Jan perdió a su último familiar cercano.

A fines de 1948, Jan llegó a la Argentina buscando una mejor vida, yéndose lejos de la dictadura del régimen soviético. Consiguió trabajo en un taller de encuadernación y alquiló una pobretona pieza en una pensión de la calle Venezuela, cerca de la avenida Entre Ríos.

Lo único bueno que le pasó en esos años y, quizás, en toda su vida, fue conocer a Liliana.

Los dos se enamoraron el primer día en que hablaron. Él, con un fuerte acento polaco y dificultades para encontrar las pala-

bras en argentino y ella con su tonada cordobesa, que perdió con el paso del tiempo.

Al otro domingo del que se conocieron, otra vez, se encontraron. Sentados en un banco de la plaza Congreso, Jan dijo que no la volvería a ver. Se puso de pie y se despidió.

Liliana lo siguió.

—Esperá. Decime por qué no querés volver a verme.

Jan demoró en responderle.

—Tengo tuberculosis. No te quiero contagiar.

—¡Ah, era por eso! Entiendo —dijo Liliana.

Le tomó la cara con las dos manos y lo besó en la boca.

—Ya está. Ya me contagiaste. Ahora vamos a caminar.

Lili – 5

Liliana no se contagió. Vaya a saberse por qué. A lo mejor, era como en todas las cosas que pasan en la vida: a este le toca, a este, no.

Desde el final del verano y comienzos del otoño, se vieron todos los días. Los fines de semana, caminaban por la Costanera sur y se sentaban en el borde de la fuente de Lola Mora, siempre que no hiciera demasiado frío. Liliana temía que le hiciera mal a Jan, pero no se lo decía. Simulaba ser friolenta.

Iban a La Giralda, en la calle Corrientes, y, en una mesa junto a la pared, tomaban submarinos y pasaban horas conversando.

Se besaban en los labios y se acariciaban tímidamente.

Liliana era virgen y, para su sorpresa, también Jan lo era. Eso la desconcertó. No era tonta y sabía que los hombres les pagaban a las putas para iniciarse. Pero Jan no era así y, a los veinticinco años, desconocía el amor sexual.

Una noche, cuando estaban a punto de despedirse, Jan se cubrió la boca con un pañuelo y comenzó a toser.

Liliana nunca lo había visto toser de ese modo.

Estaban en la vereda, frente a la pensión donde ella vivía y lo quiso hacer pasar para que tomara un vaso de agua.

Él se negó. La tos se calmó.

Antes que Jan lo guardara rápidamente en el bolsillo, Liliana alcanzó a ver el pañuelo ensangrentado.

Esa noche, en su cama, lloró desconsolada y no durmió una sola hora. Había tomado consciencia: Jan iba a morir.

Al mediodía, seguía en la pieza. Jazmín golpeó a la puerta.

—¡Liliana!, ¿estás bien? —gritó.

Como no le respondió, Jazmín abrió la puerta y entró.

Liliana, en camisón, estaba sentada en la cama. Jazmín, que era una especie de mejor amiga, se sentó a su lado.

—¿Qué pasa, che? ¿Te peleaste con tu novio?

Jazmín sabía que nada hace sufrir tanto a las mujeres como los hombres. Excepto a las lesbis, que sufren por otras chicas.

—No. Es otra cosa.

A nadie le había contado que Jan era tuberculoso.

Jazmín y cualquiera de los que la conocían se la pasarían diciéndole que estaba loca de andar con él, ¿o no sabía que podía morirse si se contagiaba?

—Jan está enfermo.

—¿Qué tiene?

Con la cabeza gacha, dijo:

—Cáncer. Se va a morir.

Después de decirlo, se sintió mejor y ya no tuvo dudas de lo que quería hacer.

Jan era el único hombre al que había amado y el único al que amaría el resto de su vida.

Estaba dispuesta a darle todo lo que le pertenecía y sus únicas verdaderas posesiones eran su cuerpo y su alma.

Lili – 6

Jazmín mostró ser una de esas mujeres que están donde deben estar cuando se las precisa.

Era una de esas chicas que conocen la calle y la noche, de las que fueron cacheteadas por un tipo y saben pelar a un viejo.

Esa clase de minas nunca levanta la pata para pasar por encima del caído.

Liliana se sintió acompañada, pero estaba hecha un trapo de piso. Lo disimulaba cuando estaba con Jan y se mostraba contenta, como si no pasara nada.

A comienzos de mayo, Jan fue internado en el hospital Muñiz. Liliana se la pasó a su lado.

En las noches, la enorme sala, con una doble y larga fila de camas, quedaba en penumbras. Sentada en una silla junto a Jan, Liliana se cubría con una cobija y dormitaba hasta que la luz del día entraba por los ventanales.

Jazmín fue todos los días.

Le llevaba comida y ropa para que se cambiara. Pero no la pudo convencer para que fuera a dormir a la pensión.6

El 2 de junio, Jan murió. Tres personas fueron a su entierro: Liliana, Jazmín y Luis Correa.

La vida se había ensañado con él. Ni siquiera le concedió el poder enterarse de que algo de él quedaría en este mundo: Liliana había quedado embarazada.

Lili – 7

Un mes después de que nació Paz, la abuela Teresa recibió la carta que Jazmín le escribió sin que Liliana lo supiera.

La abuela viajó a Buenos Aires y fue al departamento que Liliana alquiló. Jazmín le consiguió el garante.

A Jazmín no le faltaban admiradores. Mostrando las tetas en el teatro de revista, las chicas los consiguen fácil.

Jazmín puso el ojo en Luis Correa. Era un viejo platudo, dueño de un ingenio azucarero en Salta, viudo y con hijos casados que le daban poca bola.

Jazmín, aparte de ser un hembrón de veintiséis años, era divertida y buena cogedora.

Correa se encajetó hasta el caracú y ella era demasiado viva como para no pegar el manotazo a la oportunidad de tener cien pares de zapatos y una mucama que le llevara el desayuno a la cama. Así que tiró el medio mundo, lo pescó y lo cocinó en el registro civil.

Jazmín abandonó el teatro. Se mudaba a Salta, pero no quiso irse hasta que naciera Paz. Estaba muy preocupada: ¿y si el bebé nacía con tisis o moría?

Después del parto, hizo lo que le pareció correcto: los abuelos debían enterarse de que tenían una nieta.

Creyó que lo mejor para Liliana era regresar a Río Ceballos. Estaría con su familia y podría vivir tranquila con su hija, sin los peligros que había en la gran ciudad.

Claro, Jazmín ignoraba que Liliana no estaba dispuesta a vol-

ver al pueblo, aunque le dijeran que el Río de la Plata iba a inundar Buenos Aires haciéndola desaparecer.

Y, mucho menos, podía saber que era imposible que a la beba le pasara algo malo porque era una elegida.

Lili – 8

Cuando la abuela Teresa le preguntó por su marido, Liliana le contestó:

—No me casé.

La abuela se horrorizó.

—¿Quién es el padre?

—Jan Melhoffer —dijo Liliana con la voz quebrada.

La abuela creyó que se sentía avergonzada.

—¿Dónde está? ¿Conoce a su hija?

—No llegó a conocerla —dijo, a punto de soltar el llanto.

La abuela Teresa era tirando a cuadrúpeda y entendió que un sinvergüenza la había abandonado.

Furiosa, gritó:

—¡Cuándo se entere tu padre!

Liliana, de haber nacido hombre, hubiera tenido huevos del tamaño de los que pone el ñandú.

Se puso de pie y le contestó:

—Me cago en lo que digan él, vos, mi hermana y el mundo entero. ¿Entendiste?

La abuela Teresa se ofendió, pasó la noche en un hotel y volvió a Río Ceballos. Nunca más volvería a ver a Liliana ni a Paz.

Cuando se quedó sola, Liliana se puso a llorar.

Al abrir la puerta y ver a la abuela se había alegrado. Creyó que recibiría el cariño y la protección que precisaba. No fue así.

Mientras le daba la teta a Paz, le dijo:

—¿Sabés que para disfrutar de la caminata no hay que tener

una piedra metida en el zapato? Tu mamá acaba de sacarse una muy grande. Ahora puedo caminar hasta la China con vos en mis brazos. ¿Sabés dónde queda la China? En la loma del culo.

Se rió. Pero tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Te tocó una mamá muy mal hablada y a mí, la nena más hermosa del mundo. Y te digo que el mundo es grandísimo, mucho más grande que un zapallo.

Ese día, en el que se sentía infinitamente triste, no sabía que esa bebita prendita a su teta se convertiría en una chica distinta a todas y su mejor compañera. Una que impidió que volviera a sentirse sola.

Lili – 9

Paz fue una niña precoz. A los ocho meses, aprendió a caminar y empezó a hablar. Antes de los dos, comía usando cuchillo y tenedor. Cerca de los tres, podía leer y escribir.

Liliana era buena maestra y sabía enseñar otras cosas aparte del alfabeto. Cuando salía a trabajar, la dejaba al cuidado de la señora Marta, que le enseñó a cantar la marcha peronista.

Cuando Liliana la escuchó, le hizo gracia, pero reprendió a la señora Marta.

—A sus hijos enséñeles lo que usted quiera. A mi hija nadie le dice qué ideología ni qué religión debe tener. Eso lo decidirá por sí misma cuando tenga edad para hacerlo.

Marta dio la impresión de haber entendido, pero una semana después dejó de trabajar con Liliana. Parece que no estaba dispuesta a ser empleada de una antiperonista.

En la cabeza de los argentinos de los años cincuenta no había más que dos opciones: eras esto o aquello. Si alguno pensaba en una tercera, se lo consideraba un rebelde sin causa.

El 16 de junio de 1955, a las 11 de la mañana, Liliana tenía que sacar fotos en un homenaje póstumo al poeta Hugo Pedro Blomberg, en el café Tortoni.

Liliana había ido varias veces al Tortoni a actos similares. La diferencia era que, en esta oportunidad, fue con Paz. No tenía con quién dejarla.

A las doce y cuarto, el homenaje terminó. Liliana y Paz fueron a tomar el subte en Plaza de Mayo.

Unos aviones iban y venían volando bajo. La gente dijo que eran maniobras.

Liliana les tomó fotos a medida que caminaban.

Al llegar a la plaza, Liliana le dijo a Paz que se sentara en uno de los bancos de piedra.

Como no le importaba nada lo que pensara la gente, con vestido y tacos altos, como debía estar vestida para dar el tono en la reunión, se tiró de espaldas al piso y le sacó fotos a los aviones. Gastó dos rollos y solo le quedaba uno.

Lo cambió justo cuando Paz dijo:

—Mamá, vamos a casa.

Le llamó la atención que la voz de Paz sonara angustiada.

En ese momento, cayó la primera bomba.

Liliana reaccionó rápido. Tiró a Paz al piso y la hizo meter bajo el banco. Con su cuerpo formó como una pared cubriéndola.

Los aviones ametrallaban la plaza.

—Tranquila, no es nada. Ya va a pasar. No tengas miedo.

—No tengo miedo, mamá. Estoy con vos.

Liliana la apretó con fuerza contra su pecho.

—Soltá un poco, mamá. No puedo respirar.

Las bombas caían una tras otra. Las balas de las ametralladoras de los aviones repiqueteaban contra el piso.

Liliana nunca iba a la iglesia ni rezaba, pero, una y otra vez, le pidió a dios que no le pasara nada a Paz.

Cuando el bombardeo cesó, sin titubear, se paró de un salto, se sacó los zapatos y un saquito que llevaba puesto. Levantó a Paz en brazos y le echó el saquito sobre la cabeza. No quiso que

viera lo que ella estaba viendo.

La plaza y las calles estaban cubiertas de muertos y heridos. Gente común, ningún soldado, solo civiles que trabajaban en las oficinas del centro o andaban de compras.

Vio un trolebús destruido con los cadáveres carbonizados de decenas de niños que hacían un paseo escolar al Cabildo.

De la catedral, corrió hacia avenida Corrientes, la cruzó y no se detuvo hasta llegar a la avenida Santa Fe.

No tenía más aire. Los brazos se le habían cansado tanto que ya no podía sostener a Paz.

Uno de sus pies estaba bañado en sangre.

Pensó que le habían pegado un tiro.

Se lo había cortado con un vidrio roto. Usó un pañuelo como venda. Se quedó sentada en el cordón de la vereda hasta que recuperó las fuerzas.

Se puso de pie.

—Vamos a casa, hijita —dijo.

Lili – 10

Entró al departamento llevando a Paz en brazos.

Le sacó la ropa, llenó de agua la bañadera para que se bañara jugando con los patitos de plástico y dos barquitos. Como siempre, se quedó jugando con ella.

La ayudó a secarse y le pidió que se quedara en su pieza hasta que ella terminara de bañarse.

Dejó la puerta del baño abierta. Nunca descuidaba a Paz.

El agua de la ducha le cayó encima. Cerró los ojos. Su cuerpo tembló de la cabeza a los pies.

Lloró angustiosamente.

Se puso una toalla entre los dientes y la mordió.

Desde el fondo de sus tripas, mordiendo la toalla para que Paz no la oyera; gritó:

—¡Hijos de putas! ¡Hijos de las mil putas que los parió!

Lili – 11

En batón y chancletas, con el pie vendado, fue a la cocina. Le preparó el café con leche a Paz y se sentó frente a ella.

Paz contó, una a una y en voz alta, las siete cucharaditas de azúcar que le echó al café con leche. Lo revolvió lentamente.

—¿Querés ver una cosa?

—¿Qué cosa? —preguntó Liliana, haciendo un esfuerzo gigantesco para mantenerse entera delante de la nena.

Paz sacó la cucharita de la taza.

—Mirá —dijo.

Liliana trató de sonreír. No entendió el juego.

De pronto, delante de sus ojos, la cucharita se dobló.

—¿Cómo hiciste eso?

Tomó la cucharita. La revisó. El mango estaba doblado y la cabeza caía como una flor marchita.

—Esperame —dijo Paz.

Fue y volvió corriendo con la baraja de cuarenta naipes con la que jugaban al chinchón, la escoba y el culo sucio.

Con un solo movimiento, extendió las cartas sobre la mesa, poniéndolas con la cara hacia arriba.

Liliana conocía su habilidad, pero la forma en que las mezcló y las manejó le pareció algo imposible de hacer para una niña de cuatro años y medio.

—Elegí una —dijo Paz.

Eligió el rey de copas.

—Ponelo entre las cartas.

Hizo lo que le pidió.

Con un naipe empujando a los demás, Paz los dio vuelta y los dejó con la cara hacia abajo.

Los juntó y le entregó el mazo a Liliana.

—Dame el rey de copas.

Liliana lo buscó. No lo encontró.

Puso las cartas, una a una, sobre la mesa.

El rey de copas no estaba.

—¿Estás chicata, mamá? ¿No ves el rey de copas?

Paz tomó el mazo, extendió las cartas a lo largo, cara arriba. Con el dedo, tocó el rey de copas.

Liliana estaba con la boca abierta, como si estuviera en el dentista arreglándose una muela.

—Otra vez —le dijo.

Esta vez eligió el rey de oros. Lo metió entre los otros naipes y se arrimó hasta casi tocar las cartas con la nariz.

—Dame el rey de oros —dijo Paz.

Lo buscó. No estaba.

Contó las cartas. Había treinta y nueve.

¿Dónde puso el rey? Midió un naipe con la mano de Paz; era muy pequeña para ocultar la carta. Tenía puesto un vestidito de mangas cortas. No había mangas para esconderla.

Miró abajo de la mesa. Le pidió que se levantara. En la silla no estaba. Levantó el vestidito. Miró hasta dentro de la bombacha. Le pidió que se sacara los zapatos y las medias. Después de revisarle el pelo, se dio por vencida.

—¿Dónde pusiste la carta?

Con una de esas sonrisas que caracterizaron toda la vida a Paz, tomó el mazo, mezcló, desparramó las cartas en la mesa, con la cara hacia abajo.

Como si fuera al azar, tomó una y dijo:

—Acá.

Le mostró el rey de oros.

Lili – 12

Todas las noches, Liliana se recostaba al lado de Paz y le contaba cuentos hasta que se quedaba dormida.

Esa noche se acostó con ella. No quería dormir sola. Todavía tenía la cabeza llena del estruendo de las bombas.

Los trucos de Paz la sorprendieron y la hicieron pensar en Jan y su abuelo, Vladislav Melhoffer, el mago. ¿Paz había heredado el talento de su bisabuelo?

Muchas veces le había hablado de la familia de Jan y, seguramente, lo que más la atrajo fue saber del mago. Se entendía que jugara a serlo.

Su destreza con ambas manos le permitía sostener un lápiz parado de punta sobre un dedo y caminar por toda la casa sin que se cayera o hacer malabares con tres limones. Esa habilidad, notable para su edad, le facilitaba las cosas.

¿Pero cómo había aprendido los trucos?

Se lo preguntó por décima vez.

—De él. Está allá —dijo Paz y señaló el placard—. No abras la puerta. Él está adentro. Todas las noches sale. Me dijo que no te contara nada.

Liliana sintió un escalofrío en la columna vertebral. Cobarde no era, pero miedo sentía. Como se la pasaba venciendo sus temores, se levantó. Tomó la manija de la puerta del placard.

—¡No, no, mamita! ¡Por favor, no abras! —gritó Paz. Se había sentado en la cama y su cara se había desfigurado como si estuviera aterrorizada.

Liliana estaba por cagarse encima, pero abrió la puerta.

—¡Uuuuhhhh! —gritó Paz agarrándola por la espalda.

El de Liliana no fue un grito, más bien un alarido.

Paz se tiró en la cama y se revolcó de la risa.

Del julepe, a Liliana no le salía una palabra. Tenía doscientas pulsaciones por minuto y tuvo que esperar que el alma le volviera al cuerpo para decir que le iba a pegar una patada en el culo.

Paz dio un salto y salió corriendo. Se reía a carcajadas.

Al final, Liliana se puso a reír con ella y se acostó abrazándola.

—¿No te habrán cambiado en el hospital y en vez de una nena me dieron una enana?—dijo.

Paz comenzó a cantar *Hi-Lili, Hi-Lo* y a chocar las palmas con Liliana, como Leslie Caron con Carrot.

Cuando terminaron la canción, Paz dijo:

—Vos sos Lili.

—Otra Lili.

—Lili, contame el cuento de la bailarina.

—Está bien, pero tenés que decirme mamá.

—Bueno, Lili. Contame.

Discutir era perder el tiempo. Había salido tan porfiada como ella. Cuando terminó el cuento, Paz estaba dormida.

Liliana se acomodó para dormir. Cerró los ojos.

De repente, se dio cuenta de que estaba sonriendo.

En su cabeza no sonaba el estruendo de las bombas, sino la risa de Paz y su voz cantando *Hi-Lili, Hi-Lo.*

Lili – 13

Al recordar ese día, muchas veces, Liliana se preguntó si todo lo que Paz hizo desde que regresaron de la plaza fue porque no tuvo consciencia de lo que había pasado o porque percibió su angustia.

¿Era posible que hubiera usado un poco de entretenimiento, una canción y hasta un monstruo en el placard para sacarla de su dolor y darle un momento de alegría?

Con el tiempo, supo la respuesta.

En septiembre del 55, cayó Perón y los mismos que bombardearon la plaza asumieron el poder.

Liliana sintió asco y juró estar en contra de todas las bestias humanas que quisieran imponer sus razones por la fuerza.

Creía ciegamente en el derecho a pensar y hacer lo que a cada uno se le canta. El límite era no joderle la vida al prójimo.

Como fotógrafa se había hecho muy conocida. Ganó varios concursos y muchos actores y actrices la llamaban para que les tomara fotografías artísticas. Ganó más dinero y ahorraba para comprar una casa.

A principios del 56, caminando por Río Bamba, en dirección a Corrientes, vio un negocio de magia.

El dueño era un inglés radicado en Buenos Aires y que se hizo mundialmente famoso con el nombre de Fu-Manchú, que tomó del personaje de historietas.

Entró y preguntó por Fu-Manchú. Estaba de gira. Pero se enteró de que pertenecía a una familia de magos y que su primera

presentación pública fue a los cinco años con un acto de cartas en la Sociedad Estadounidense de Magia. Había pedido un asistente y el propio Harry Houdini se ofreció.

Liliana pensó que lo de Paz era normal.

Algunas veces, había creído que tenía un poder sobrenatural. Sin embargo, se trataba de talento, un don que la vida da a unos pocos y Paz estaba entre ellos.

Se sintió más tranquila. La había preocupado que no pudiera vivir su vida sin que la vieran como un bicho raro.

Enterarse de que otros niños, al menos Fu-Manchú cuando lo fue, eran capaces de hacer trucos complejos, realmente, resultó un alivio para ella.

La cuestión era que Fu-Manchú había tenido un padre mago que le enseñó ilusionismo y Paz no tenía a nadie. Ese era el misterio que no conseguía resolver.

Le contó a Paz de Fu-Manchú.

—Es malo. Hace cosas malas.

—Ese es el de la historieta. Este Fu-Manchú es un mago real.

Cuando le nombró a Houdini, del que habían visto la película con Tony Curtis, le dio una idea a Paz.

—Atame —le dijo.

Y sí, quería jugar a ser escapista como Houdini.

Liliana fue a buscar un rollo de hilo sisal que le sobró cuando ató las cajas en la mudanza.

Paz puso las manos atrás de su espalda.

—Fuerte. Atame a la silla —dijo.

Dio varias vueltas a su alrededor, hasta gastar todo el hilo.

La dejó atada desde el pecho a los pies.

Hizo cinco nudos en las manos y otros cinco en los pies.

Se puso a reír.

—Parecés un matambre —dijo.

—Tapame con una sábana.

Fue a buscar una en el placard. Encontró la más vieja.

Volvió a la cocina.

El hilo estaba perfectamente enrollado formando un ovillo.

Paz lo había dejado en la mesa.

Con una cuchara, comía dulce de leche del pote.

Lili – 14

En 1958, con el peronismo proscrito, Frondizi ganó las elecciones a las que llamó la dictadura militar. Ese año, Liliana decidió usar el nombre de Lili Blanch.

Era una buena forma de separarse por completo de un tipo y una tipa que pocos meses antes quedaron bajo tierra y a los que no les importó lo que pudiera suceder con ella. Los quiso, pero ese era un sentimiento del pasado.

A los pocos días, Paz le dijo:

—Me llamo Irenka. Es mi nuevo nombre. La señora Kowalski dijo que es un nombre polaco que viene de Irene, la diosa de la paz entre los griegos. O sea, viene a ser lo mismo que llamarme Paz. De ahora en adelante soy Irenka Blanch.

Lili entendió. Le gustó el nombre. Lo importante era que, para las dos, significaba mucho. Ya sabés por qué.

Sin dar tregua, Irenka dijo:

—Quiero que comprés discos de cantantes franceses.

A los seis años, había empezado a aprender francés. Un día, así como viene la cosa, dijo:

—Quiero aprender francés.

Lili le dijo si no prefería el inglés.

—No, francés. Y vos vas a ir conmigo.

Lili lo había estudiado en el secundario y lo hablaba bastante bien, pero, para darle el gusto, tomó clases para mejorarlo.

Más adelante, pensó si, en ese momento, Irenka ya sabía cosas que ella desconocía o fue porque en la vida todo tiene una

razón de ser.

Fuera por lo que fuese, en definitiva, era lo mismo. Todo sucede por una razón.

Lili – 15

En julio del 58, Lili fue a visitar departamentos que estaban en venta. Con lo que ahorró podía comprar uno.

—Mañana vamos a ver dos departamentos que están cerca de acá. Uno, en Medrano y Guardia Vieja; el otro, sobre Güemes. Busqué en Almagro para que no cambiés de escuela.

Irenka la escuchaba comiendo uvas.

—Ninguno de esos. Vamos a comprar un departamento que está en rue du Mont-Cenis, en Montmartre.

—Sí, hermoso. Ya estamos yendo para allá. ¿Sabés cuánto cuesta un departamento en París? La señora Gutiérrez tiene lindas ideas, pero nosotras poca plata.

—La señora Gutiérrez no tiene nada que ver.

Era la profesora de francés.

Irenka escribió una dirección. Le dio el papel.

—Compralo. Mireille nos espera.

Ninguna mujer le habría dado bola a una niña de siete años a la que se le dio por comprar un departamento en París sin verlo ni conocer Francia. Era difícil creer que alguien pudiera seguirle la corriente a la pibita medio rayada que decía un disparate.

El caso era que en el mundo de las madres estaba Lili. Ella no era una madre como las que conocemos, por lo tanto, comenzó a averiguar por el departamento de la calle de Mont-Cenis.

Lili – 16

Lili se enteró de que un departamento en la dirección que le dio Irenka estaba en venta. El precio era ridículo. No era un departamento chico, sino todo un piso. Tenía que ser un error. Era imposible que un piso en Montmartre costara lo mismo que un ambiente de veinte metros cuadrados en Liniers.

Por su trabajo, Lili conocía a gente importante. La asesoraron bien. Podía comprarlo sin viajar, dando una carta poder.

Le garantizaron que los profesionales que la representarían en la compra eran honestos y prestigiosos en París.

Cuando estaba a punto de autorizar la compra, se enteró del motivo por el que era tan barato.

Se sintió frustrada. No solo por no poder complacer a Irenka, también por ella misma. Casi toda su vida había soñado con vivir en París.

Dejó la cámara, se sacó los zapatos y se sentó frente a Irenka, que hacía los deberes para la escuela.

—El departamento está abandonado desde hace años. No se puede entrar. Por eso tiene ese precio. Es como si compraras un yate que está en el fondo del mar.

Miró con pena a Irenka. Por unos días habían jugado a ser dos viajeras que van a París. Era hora de acabar el juego.

—Fueron los bomberos. No pudieron voltear la puerta ni con hachazos. A un ingeniero se le ocurrió entrar por el techo del edificio. El departamento está en el último piso. Empezaron a agujerear. Rompieron la loza, pero no pudieron con el techo. Fue

imposible atravesarlo.

La conocía demasiado bien y estaba segura de que Irenka simulaba estar concentrada en los deberes para la escuela.

—Un arquitecto dijo que el último dueño reforzó la puerta de entrada y el techo con placas de acero. Tapió las ventanas con cemento. Construyó un búnker. Los nazis habían ocupado París y el hombre no estaba sano mentalmente. En su locura, se encerró para protegerse. Murió en la casa. Nadie se interesó en él. La última oferta por el departamento fue hace diez años.

Se acordó de las bombas cayendo y los disparos de las ametralladoras en la plaza y dijo:

—Era un pobre hombre muerto de miedo.

Como si no hubiera escuchado una palabra, Irenka dijo:

—Compralo.

Lili se cruzó de brazos.

—¿Qué parte no entendiste? No se puede entrar.

—Compralo.

Descruzó los brazos. Le sacó el lápiz de la mano.

—Prestá atención. Escuchá. Mirá mi boca: no se puede entrar. ¿Entendés?

—Compralo.

Otra quiebra el lápiz. Lili se lo devolvió. Silabeando las palabras dijo:

—¿Có-mo en-tra-mos?

De manera parsimoniosa, Irenka cerró el cuaderno, guardó el lápiz y le contestó:

—Mireille nos abre.

Lili – 17

Un tipo se para en la calle. Mira para arriba. Otro tipo le pregunta qué pasa. Un ovni, le contestan. Este tipo, también, mira para arriba. Llega un tercero y otros más. Todos juran que vieron un ovni. Sugestión. Alucinación colectiva.

Podrías creer que algo como eso pasaba con Irenka y Lili.

Pero era algo muy distinto. Era una absoluta seguridad, una total confianza en la otra.

La palabra justa es: fe.

Cada una de ellas tenía fe en la otra. Una fe ciega.

A Lili le bastó la palabra de Irenka.

Al llegar a Paris, estaba completamente segura de que Mireille les abriría la puerta.

Lili – 18

Subió en el ascensor tomando la mano de Irenka.

El señor Vincent y su esposa Adele subieron con ellas.

El edificio le gustó mucho. Estaba construido en estilo art noveau, muy de fines del siglo diecinueve.

Todo le agradaba: la calle empinada, las escalinatas, el impecable ascensor con manijas y botonera de bronce, los relucientes pisos de mármol, la cara del portero, la manera en que la señora Vincent se enojaba viendo cómo habían estafado a una pobre madre argentina, sin marido y con una hijita.

El señor Vincent bajó primero.

—Ahí lo tiene, señora —dijo, señalando con la mano como si mostrara un pollo que se quemó en el horno.

Lili apretó más fuerte la mano de Irenka.

Por fin habían llegado.

Le soltó la mano.

La vio caminar hacia la puerta.

La vio tomar el picaporte.

La vio abrir la puerta.

El despertar

Al otro día del que Mireille me abrió la puerta, Irenka apareció en mi dormitorio muy temprano.

—Levantate, tenés que limpiar los pisos.

La señora Fleur se encargaba de la limpieza de la casa y de lavar y planchar la ropa junto a su hija Estelle que, a los veinte, ya era madre de dos varones.

—Dejá de hinchar —le dije.

Me sacó las frazadas. Me agarró de las patas, me tironeó y me hizo caer al suelo. Ella se reía. A mí no me hizo ninguna gracia y gritaba como loca. Se sentó encima de mí y me hizo cosquillas. Como no paro de reírme cuando me las hacen, consiguió terminar de despertarme y sacarme la mufa.

Miré por la ventana. Nevaba. Un frío de cagarse.

Darme un baño me despejó del todo. Para limpiar los pisos, no me despertó. ¿Qué quería que hiciera?

Irenka me estaba esperando para desayunar.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Vas a debutar.

—Ni en pedo. A mí me van a desvirgar cuando yo quiera y con quien elija.

—Por hacerte la graciosa y contestar faltándome el respeto, no pienso decirte nada hasta que lleguemos.

—¿Adónde vamos a llegar?

No me contestó. De todas maneras, cualquier cosa que fuéramos a hacer me parecía bien. Todo lo que Lili e Irenka hacían

era bueno. Estaba segura de que eran las mejores del universo.

Vivir con ellas era un privilegio. Lo único que lamentaba era haber tenido unos abuelos tan soretes y unos viejos come caca. Como yo no hubiera tenido el valor de Lili para cagarme encima de todos, la vida me dio una mano y lo hizo por mí.

Ahora mi familia eran esa rubia que ponía cara de asquerosa mientras untaba con manteca la tostada y otra rubia que andaba por ahí sacando fotos.

El cigarrillo

Nos esperaba Pierre Jussieu en un Peugeot 404 gris.

Pierre tenía sesenta años, era gordo, charlatán y gay. Hacía veinte años que vivía con Michel Fave. Los dos eran remiseros.

Ya estaba enterado de que me había quedado huérfana.

—Un gusto conocerla, señorita Alice. Lamento mucho lo de su madre. Sus padres tuvieron una muerte horrible —dijo.

Le agradecí. Pierre siguió hablando de mi vida y dijo:

—Ahora son tres las hadas del séptimo.

Esa parte no la entendí. Irenka iba sentada adelante. Abrió la guantera. Encontró un atado de Parisienne. Le dio uno. Se lo encendió. Pierre lo sostuvo entre los dedos y aspiró. Irenka le pegó un manotazo al cigarrillo.

Pierre abrió bien grande la boca. Tosió y largó aire como si se hubiera atragantado. Frenó el coche de golpe.

—¡Me tragué el cigarrillo encendido! ¿Cómo se te ocurre? ¿Y si se me quema la garganta?

De la boca de Irenka salieron espirales de humo. Uno atrás del otro. Redonditos, perfectos.

—Tomá, gordo cagón.

Le dio el cigarrillo encendido.

Pierre se dio vuelta mirándome.

—No pensará que creí que me había tragado el cigarrillo. La ayudo en los trucos. Soy su asistente. ¿Le gustó?

—Se le está quemando el pelo —le dije.

Dio un salto en el asiento. Se miró en el espejo. Le salía humo

de la cabeza.

Se dio unos manotazos. Quedó despeinado, pero con todo el pelo. No se le había quemado ninguno. Puro humo.

—¿No es grandiosa? —dijo.

—La ayudó muy bien. Es un gran asistente.

Pierre sonrió.

—Ya veo —dijo poniendo en marcha el auto—. No solo se parecen físicamente, sino que tienen el mismo carácter y buen humor. Por casualidad, ¿usted es maga como Irenka?

No tuve tiempo de responderle.

—Sí —dijo Irenka.

Por supuesto, no la contradije.

—Devolvele la billetera.

Pierre se tanteó el saco.

—¡Mi billetera! ¿Cómo hizo?

Irenka miraba para adelante, como si no tuviera nada que ver en el asunto. Busqué en mi bolso. Le di la billetera.

—Un truco tonto —le contesté.

El espectáculo

Llegamos a un edificio de varios pisos que ocupaba casi toda la cuadra. Al entrar, me di cuenta de que era un orfanato.

Un montón de personas que trabajaban en el lugar saludaban a Irenka como si la conocieran desde hacía mucho.

Me presentó a uno por uno. Pierre iba y venía cargando unas bolsas que sacaba del baúl del coche. Las dejaba en un cuarto.

No precisé que me lo dijeran: las bolsas estaban llenas de ropa para los niños, juguetes y golosinas.

En eso iba a parar lo que ganaba jugando apuestas.

La miré. Hablaba con un señor. No dejé de mirarla.

Me sentí muy orgullosa de estar con ella. Me vio y me hizo una seña como diciendo: «¿Qué te pasa, pendeja?».

Al rato, tomó dos bolsos y me llevó a una pequeña pieza.

—Ponete eso —dijo.

Abrí el bolso. Era un traje rosa de bailarina.

—No me voy a poner esto.

—Como quieras.

Puso cara de indiferencia, se quitó la ropa y se vistió con un lindo vestido largo de color celeste y un sombrero azul de copa exageradamente alta.

Me puse la malla, el tutú y las zapatillas de baile.

La seguí. Entramos a un enorme comedor. Las mesas estaban repletas de chicos. Había como doscientos mil.

Irenka se subió a una silla y, luego, a dos largas mesas puestas juntas para servir como escenario.

Los niños coreaban su nombre. La conocían bien.

No te la voy a hacer larga dándote detalles de lo que hizo en el escenario. Simplemente, fue genial. O más que eso.

Nunca había visto nada igual.

No llevó ningún elemento para los trucos. Usaba lo que tenía a mano: un zapato, un plato, un cinturón, un pedazo de hilo, qué sé yo, lo que fuera. Con cualquier objeto hacía un truco.

Los chicos daban gritos de sorpresa y aplaudían hasta dolerles las palmas de las manos.

Cuando subí al escenario, me sentí ridícula con mi traje. Pero vi sobre las mesas lo poquito que quedaba de las tortas y pasteles que Irenka le ganaba a madame Claudine. Entonces, me di cuenta de que estaba haciendo lo mejor que había hecho en mi vida y comencé a actuar. Antes de cada truco, di vueltitas como una bailarina de cajita musical, levanté una patita y estirando un brazo señalé a Irenka.

Irenka bajó del escenario y fue a saludar a los niños. Uno por uno. Los doscientos mil. Hice lo mismo. Me limité a sonreír sin decir palabra. Un niñito muy chiquito me dijo:

—¡Upa, upa! —y estiró los bracitos hacia mí.

Lo levanté. Era como una plumita. Por unos minutos, sentí que lo iba a llevar conmigo. Irenka era muy ducha. Me lo sacó, lo levantó en el aire, por encima de la cabeza. El nene se reía. Se lo dio a una de las señoras del personal.

Al terminar los saludos, corrió entre las mesas y, de nuevo, subió al escenario. Corrí atrás de ella. Me tomó de la mano. Saludé como había visto que lo hacían las bailarinas en *Las zapati-*

llas rojas, esa vieja película de ballet.

Entonces pasó algo que me dejó boquiabierta, como a todos los que estábamos en el salón.

Irenka se quitó el sombrero de copa altísima y, con un movimiento lleno de gracia, lo arrojó al aire.

El techo era muy alto y el sombrero casi lo alcanzó.

Se detuvo, quedó suspendido en el aire. Parecía que alguien, desde abajo, lo sostenía con un potente soplido.

Así permaneció, justo en el medio del salón, completamente quieto. Lejos de Irenka.

Por unos segundos, hubo un total silencio.

De pronto, como si se despertara de un sueño, el sombrero se movió y comenzó a descender. Pero, de golpe, volvió a quedarse inmóvil. Daba la impresión de estar dudando entre quedarse ahí, irse a otra parte o seguir bajando.

Irenka hizo un gesto con su mano y el sombrero, obediente, fue hacia ella. Vi cómo se acercaba lentamente, como si tuviera cuidado de no chocar contra nada.

Al llegar a un par de metros de Irenka, volvió a detenerse y se movió como si la saludara.

Irenka le respondió con una sonrisa y, moviendo una mano, le pidió que se acercara más.

Ella lo tomó y, delicadamente, lo puso sobre su cabeza.

Hasta yo aplaudí y grité como una desaforada.

En voz baja, me dijo:

—Callate, loca de mierda.

Me callé.

Al bajar del escenario, sabiendo que no había cables sosteniendo el sombrero, supe que Irenka no era una maga como los demás. Como Houdini o Fu-Manchú.

Ella era una verdadera maga.

Tenía un don que no era de este mundo.

La bailarina

—Lili, vos sabés que ella tiene poderes paranormales.

—Cuando Irenka era chica, llegué a creer que los tenía. Pero todos son trucos. Preguntale cómo hizo lo del sombrero.

—Le pregunté al salir del orfanato. Me contestó que andaba con ganas de hacer caca y volvimos a casa. Dice que no puede hacer en los baños de los bares. No le digo nada porque me pasa lo mismo.

Estábamos en el estudio de Lili. Fui para conversar con ella.

Irenka estaba en el baño de casa.

—Señora Fleur, por favor, ¿nos prepara sanguches? Dígale a Irenka que los traiga. Gracias.

Un teléfono interno conectaba el estudio y la casa.

Lili colgó, buscó cocacola en la heladera de una cocina integrada al salón y se sentó en la mesa tipo esas de los cafés.

Por supuesto, estaba pintada en color naranja; las sillas, en amarillo y verde. Donde Lili estuviera, todo era color. Como si un arco iris estuviera dentro suyo y pudiera transmitirlo a los objetos que la rodeaban.

La miré caminando hacia mí, con la botella y los vasos.

Su cara sin maquillaje siempre parecía iluminada.

Vestida con un overol azul, el pantalón arremangado hasta las rodillas, descalza, el pelo atado atrás de la nuca, era exactamente lo que yo quería llegar a ser.

Desde ya, de Irenka apenas me dejó meter bocado.

No paró de preguntarme cómo me sentí y si me gustó el traje

de bailarina. Ella lo eligió no sé cuándo.

Entendí que ya sabían que sería la asistente de Irenka.

A lo mejor, era casualidad que la primera vez fue después que Mireille me dejó entrar, pero creo que esperaban eso.

Hablamos mucho de los niñitos, del pequeñito que me pidió upa (y se me estranguló la garganta al recordarlo, pobrecito), de Pierre, que no cobraba ni un franco y justo cuando iba a hablar de los poderes de Irenka, ella apareció con los sanguches.

Se sirvió cocacola y dijo:

—¿Sabés que esta rayada cree que tengo poderes sobrenaturales? ¡Tendrías que haberla visto! Era una muñequita vestida de bailarina. Casi me cago de la risa cuando empezó a dar vueltitas, levantó una pata, se estiró y me señaló con una mano. Los pibes la aplaudían como locos. Dejó a unos cuantos enamorados. Estuvo fabulosa. ¡Aplausos para Alice!

Me aplaudieron. No sabía si era en serio o una cargada.

Irenka siguió contándole a Lili lo que hice

La verdad, era cómico cómo lo decía y me di cuenta de que no se burlaban, sino que lo tomaban en serio. Me estaban valorando y hasta parecían sentirse orgullosas de mí. ¿Ellas de mí?

Viste que te dije que no sé qué me pasaba desde que llegué a París, bueno, otra vez se me saltaron las lágrimas. Qué sé yo por qué. Puede ser que fuera por todo lo que me había pasado, por haberme sentido tan como la mierda y, de golpe, sentir que alguien en el mundo pensaba que yo era algo más que una lata que se tira a la basura.

El globo

Irenka nunca andaba con vueltas.

Mientras Lili me abrazaba, ella puso una cucharita delante de mis ojos y la hizo doblarse.

Así se hace con una nenita que llora: «Mirá qué lindo, pedazo de boludita» y se le muestra un muñequito que se mueve.

—¿Querés saber por qué se dobla la cuchara?

Se me pasó todo.

Le presté atención.

—Lili, contale.

—La primera vez que la vi doblar una cucharita, Irenka estaba tomando el café con leche. La sacó de la taza y me pidió que la mirara. La cucharita se dobló. Demoró tres años en revelarme el truco. Se dobla por el calor. Con un poco de habilidad, frotándola con un dedo, la calentás y se dobla —dijo Lili.

—Recién, Irenka tenía la cucharita tomada por el extremo del mango y se dobló. No la frotó ni la sacó de una taza con café caliente. Ella la dobló sin ningún truco.

—El mago crea una ilusión. Más rápidas sean las manos, menos ven los ojos —dijo Irenka.

—El sombrero voló sin trucos.

—Dejate de joder. Subí al escenario con el sombrero anudado a mi cuello con un nudito muy coqueto. ¿Verdad?

—Sí.

—En el final, desaté el nudo, arrojé el sombrero al aire y flotó. ¿Por qué?

—Porque tenés poderes.

—No. Porque adentro del sombrero había un globo inflado con gas. Por eso la copa era tan alta. El globo estaba oculto bajo un forro negro. El paño, visto desde abajo, parecía ser el fondo del sombrero. Los dos hilos con los que até el sombrero en mi cuello eran visibles. Había un tercer hilo en mi mano, que el reflejo de las luces ocultaba. Atraje el sombrero como un barrilete. Me lo puse y, para que no se saliera de la cabeza y flotara, volví a atarlo. Fin del poder sobrenatural.

La carta

—No te creo. ¿Cómo supiste de Mireille? Estabas en Buenos Aires cuando le pediste a Lili que comprara el departamento.

Con cara de estar cansada de dar explicaciones y querer cortarla de una vez, Irenka dijo:

—La señora Anna Kowalski era judía polaca. Ocupaba un pequeño departamento en la planta baja del edificio en el que vivimos en Buenos Aires. Hablaba mucho con ella. Me contaba de Polonia, de la gente, del tipo de ropa que usaban, de comidas, en fin, de cosas que me interesaba conocer. Me enseñaba el polaco y el francés. Las palabras en francés sonaban muy lindo y quise aprenderlo. Le pedí a Lili que consiguiera una profesora. La señora Kowalski lo pronunciaba con acento polaco y te podés imaginar que no era la maestra ideal. Cuando los alemanes invadieron Polonia, la pobre señora Kowalski perdió a toda su familia, que fue asesinada en los hornos de Auschwitz. Ella pudo escapar a Francia. Al otro año, los nazis ocuparon París y comenzó la persecución de los judíos. La señora Kowalski se refugió en la casa de su única y gran amiga francesa: Mireille Courtois.

Se me cortó la respiración.

—Poco antes de la ocupación nazi, Mireille reforzó la puerta de entrada con placas de acero y le hizo poner una clave, como las que tienen las cajas fuertes. La señora Kowalski nunca la supo porque jamás la necesitó. No salió a la calle durante los dos años que permaneció en la casa. En 1942, Mireille, que era muy rica, soltera y sin hijos, le consiguió documentos falsos y pudo hacerla

embarcar rumbo a Argentina.

Irenka se detuvo en el relato para tomar cocacola. Muy despacito, traguito a traguito. Me comía los codos por la ansiedad.

«Dale, nena, seguí», quise decirle, pero me quedé callada.

Ya había aprendido que no se deben arruinar las bromas, las fiestas ni las buenas historias.

Más lenta que tortuga con botas, Irenka se secó la boca con una servilleta de papel, la dobló y, por fin, siguió el relato:

—Al terminar la guerra, la señora Kowalski le escribió varias cartas a Mireille y nunca tuvo respuesta. No tenía dinero para regresar a París y, siendo Mireille una mujer de sesenta y pico de años, pensó que podría haber muerto. Hizo averiguaciones, pero nadie sabía nada de ella.

Otra pausa, otro traguito de cocacola.

Empecé a morderme el pellejo alrededor de una uña.

Con cara de desinteresada, Irenka siguió hablando:

—La casa estaba desocupada desde 1946 y el Estado la puso en venta, rematándola por impuestos impagos. El problema era que no se podía entrar. La señora Kowalski sabía el motivo, pero prefirió que todo quedara así. Había sido la casa de su amiga y su refugio. Pensó que era mejor que nadie más la ocupara. La señora Kowalski padecía una grave enfermedad y, en 1958, empeoró. Poco antes de morir, me dio una caja de regalo y dijo: «Esta caja es un regalo de Mireille. Me aseguró que tenía un secreto escondido. Nunca lo pude descubrir. Creo que quiso hacer más interesante el regalo. La caja es muy valiosa para mí y quiero dártela». Así fue que recibí la caja de Mireille.

No, piba, no jodas. ¿Justo ahora te dio por comer un pedazo de sanguche?

Y sí, la guacha sabía cómo hacer para que una se quedara enganchada escuchándola.

Masticó tranqui. Tragó y siguió:

—Descubrí el secreto. La caja tenía siete símbolos grabados. Los moví en cierto orden y se abrió un compartimiento secreto. Encontré una hermosa carta dirigida a la señora Kowalski, la dirección de la casa y la clave de la puerta. Junto a la clave decía: «Por si vienes y ya no estoy». Eso es todo. Nadie trató de entrar por el techo ni las ventanas. Tampoco los bomberos. Solo un vecino que lo era. Pegó unos hachazos y dijo que la puerta estaba reforzada con una placa de acero. Todo lo que te contó el señor Vincent es parte de lo que la gente inventa. Con espíritu de ilusionista, me hice la misteriosa y recién le conté a Lili del compartimiento secreto de la caja al llegar a París.

Lili dijo:

—Además de la clave de la puerta, Mireille instaló otros mecanismos, como el de encender las luces de la casa al abrirla. No fue ella la que te dejó entrar. Dejamos la puerta abierta. Pensamos hacerte entrar de otra manera. Fue más espectacular de lo que esperábamos.

Lamentaban haberme desilusionado, pero la casa encantada era un invento de Irenka, una maga que hacía los mismos trucos que los demás ilusionistas.

Todo tenía una explicación lógica.

Como el momento en que Irenka se paró delante de la puerta

y Lili, el señor Vincent y su esposa Adele, miraron a la niña y su pequeña mano en el picaporte.

No le prestaron atención a su otra mano.

La fe

Me miraban como las madres miran a sus hijos cuando les dicen que no existe Papá Noel.

—No les creo una palabra —dije.

Me planté como si tuviera siete y medio.

—No hay una caja ni carta. Mireille me abrió la puerta como se las abrió a ustedes. Ella era maga y envió un mensaje. Irenka lo escuchó por telepatía o algo parecido.

Me levanté y fui hasta donde estaba el equipo de música.

En una repisa, junto a los discos, había una radio.

—Este cuarto está lleno de ondas de radio que no oímos.

Encendí la radio. Música. Moví el dial, noticias.

—¿Cómo capta este aparato las ondas de radio? No sé. Cien años atrás, sería magia. Sé que es un hecho que la física explica. Creo que, junto a las ondas de radio, hay otras ondas que son como voces que no oímos. Irenka puede escuchar esas voces. No las escucha todo el tiempo. Igual que una radio, puede estar apagada días o meses. Y, de pronto, se enciende. Entonces, las oye. Así escuchó la voz de Mireille.

Hablaba con una convicción que nunca había tenido.

—Y el sombrero voló solo. Yo estaba ahí y sé que no había un globo adentro. Seré boluda, pero no tanto.

Afirmé lo que decía moviendo la cabeza, como diciendo:

—Sí, señoras, es así.

Las dos ponían caras de: «Mirá vos».

—Los magos hacen trucos, pero en alguna parte está el ori-

ginal, el que lo hace de verdad. Cualquiera que tomó la comunión y aprendió el catecismo sabe que Simón el Mago quiso comprar el truco de volar. No había nada para comprar porque no era un truco. Vayan a Sacré-Coeur y pregúntenle al cura si Jesús voló o no. Irenka hace trucos, pero puede hacer lo mismo sin trucos. Ella es el original.

No me acordaba bien si lo que quiso comprar Simón el Mago era el truco de volar, pero ponele.

Lili e Irenka seguían calladas. Se la pasaban hablando, sin embargo sabían escuchar. No todo el mundo lo sabe hacer.

—No sé mucho de nada. Pero sé que Irenka tiene poderes.

Ellas habían inclinado las cabezas, poniéndolas una contra la otra y sonreían. Yo estaba embalada y le di para adelante:

—Mireille vive en la casa y estoy segura de que, alguna vez, se materializará delante de mí y la podré ver como ustedes la ven. Sé que solo deja entrar a los que tienen un alma buena, a menos que ustedes lo permitan. Ella las protege e impide que les pase algo malo. Sé que Mireille era muy buena y su bondad y su magia siguen en la casa.

Ellas seguían con las cabezas juntas y sonriendo. Seguí:

—Estoy segura de que es así. Tan segura como sé que Lili es la mejor mujer del mundo y lo que más hubiera querido en la vida es que ella fuera mi mamá. Y esta tarada de Irenka, mi hermana. Y sepan que desde hoy y para siempre, dejo de llamarme Alicia Montero y me llamo Alice Blanch. Ustedes son mi única familia y quiero llevar el mismo apellido que ustedes dos llevan. Si no les gusta, se joden. Les guste o no, pienso llamarme así.

Eso les dije.

Dejaron de sonreír, separaron sus cabezas y fue la primera vez que vi a Lili secándose las lágrimas con la manga de la camisa y a Irenka quedarse en silencio, mirando el piso.

¿Por qué se pusieron así? ¿Qué dije?

El automático

A mí no se me cayó una lágrima. Si me lo proponía, podía ser dura como tronco de quebracho. Eso pensé por un momento. Me hacharon enseguida. Fue como que me lloré todas las películas tristes que vi; si ponías un vaso debajo de mis ojos, lo llenabas. Fue por lo que dijo Lili:

—No te llevé en mi vientre, pero, aún sin conocerte, todos estos años te llevé en mi alma. En el aeropuerto, al verte por primera vez, sentí que eras una parte de mí que había andado por ahí y regresaba. Sos una parte de mí como lo es Irenka. Como yo lo soy de ella. Mi deseo es que llegues a sentirme una parte tuya. Nunca te consideramos una sobrina y una prima. Sos una hija y una hermana. Te queremos desde mucho antes de conocerte.

Acá fue donde me largué a llorar. Estaba como ahogada por el llanto. Me podrían haber sacado provecho y alquilarme a una casa de sepelios como llorona en los velorios de ese día.

Lili me abrazaba. Irenka fue a buscar una cámara. Dijo:

—Pendeja, secate las lágrimas. Lili, cortala con el lloriqueo de urutaú. Vamos. Siéntense en el suelo.

Le hicimos caso. Enfocó la cámara hacia nosotras.

—Denle, che. Con un poco de buena onda —dijo.

Tocó el automático y corrió a sentarse a nuestro lado.

—Saluden levantando los brazos, sonrían y digan: ¡Blanch!

Esa fue la primera foto en la que estoy con mi familia.

El canje

Lili y yo nos quedamos acostadas en el piso, con las manos debajo de las nucas. Lili, hasta tenía hermosos pies. Irenka sacó el rollo de la cámara y fue al cuarto oscuro. Pasó un rato largo.

—¿Está revelando? —pregunté.

—No.

—Está demorando mucho, si fue al baño a lo mejor está descompuesta —dije y amagué levantarme.

—Quedate ahí. Ya va a volver.

Me di cuenta de que Irenka no era de fierro.

Esa noche, fui a su dormitorio llevando mi colección de discos y los diez libros de pintura.

Me metí en la cama, a su lado.

—Te hago un canje —le dije.

—Depende. Si gano yo más que vos, sí.

—Si tuviera un chocolate no lo escondería en el bolsillo para comerlo yo sola. Lo partiría por la mitad y te la daría. ¿Sabés qué es esto?

Le mostré una medalla de bronce.

—La gané en una carrera de natación. Tenía diez años. Salí tercera. Corrían cinco. Nunca más gané nada. Como no soy buena en ninguna cosa; a veces, la miro y pienso: «Una vez, gané una medalla». Esos discos y esos libros son lo más valioso que tengo. Por eso los traje. Te los doy. También la medalla.

Se la di. La tomó en silencio y se quedó mirándola.

—No me gustaría que vuelvas a llorar sin compartir tu llanto

conmigo. O sea: te canjeo los libros, los discos y la medalla por tus lágrimas. ¿Aceptás?

Siguió mirando la medalla en silencio.

La apretó en una mano. Me dio la otra. La estreché.

Trato hecho.

La primavera

En abril, la nieve y el hielo de las calles habían desaparecido por completo. Una pena. París con nieve es uno de los lugares más bellos del mundo. Había empezado la primavera.

Al menos, una estación del año que en Francia llaman así.

Yo seguía cagándome de frío. Bueno, como con todo, sería cuestión de acostumbrarme.

Desde que nos sacamos la foto en el estudio, no mencioné ni una sola vez la caja, la carta ni los poderes de Irenka.

Me sentía demasiado bien. Había tenido una respuesta muy hermosa sobre lo que era tan importante para mí como para enroscarme con mis cavilaciones.

¿Cavilaciones? ¿De dónde saqué esa palabra?

En esos días habíamos ido varias veces a bailar. Conocimos a unos chicos. Irenka era como yo. Les encontraba defectos a todos. «Tiene un diente torcido y le gusta comer caracoles». «Levantó el brazo y tenía olor a chivo». Cosas como esas.

Buscábamos uno con la pinta de Belmondo, el talento de Leonardo Da Vinci, el humor de Charlie Chaplin; bueno, generoso y soñador como James Stewart en *¡Qué bello es vivir!*

Era difícil de encontrar porque, encima, teníamos que conseguir dos, uno para cada una.

En la noche del segundo lunes de primavera, nos quedamos dormidas juntas. Me desperté cuando Irenka se levantó.

Era extraño que tratara de no hacer ruido. Apenas se despertaba, se ponía a cantar a toda voz, me tiraba de las patas para

que me levantara o me sacaba las cobijas.

Esta vez, me pidió que siguiera durmiendo.

¿Por qué quería dejarme? Siempre íbamos juntas a todos lados. Como era muy raro lo que hacía (y donde hay algo raro, para ahí voy) empecé a vestirme.

—Vení, si querés, pero no tenés nada para hacer. Es una cosa que hago sola y termino rápido. Me esperás un rato y, después, vamos a comprar el regalo para la señora Fleur, que cumple años.

¿Qué tenía que hacer que yo no pudiera ver?

La hermana

Casi todos los días nos divertíamos recorriendo Montmartre o yendo de un sitio al otro de París.

Sacábamos como trescientas mil fotos y nos quedábamos con pocas. Éramos demasiado exigentes.

Intuía que esta no era una mañana de paseo, sino una en la que iba a pasar no sé qué, pero distinto.

Pierre estaba esperando en el coche. Es decir: se trataba de algo relacionado con los niños.

Llegamos a un hospital en la calle de Sévres. El hospital Necker. ¿Por qué tanto misterio?

—Quedate en el coche. En un rato vuelvo —dijo Irenka.

—Voy con vos.

—Quédese, señorita Alice. Enseguida está de vuelta. ¿A usted le gustan Los Beatles?

En la radio, pasaban *Tomorrow Never Knows*.

—Sí. Justo en esta canción, no.

—Acuérdese de lo que le digo, todos estos desaparecen en la nada. Esto no es música. ¿Escuchó a Charles Trenet?

No soy tan zonza, me estaba entreteniendo mientras Irenka caminaba hacia el hospital cargando una bolsa.

—¡Esperá! —le grité.

La corrí. Entramos al Hospital para niños enfermos.

Como en el orfanato, todos la saludaban con cariño. Parecía tener una relación de confianza con varios de los médicos.

Me los presentó uno por uno, diciendo: «Mi hermana Alice».

Por suerte, ya me había acostumbrado a que me presentara como su hermana. La primera vez fue cuando fuimos a la peluquería de la señora Villeneuve.

—Ella es mi hermana Alice. Lili la adoptó. Su madre era alpinista y murió escalando el Makalu. Perdió a su padre a los siete años. Era cazador, se le trabó el rifle y un tigre lo atacó durante un safari en África. Le comió los intestinos y se llevó un brazo entre los dientes.

Pusieron caras de horrorizadas y, al verme lagrimeando creyeron que era por mis padres, pero fue por lo que dijo Irenka al presentarme. Era como oficializar que éramos hermanas.

Y bueno, yo lo tomé para ese lado.

Te dije: por suerte que ya me había acostumbrado porque si me agarraban debilucha, como en la peluquería de la señora Villeneuve, ese día me sacaban del hospital en carretilla.

Lo insoportable

Entramos a una sala en la que había nenes que parecían estar muy enfermitos. Todos estaban peladitos. Al ver a Irenka, la saludaron levantando una mano. La mayoría de los nenitos estaban sentados en la cama y algunos acostados, casi inmóviles.

Irenka fue cama por cama.

—¿Qué tenés acá? —les preguntaba.

Les tironeaba la oreja o la nariz y, de la nada, aparecía un juguetito. No importa cómo sacaba los juguetes de la bolsa y los hacía aparecer. Estaba a su lado, pero no me interesaba saber si eran trucos o si los juguetes salían de la bolsa por sus poderes mágicos. Lo único que veía era a Irenka con nenitos enfermitos, muy enfermitos.

Un nene, que tendría unos cinco años, permaneció acostado, sin apartar la cabeza de la almohada, como si no se pudiera mover. La miró con los ojos agotados por la enfermedad. Irenka le dio un osito con una guitarra. Ella sopló y el osito comenzó a tocar la guitarra. Con la calma de un ángel, el niño sonrió.

Y entonces, justo en ese momento, tan de improviso como se puede recibir una noticia o entender cualquier cosa que nunca se entendió, supe cuál era la misión de Irenka en la vida: ella se ocupaba de alegrar a los nenitos huerfanitos y enfermitos borrando, por un rato, sus penas y su dolor.

Eso le había dado al nene enfermito: un momento de alegría entre todas las horas de sufrimiento.

Y eso que hacía era grandioso.

En todo el tiempo que estuvimos en el hospital, no dije media palabra.

No podía decir nada. No sabía qué decir ni qué podía hacer.

Nunca antes me había sentido tan impotente y tan ridícula; tan estúpida de gastarme en quejas por las boludeces que me pasaban. Que mi papito, que mi mamita, me mandé a la mierda yo sola.

En la calle, le pregunté:

—¿Qué tienen todos esos chicos?

—Están enfermos de cáncer.

—¿Se van a curar?

—No. Ninguno de ellos.

Sentí un dolor insoportable.

Subí al auto. Pierre contó de su viaje a Nantes.

Irenka le preguntaba cualquier cosa.

Pierre respondía como si fuera una rocola a la que le pusieron una ficha y apretaron el botón.

Sabía lo que estaban haciendo por mí.

En el asiento de atrás, yo ni siquiera tenía fuerzas para llorar.

Los pinceles

El resto del día fue asqueroso. Me sentía como el culo.

Al otro día, mejoré. Lili e Irenka se encargaron de alegrarme. Entonces, le dije a Irenka:

—No vuelvas a tratar dejarme de lado. Durante años, vos y Lili visitaron los orfanatos y el hospital. Ahora somos nosotras dos. Si te llegás a ir sin mí, cuando te agarre, por muy maga que seas, te cago a palos. ¿Entendiste?

Me contestó:

—Alcanzame el cepillo.

Empezó a peinarse. Era su manera de darme bola.

Fuimos a Montparnasse. A un café del bulevar Raspail.

Cuando un montón de tipos rodeó nuestra mesa, me puse contenta. Estaba segura de que algo muy bueno pasaría.

Así fue. Con la bolita de lana y tres pocillos, Irenka les sacó tantos francos que mi bolso quedó hinchado.

Con un terrón de azúcar y una servilleta de papel, les pegó el tiro de gracia. Los dejó en bolas.

Estos también eran buenos perdedores y la felicitaron.

Los apostadores más pierden, más quieren perder. Van a los casinos, los hipódromos, juegan a las cartas, a la lotería, pierden e insisten una y otra vez. Cuando se quedan secos, manguean y nunca devuelven la guita porque la pierden juegan.

Creo que los apostadores juegan para perder y así mantener la ilusión de que algún día ganarán. ¿Será como te lo digo? Andá a saber.

Caminamos en dirección al metro. Yo iba como si estuviera al lado de Hécate, la gran diosa griega de la magia.

Un señor bastante viejo, con una boina en la cabeza y acompañado por otro más joven, se cruzó con nosotras. El más viejo me resultó cara conocida.

Los dos saludaron a Irenka y ella, que siempre era muy sociable, de mala gana, apenas dijo:

—Chau.

Esperé a tomar distancia y le dije:

—Medio seca en el saludo. ¿Quiénes eran?

—Dos comunistas pelotudos.

—El viejo me pareció conocido.

—Es Picasso.

—¿Me estás jodiendo?

Me quedé parada en mitad de la calle mirando cómo se alejaba. ¿Ese era Picasso?

¿Qué le pasaba a esta piba? Es Picasso, pendeja. ¿Te saluda Picasso? ¿Te falla el marote que le contestás así?

—Dale, caminá. Estos intelectuales y artistas comunistas se la pasan hablando al pedo y en su puta vida hicieron algo por los pobres. Todos están cortados por la tijera del mismo sastre: son una manga de hipócritas. Este viejo choto, si quiere, vende un cuadro y construye un orfanato nuevo. Todos estos ven a los pobres en las películas de De Sica y cuando pasan frente a las vidrieras de los cafés en los que ellos hablan de la injusticia social. A Picasso le sobra talento. Por eso, por no hacer lo que le resultaría fácil hacer, es más culpable que el resto.

Movió una mano como si espantara una mosca y dijo:
—Por mí, se puede meter los pinceles en el ojete.

La frazada

Nunca había visto a Irenka calentarse por ninguna cosa que pasara, pero esta vez se calentó. Yo la escuché tranqui.

Jamás me había pasado por la cabeza pensar en esas cosas. Cuando las pensé, yo también me calenté y mucho más que ella.

Sabía que Picasso donó montones de cuadros a museos. ¿Por qué no los vendió y dio el dinero a los pobres?

Era cierto, él y los que eran como él se pasaban la vida criticando al capitalismo mientras se forraban de guita.

Hablaban de los pobres, pero ninguno de ellos le tiraba una frazada a uno de los que duermen en las calles.

Fijate que no te dije: ellos podrían construir un mundo mejor. No te digo un discurso como el de los que hablan al pedo de cosas que nunca serán. Te dije: darle una frazada a un tipo que está durmiendo en la calle.

Algo que hasta vos podés hacer, ¿no es cierto?

Las caretas

Para colmo, me acordé del abuelo Lutero.

Otro hablador al pedo. Que Marx, que Lenin, que la Revolución de Octubre y nunca lo vi ayudar a un pobre.

Tengo grabada en la memoria el modo en que gritó enloquecido cuando derrocaron a Perón.

Apoyaba a los que bombardearon la plaza. El viejo de mierda justificaba que mataran hombres, mujeres y niños inocentes con tal que cayera Perón, al que los pobres eligieron presidente.

Me acordé de Lili con una nena en brazos corriendo descalza en medio de los muertos y heridos.

Pudieron haber muerto las dos. Ese viejo sorete ni se hubiera enterado de que su hija y su nieta habían muerto bajo las bombas y las metrallas de los asesinos con los que colaboraba.

El abuelo Lutero colgó arriba de su cama la reproducción de *Guernica*. Pero ni amagó ir como voluntario con las brigadas.

¿Sabés si Picasso luchó en la guerra civil española? ¿O se enteraba de cómo iba desde París?

Habladores al pedo, dijo Irenka. Tipos con caretas haciendo revoluciones de café.

La imagen de Lili corriendo con Irenka en brazos la tenía metida tan adentro de mí que nunca en la vida podría sacarla.

Era un símbolo para mí. ¿Un símbolo de qué?

Si no sabés de qué, no entendiste nada.

El tenedor

A principios de abril, fuimos a Lipp, en Saint Germain.

En la mitad de la comida, de golpe dije:

—Me gustaría ver la caja con el compartimiento secreto.

Irenka tomó mi tenedor. Lo puso sobre la mesa. Acercó su mano, sin tocarlo. El tenedor se deslizó hacia la derecha. Se detuvo y se deslizó hacia la izquierda, siguiendo su mano.

Me puse contenta. Tenía el poder de telequinesis, igual que la rusa. En medio de mi alegría, se quitó uno de sus anillos.

—Ponételo —me pidió.

Lo puse en el dedo del medio, como lo usaba ella.

Acomodó el tenedor.

—Acercá tu mano. No lo toqués. Mové tu mano hacia allá.

El tenedor se movió.

—El anillo está imantado —dijo y siguió comiendo.

El acero

Salir con Irenka y Lili era una de las mejores cosas que podía pasarle a cualquiera. No paraban de hablar y hacer chistes.

Eran muy jodonas y resultaba imposible estar más de quince minutos sin reírse. Así que bastante rápido se me cortó la mufa por cómo me envainó Irenka con el tenedor. Si algo tengo es que me enculo y se me pasa rápido.

Llegamos a casa muy tarde y nos acostamos enseguida.

Irenka, con su piyama con dibujitos del Pato Donald, se tiró en la cama con la cabeza donde van los pies. A veces, nos ubicábamos así para vernos las caras mientras conversábamos.

Irenka se puso hincha pelotas y empezó a ponerme la pata en la cara.

Justo cuando se la agarré y se la retorcía, entró Lili.

—Mirá lo que me hace Alice. Es una desalmada. Solamente sabe hacer daño. Retala.

—Alice, tenés que ser más buena con tu hermana.

Creí que seguiría cargándome, pero se calló de repente.

—La verdad, Alice, es que sos una chica muy buena. Tanto como Irenka y es mucho decir.

Con Irenka cruzamos una mirada. Cazamos al vuelo por dónde venía la mano.

—Todo bien, Lili. Mi hermana y yo somos como el hierro y el carbono —dijo Irenka.

Nos miramos con Lili. El ejemplo era raro.

Con un poco de desdén, Irenka dijo:

—El hierro y el carbono forman el acero. Una vez que se unen es imposible volver a separarlos.

—¡Ah! —dijimos.

La casa

—Corran las patas —dijo Lili.

Le hicimos lugar. Se sentó con las piernas cruzadas y, tomándose los pies con las manos, me preguntó.

—¿Quién es Mireille?

Sin pensarlo demasiado, contesté:

—El fantasma de la casa.

Chasqueó la lengua. Movió el dedo negando.

—Mireille no es un fantasma —dijo.

Medio como que me sorprendí.

—¿Y qué es? —pregunté.

—El primer día que entramos a la casa, las maderas de roble del piso brillaban como si estuvieran recién enceradas; había un suave olor a rosas y todas las luces estaban encendidas, como si nos hubieran estado esperando. El señor Vincent dijo que no era posible. La electricidad había sido cortada hacía años. La señora Adele era muy supersticiosa y no se animó a entrar. Decía que la casa estaba embrujada. Creyó que nosotras rompimos el hechizo. Hasta el último día de su vida, les dijo a todos los que quisieron escucharla que en el séptimo piso vivían dos hadas.

Me pareció razonable que lo creyera. Eran rubias, de cabellos muy largos, caras preciosas. Con una varita en la mano parecían las hadas de los cuentos.

La opinión de la señora Adele me sirvió para entender lo que Pierre quiso decir cuando dijo que ahora vivían tres hadas en el séptimo. Pero yo no era un hada, apenas las acompañaba.

Lili continuó:

—Al quedarnos solas, nos sentamos en el piso. Yo me sentía con una sensación de paz, de seguridad. Como si estuviéramos en un lugar donde ninguna cosa pudiera hacernos daño. Irenka se acostó mirando el techo, hice lo mismo y le pregunté: «¿Demorará mucho en aparecer? ¿Se dejará ver enseguida o tenemos que hacer algo para que lo haga?». Me miró de reojo y dijo: «¿Quién tiene que aparecer». Dije: «Mireille». Soltó una risita y dijo: «Lili, no entendiste nada. ¿Todo este tiempo creíste que Mireille era un fantasma? ¡Qué pavota!». Me sentí tan desconcertada como vos ahora. Y también pregunté lo mismo: «Si no es un fantasma, ¿qué es?». Con el dedo, Irenka señaló el techo, después, las paredes; con la mano dio unos golpecitos en el piso y me miró con una enorme sonrisa. ¿Entendiste, Alice?

Sonriendo y abriendo los brazos, como si abarcara lo que la rodeaba, dijo:

—Mireille es la casa.

El menjunje

Me quedé dura como un poste. Lili se ató el pelo atrás de la nuca. Miró con seriedad a Irenka y le dijo:

—Alice tiene derecho a saber la verdad. Llegó la hora de que sepa todo. Mostrale.

Irenka puso su mejor cara de orto, se levantó de mala gana y salió del cuarto diciendo que la teníamos podrida.

—¿Adónde va?

—En un par de minutos, vamos con ella.

Yo tengo un problema de ansiedad. No puedo esperar.

—Ya pasaron los dos minutos —dije.

—Pasaron treinta segundos.

—Pero hasta que llegamos se hacen los dos minutos.

Lili se paró en la cama. De un salto, se bajó.

—Vamos antes que te den ganas de orinar —dijo.

Ya tenía ganas. La seguí.

Irenka estaba en la parte de la casa del menjunje.

Así la llamábamos porque había de todo un poco: libros, discos, premios que ganó Lili; un barril; un fonógrafo; un atril; un sillón por acá, otro por allá; almohadones desparramados en el suelo, cuadros sin colgar apoyados contra las paredes y una mesa de póker, la que Irenka le ganó a monsieur Clement.

Parada junto a esa mesa, estaba Irenka.

Lili se acomodó en los almohadones y yo, en un sillón, en la primera fila.

En la mesa había una maceta. Irenka dijo:

—Muchas veces preguntaste por qué crecen tanto las plantas en casa y florecen en invierno. Voy a revelarte la causa: yo las hago crecer y florecer.

Mirá si seré tarada. Justo en un momento como ese, vengo a olvidarme los chocolates en el cajón de la mesa de luz.

Eso me pasaba por hacer las cosas a las apuradas.

—Siempre quisiste conocer el poder de la mente. Esta noche, vas a tener una prueba del poder de mi mente.

Mostró una semilla. La puso en la tierra de la maceta. Cerró los ojos. Sus manos se movieron sobre la maceta.

No, no, no. Imposible.

Apareció una ramita. Comenzó a crecer. Aumentó su tamaño. Creció y creció. Echó ramas. Vi cómo las ramas se alargaban, cómo nacían hojas y, entre las hojas, aparecían naranjas.

Era una pequeña planta de naranjas que creció en menos de dos minutos.

Si te dijera que me fui de culo al piso, te mentiría porque estaba sentada, pero sí te digo que me quedé patitiesa.

Irenka cortó una naranja de la rama. Se acercó a mí.

—Podés comerla —dijo, dándomela.

Eso sí que era una demostración del poder de su magia.

El árbol

—Es un truco —dijo—. Lo creó Robert-Houdin. Se llama «El árbol de naranjas». La naranja que te di es de verdad; las de la planta, no. Saqué una artificial y la cambié por otra, verdadera.

—¿Entonces es un truco? —dije, muy desanimada.

—Sí. Y muy bueno.

—¿Y lo inventó Houdini?

—No. Jean Éugene Robert-Houdin. Era francés y, tal vez, el principal de la historia de la magia. Eric Weisz usó el nombre de Harry Houdini en su honor. Solo le agregó una «i».

Desilusión total. Era un truco.

—Lili quiere que sepas todo.

—¿Qué tengo que saber?

Me mostró una caja de unos 30 cm. de largo por 20 de ancho y 15 de alto. Hizo girar uno de los signos grabados; luego, otro y uno más. Se abrió un compartimiento secreto.

Cagada total. Era cierto lo de la caja. Dijo:

—Esta es la carta que Mireille le escribió a Anna Kowalski.

Extendió la mano dándomela.

El papel estaba amarillento y escrito con letra de mujer.

—Lo que ves no siempre es lo que creés ver —dijo.

La clave

Y sí, la mano venía mal.

Irenka dijo:

—Cuando entramos a la casa, los restos de Mireille no estaban. Ya era una mujer vieja y lo más probable es que, harta de soledad o estando enferma, decidiera suicidarse y se arrojara al Sena. Debe haber ocurrido alrededor de 1946. La guerra había terminado el año anterior. Hubo muchísimos muertos. El cadáver de una mujer desconocida encontrado flotando en el río no le importó a nadie. Ahora vamos a ver la puerta. Seguime.

Me sentía como si me llevaran al patíbulo.

Salimos al palier.

—Poné el picaporte en las cuatro de la tarde y, con tu mano izquierda, buscá, a un metro del piso, unas pequeñas salientes en la moldura. Son ocho.

Las encontré.

—De arriba hacia abajo: 49959335. En numerología, son los números que se corresponden con las letras del nombre Mireille. La clave es: «Mireille». Ella abre la puerta.

Lo hice.

La puerta se abrió.

Bajón total.

¿No podían dejarme engañada? ¿No pensaron cómo salía de la depresión que me estaba agarrando?

Señaló las paredes adjuntas a la puerta.

—La puerta tiene una placa de acero recubierta por las made-

ras. Si alguien que no conoce el secreto quiere abrirla moviendo el picaporte, empujándola o golpeándola, cuatro placas de acero la refuerzan de manera automática. Esas placas están empotradas en las paredes que sostienen la puerta y se deslizan impulsadas por un mecanismo electromagnético. Lo que ves no siempre es lo que creés ver —dijo.

Hizo una seña con la mano. Tenía que seguirla.

Fuimos al lavadero. Lili estaba en completo silencio.

Era raro verla tanto tiempo sin decir una sola palabra.

En la pared, había un compartimiento parecido al que tiene el medidor de la luz o el gas. Lo abrió con una llave tipo Yale.

—Esta es la palanca —la señaló—. Para abajo, se encienden todas las luces de la casa cuando la puerta se abre. Hacia arriba, quedan apagadas. Lo que ves no siempre es lo que creés ver.

Terrible. Qué feo es saber la verdad. Irenka dijo:

—Espero que esto termine definitivamente con tus ridículas ideas sobre los poderes sobrenaturales. Creer en magas y brujas es propio de gente ignorante y supersticiosa. Bueno, Lili, cumplí con tu pedido: le hice ver lo que querías que viera.

Lili siguió en silencio. Irenka, como siempre, la cortó cuando se le dio la gana y pasó a otra cosa.

—Me dio hambre. En ese restorán cobran dos ojos de la cara, pero las porciones que sirven son para canarios. Voy a comer un sanguche. ¿Quieren? —dijo.

Con Lili nos sentamos en la mesa.

Me miraba como si le estuviera dando pena.

Y sí. Me habían pateado el castillito de arena.

El cable

A las cuatro de la mañana estaba despierta.

Irenka dormía a mi lado. Ese tipo, Robert-Houdin era genial, pero Irenka lo era más. Tenía una extraordinaria habilidad para hacer cualquier truco que existiera.

No podía hacerle ningún reproche, siempre me dijo que eran trucos y no había nada sobrenatural.

Lo único que le podía reprochar era haber matado mi ilusión. Matar ilusiones es muy grave. Daña al alma. En realidad, no sé si la daña o la mejora. Un alma buena necesita que la alimenten con verdades. ¿A vos qué te parece?

En fin, si así eran las cosas, lo mejor era ponerme a hibernar como los osos y dormir trescientas mil horas.

Me acomodé de costado, metí las manos bajo la almohada y cerré los ojos. De golpe, los abrí y me senté en la cama.

Había tenido una especie de iluminación.

Bien digo: se encendió una lamparita en mi cabeza y me iluminó el cerebro. Más que el cerebro, yo diría, el alma porque no era un pensamiento, sino un sentimiento. Fe. Era eso. No la fe que se tiene en Dios. Fe en el otro.

Había tenido fe total en Irenka, su magia, y en Mireille.

La seguía sintiendo.

—Lo que ves no siempre es lo que creés ver —repitió varias veces Irenka.

Ajá, la cosa era cómo se ven las cosas.

Con cuidado, me levanté. Caminé en la oscuridad y en pun-

tas de pies. Las maderas nunca crujían, pero en una de esas empezaban, tenía que ser precavida. Mi especialidad era meter la pata. Busqué la llave en el cajón donde vi que Irenka la guardó y fui al lavadero.

Abrí el compartimiento. Estaba descalza, pero, siendo tan cagona, ni se me dio por pensar que podía recibir una patada al tocar la palanca. La bajé.

Según dijo Irenka, las luces se encenderían al abrir la puerta.

Caminé hasta la puerta de entrada. La abrí. Salí al palier.

Cerré la puerta. Respiré hondo.

Sin soltar el aire, abrí la puerta.

La luz siguió apagada. Solté el aire. Bien, bien.

Jamás se encendía sola si una de nosotras estaba adentro.

Dicho con toda claridad: la palanca no tenía nada que ver.

Mirá vos cómo venía la mano. Esto iba por buen camino.

Volví a la cocina. Busqué un destornillador y una pinza.

Había visto unas herramientas en alguno de los cajones.

Las encontré.

En mi vida había aflojado un tornillo. Pensé: «Hay dos posibilidades: me electrocuto o sigo viva. ¿Qué apuesto?».

¿Sabés a qué aposté? Ahora te digo.

Aflojé los tornillos, saqué una placa adherida a la pared que debía estar ahí desde doscientos cincuenta años atrás. Me dio trabajo, pero salió. Encontré un cable. Lo tironeé. Saqué afuera como un metro. Otro metro y fin. Fin. Todo el cable estaba en mi mano. No estaba conectado. Era un bluf.

¿Sabés a qué aposté cuando aflojé los tornillos?

A que Mireille no permitiría que me pasara nada.

Cuando me iluminé como una lámpara, me di cuenta de que todo lo que Irenka me mostró era un acto de ilusionismo.

La clave de la puerta y la palanca eran trucos para disimular la presencia de Mireille y convencerme de que ella misma no tenía ningún poder sobrenatural.

Abrí la heladera. Me serví cocacola. Me tomé el vaso lleno sin respirar. Estaba renovada.

Como soy de hacer esas cosas, antes de apagar la luz de la cocina, dije:

—Buenas noches, Mireille.

La luz pestañó. Como si me hiciera un guiño.

—¿Apago yo la luz o la apagás vos? —dije.

La apagó Mireille.

El ratero

Volví a acostarme junto a Irenka, mi hermana, la maga.

Me dormí enseguida abrazándola.

Me tironeaban de las patas. ¿Qué estaban haciendo, si recién me acosté a dormir?

—Dale, piba.

Eran las doce del mediodía.

Hasta acá, nada que no pasara todos los días.

La ducha me despabilaba, comíamos algo y salíamos.

Fue, más o menos, así. Pero este día no sería uno más.

Creí que tenía póker de ases y, en unas horas, ganaría la partida. Rumié gozando del momento en que diría lo que averigüé. Iba a ser un día diferente. Pero no lo fue por mi hallazgo, sino por algo único, extraordinario, imposible de imaginar. Un suceso que marcó el resto de mi vida. Y no era para menos.

Estuvimos comprando juguetes y ropas para los niños. Pierre se encargaba de retirarlos de los negocios.

Entramos a un café y estuvimos como dos horas conversando. Yo estaba demasiado contenta. Me di cuenta y bajé un cambio. No quería que Irenka sospechara. Mi alegría era tan grande que no pasaba por el Arco de Triunfo.

La ansiedad me carcomía. No sé cómo soporté tantas horas sin abrir el pico. Tratándose de mí, era una hazaña.

Fuimos a tomar el metro en la estación Porte Dauphine, por la entrada que diseñó Guimard.

Ahí, le tomé unas fotos a Irenka haciendo poses. Siempre nos

hacíamos las payasas posando como las modelos de Lili.

Irenka se hartó, sacó la lengua y corrió bajando las escaleras.

Había mucha gente, debía ser por la hora.

Como era habitual, nos reíamos de lo que se diera.

En ese momento fue por acordarnos de las bobadas que nos dijeron unos tipos que nos siguieron como una cuadra.

A partir del momento en que nos reímos, todo comienza a suceder como si fuera en cámara lenta, diría, casi cuadro a cuadro.

Miro hacia donde está a punto de aparecer el metro.

Le doy un chicle a Irenka.

La caja se cae al suelo.

No veo lo que pasa en un extremo del andén. Estoy de espaldas. Un ratero le roba la cartera a una mujer y corre.

Me inclino para levantar la caja de chicles.

Irenka también está dando la espalda al robo, pero grita:

—¡Alice!

El ladrón pasa corriendo entre las dos. Me empuja. Pierdo el equilibrio. Con el rabillo del ojo, veo al tren entrando a la estación. No puedo sostenerme. Caigo en las vías. Siento un golpe en el pecho, otro en la cabeza. Estoy tirada en las vías, boca abajo. Veo al tren. Está muy cerca. El tren está a cinco metros de mí. Me va a pisar. Cierro los ojos.

Siento que algo me levanta. Como si me sujetaran de los brazos y las piernas. Estoy suspendida en el aire. Floto. Mi cuerpo es liviano como una nube. El viento me sostiene. Algo enorme pasa casi tocándome. No sé qué es. Mis ojos están cerrados.

—¡Alice! —escucho, como si me llamaran desde muy lejos.

Escucho los frenos del tren chirriando sobre las vías y el grito de una mujer. Los oigo como si estuviera sumergida en el agua de una pileta de natación.

Veo a un hombre tomándose la cabeza con las dos manos. Veo gente que retrocede y se aparta como si la empujaran. Paso en medio de toda esa gente. No toco el suelo. Me están cargando.

¿Quién me levantó en brazos? ¿Para dónde me está llevando?

Subo la escalera en brazos de alguien que me lleva. Oigo llamar a un taxi. Veo al taxista bajando y abriendo la puerta trasera.

Estoy sobre el asiento. Mi cabeza está sobre unas piernas.

Una voz dice:

—Si llega en cinco minutos, le pago cincuenta veces el valor del viaje. Yo pago las multas por las infracciones.

Creo que el taxista quiere llevarme al hospital.

—No —le contestan—. Donde le dije.

Llegamos a alguna parte.

—Gracias. Yo me encargo —le dice alguien al taxista.

Me llevan en brazos. ¿Quién me lleva? ¿Es siempre la misma persona o es otra?

Escaleras. ¿Estuve por aquí?

Entramos a un edificio. Me parece conocido.

Las puertas del ascensor se abren. Si me sostiene en sus brazos, ¿cómo abrió las puertas? El ascensor comienza a subir.

Las manos de la persona que me lleva nunca se separan de mí. ¿Cómo tocó el botón del piso al que vamos?

Las puertas del ascensor se abren y se cierran solas.

La puerta de un departamento está abierta de par en par. Es

como si alguien nos estuviera esperando

Por encima del hombro de quien me lleva, veo que la puerta se cierra sola cuando entramos.

Estoy en una cama. Un líquido me chorrea por la cara.

Me duele mucho la cabeza.

Escucho que alguien dice:

—Mireille, ayudala.

Mis párpados están muy pesados.

No puedo mantenerlos abiertos. No puedo.

La cura

Abrí los ojos.

Lili estaba a mi lado, tomando mi mano.

Soltó un suspiro como de alivio.

Irenka estaba sentada en el piso, con la espalda apoyada contra la pared. Se veía muy pálida. Parecía estar agotada, como si hubiera cruzado el Canal de la Mancha nadando.

Lili me abrazó con delicadeza.

—Hija, ¿cómo te sentís?

¿Por qué me lo preguntaba?

—Muy bien —le dije—. ¿No tenías que sacar unas fotos en Saint-Germain?

Lili miró a Irenka.

—¿Podés? —le dijo.

Irenka apoyó una mano en el piso. Se movió con dificultad.

¿Y a esta que le pasaba?

Lili se puso de pie y fue a ayudarla a levantarse.

—¿Qué te pasó? —le pregunté.

De verdad que me asusté. Era como si le faltaran las fuerzas. ¿Qué le había pasado?

Lili la sostenía por la cintura.

Irenka puso su mano en mi pecho y dijo:

—Mireille.

Sentí un golpe dentro de mí.

Mi cuerpo no se movió, pero fue como si recibiera una descarga eléctrica.

Enseguida, sentí que me sacudían para despertarme.

—¡Irenka! —grité con desesperación.

Había recordado todo.

La memoria

Me agacho a levantar el chicle. El ladrón me empuja. Caigo de boca fuera del andén. A las vías. La cámara fotográfica golpea mi pecho. Mi cabeza choca contra el riel. Quedo tendida a lo ancho de las vías.

El tren está a cinco metros de mí. Me va a pisar.

Escucho el sonido de los frenos. Los gritos de la gente en el andén. Y, de pronto, me elevo. Estoy en el aire. Una fuerza muy poderosa me levanta de las vías, me atrae hacia el andén.

Quedo de pie al borde del andén. El tren pasa a centímetros, casi rozando mi cuerpo. Los frenos rechinan sobre las vías.

Tambaleo. No puedo mantenerme de pie.

—¡Alice! —dice Irenka.

Mi cara está bañada en sangre. Tengo un corte en la cabeza, mi nariz está rota, mi brazo derecho se quebró.

Irenka me sostiene y me levanta en brazos. Corre conmigo en brazos. Se abre paso entre la gente. No pide permiso, no empuja a nadie. Todos se apartan como si fueran muñequitos de papel y los soplaran. ¿Ella los sopla?

De dos en dos, sube los escalones de las escaleras conmigo en brazos, como si yo pesara menos que una beba recién nacida. Estamos en la calle. Viene un taxi..

El taxi frena como si una enorme mano lo detuviera.

¿Una mano lo detiene?

Subimos. Irenka abre su bolso y tira un montón de francos sobre el asiento delantero. El taxista no quiere cobrar. Insiste

para llevarme a un hospital.

Irenka le responde que me lleva a mi médico personal.

Llegamos. Ella le agradece al taxista y vuelve a cargarme.

Entramos al edificio.

El ascensor está en la planta baja. La puerta se abre sola.

Estamos en el ascensor. La puerta se cierra sola.

El ascensor asciende sin que nadie haya tocado el botón del séptimo. Otra vez, la puerta del ascensor se abre y se cierra sin que nadie la toque.

Las dos hojas de la puerta de casa están abiertas.

Cuando entramos, la puerta se cierra sola.

Irenka me lleva a mi dormitorio. Me deja sobre la cama. Dice:

—Mireille, ayudala.

Pone sus manos sobre mí. Está agotada.

Me quedo dormida. Me despierto. Lili está a mi lado.

Veo a Irenka en el suelo.

La veo levantarse con la ayuda de Lili. Apenas puede caminar.

Pone sus manos sobre mí. Nombra a Mireille.

Recibo como una descarga eléctrica. No es eso, pero todo mi cuerpo se llena de algo que acaba de entrar en él.

Mi cabeza da vueltas.

Como si me despertara de una pesadilla atroz, grito:

—¡Irenka!

Siento una terrible angustia. Irenka se sienta en el suelo. Se acuesta. Intento levantarme. Lili me detiene.

—¡Irenka! —digo y lloro.

—Tranquila, hijita.

—Irenka está mal.

Estoy desesperada. Irenka está muy mal.

—Gastó casi todas sus fuerzas —dice Lili.

—¿Se va a morir?

Me tiene que sujetar para que no me baje de la cama y vaya con Irenka.

—Tranquila, Alice. No se va a morir. Solo necesita dormir mucho para reponerse.

—Jurame por Irenka que no se va a morir.

Lloro en brazos de Lili.

—Te lo juro —me dice.

Los juramentos de Lili no son como los míos.

Me siento aliviada. Irenka no se va a morir.

Estoy apoyada contra el pecho de Lili.

Siento una gota que cae sobre mi mano.

Es una lágrima. No es mía.

—¡Ay, pequeñita! El tren pudo haberte destrozado —dice.

Recién entonces me doy cuenta de su angustia por mí.

La ducha

Irenka dormía. Lili la tapó con una frazada y, delicadamente, pudo poner una almohada bajo su cabeza.

Mirándome, movió las manos indicando que me levantara y fuera a bañarme.

Al pararme, me sentí como si me hubieran dopado igual que a los caballos de carrera.

Me había cargado de tanta energía que podría haber encendido lamparitas de luz poniéndolas en mis orejas.

Vi una toalla llena de sangre sobre el sillón. Lili había limpiado mi cara y mi cabeza.

Mi pantalón tenía un enorme agujero en la rodilla; el jersey que llevaba puesto tenía manchas de sangre.

Me arrodillé junto a Irenka. Había sangre en los hombros de su pulóver. Sus manos estaban bajo la almohada, como las dos lo hacemos cada vez que dormimos.

Reprimí el impulso de abrazarla. No podía molestarla. Necesitaba dormir. No creo que haga falta decirte que mis ojos eran dos canillas que goteaban sin cesar.

Ya sabés que el aire de París afectó mis lagrimales.

Lili dijo que ella me llevaba ropa limpia para ponerme.

Estuve mucho tiempo bajo la ducha.

No dejaba de pensar en Irenka.

Nunca había sentido miedo de que le pasara algo grave a alguien hasta esa tarde. Me fui tranquilizando. Lili juró que no le pasaría nada y Lili era mujer de palabra.

También pensé mucho en ella. Recurrió a toda su fortaleza para ayudarme. Calmó mi angustia y dejó a un lado la suya.

Desde que llegué a París, me dio todo lo que tenía.

Y yo, ¿qué le había dado? Ni siquiera una sola vez le dije todo el amor que sentía por ella.

Cerré la ducha. Apoyé mi mejilla contra la pared. La acaricié suavemente con mis dos manos. Le di un beso y dije:

—Gracias, Mireille.

El colchón

Volví al dormitorio vestida con un piyama que Lili eligió. Me dio uno de Irenka, de los que estaban llenos de dibujitos de historieta. Este tenía a Mickey, Minnie y Pluto. Dentro de todo lo que pasaba, me hizo gracia vérmelo puesto.

Lili estaba sentada en el suelo mirando a Irenka. Traté de no hacer ruido y corrí la cama haciendo espacio. Saqué el colchón de la cama y lo puse en el piso, junto a Irenka.

—Acá me quedo hasta que se despierte —dije.

Lili sonrió. Me acarició la cara y dijo:

—Espero que no sea como la Bella Durmiente y se le ocurra dormir un siglo. Voy a preparar la comida. Comemos acá.

Cuando estaba por salir del dormitorio, la llamé.

Se dio vuelta. La abracé.

Sin pensarlo, porque me salió del fondo del alma, de lo más hondo de mí, le dije:

—Te quiero mucho, mamá.

La sentí temblar ligeramente. Me abrazó más fuerte.

Le costó contestarme. Su garganta se había cerrado.

—Yo también te quiero mucho —dijo con un hilo de voz.

Sentí que nada más se precisa para ser feliz: querer y ser querido. Y tener la certeza de que siempre estará a tu lado o estarás en el suyo cuando lleguen los malos momentos.

¿O vos decís que la felicidad es otra cosa?

Las extraterrestres

A la mañana siguiente, la señora Fleur dijo que por la tele, en el noticiero de la noche, comentaron un extraño incidente ocurrido en el metro.

Dijeron que dos atletas, posiblemente danesas o suecas, se encontraban en la estación cuando una de ellas fue empujada a las vías por un ladrón que intentó arrebatarle la cámara de fotos (que era la razón por la que nos consideraban turistas). De forma sorprendente, la atleta se apoyó sobre sus manos dando un salto espectacular hacia atrás cayendo de pie en el andén.

Como se lastimó en la caída, la otra atleta, de fornida musculatura, la auxilió cargándola en brazos.

Tres mujeres y un hombre afirmaron que la chica cayó en las vías, quedó muy golpeada y, como si una fuerza sobrenatural la abrazara, se elevó por el aire hasta alcanzar el andén.

La señora Fleur creyó en esta última versión y le dijo a Lili que eran extraterrestres.

Lili le contó que, siendo niña, vio a un plato volador cargando agua del arroyo y que en Córdoba había un cerro desde el que se los veía ir y venir por el cielo encendiendo y apagando las luces, saludando a la gente.

La señora Fleur creía en los extraterrestres y la señora Adele, en las hadas. Lili y yo sabíamos que hay otros mundos; en algunos habrá extraterrestres y en otros, hadas. En el que nosotras vivíamos había una maga y estaba durmiendo.

El príncipe

Irenka durmió cincuenta y nueve horas.

De verdad que parecía la Bella Durmiente.

Faltaba el príncipe que le diera el beso y la despertara.

Me quedé a su lado todo el tiempo. Menos el que usé para ir al baño. Nos turnábamos con Lili para no dejarla sola ni un minuto. Pasar, no le iba a pasar nada, pero una debe estar ahí. ¿No te parece?

Con Lili dormíamos por turnos y, estando despiertas, pasábamos el rato jugando a las cartas. Siempre me ganaba. Jugaba muy bien y yo nunca tuve suerte para las cartas ni para nada.

La mayor parte del tiempo nos comunicábamos por señas para no correr el riesgo de despertar a la Bella Durmiente.

De repente, se despertó y sin príncipe que la besara.

Estábamos las dos solas.

—Irenka —dije.

Te podrás imaginar que se me empezaron a caer las lágrimas. Decían que las viejas se ponen lloronas. Si yo era así a los 18, no quería pensar lo que sería a los 60.

Se quedó mirándome.

—Irenka —repetí.

Puso cara de asco.

—Pelotuda —dijo.

Ya estaba bien.

Me parece que se me fue la mano con el abrazo. La apreté tan fuerte que le crujieron los huesos. Pensándolo bien, no era tan

malo. Se los acomodaba después de tantas horas dormida.

Se puso a gritar llamando a Lili.

Llegó corriendo y se le tiró encima, como hacen los jugadores cuando meten uno de esos goles que definen el partido.

—¡No me dejan respirar, suéltenme! ¿Qué les pasa?

Aflojamos. Se levantó de un salto. No era solo el hombro del suéter. Toda su ropa estaba manchada de sangre.

¿Tanta sangre perdí? Y justo yo, que me asusto y me baja la presión cuando me corto un dedo

Se me ocurrió que si ella estuviera cien años atrás en una de esas tribus salvajes del África, todos se tirarían de panza al piso frente a la diosa blanca.

Pero ella no quería ser una diosa, sino Irenka, una chica que hacía trucos y alegraba a los niños huérfanos y los enfermitos.

—¿Sabés lo que hizo esta? —dijo, mientras se sacaba el pantalón y el suéter y los dejaba tirados en el piso—. Se le cayó una moneda de 5 céntimos y es tan avara que se tiró a las vías para recuperarla. Casi la aplasta el tren. Retala, Lili.

—Ya la reté.

—Retala más mientras me ducho.

La escuchamos gritar:

—¡Vos, Lili y esa cordobesa están podridas por dentro. No se aguanta el olor a caca que dejaron!

Sonreímos. Todo más que bien.

El embrollo

Lili preparó el foie gras, ratatouille y panqueques que, a falta de dulce de leche, rellenaba con una mezcla de puré de bananas, frutillas y chocolate que era una delicia. Lili, de no ser fotógrafa, se hubiera ganado la vida como chef. Decí que éramos del tipo femenino «puro hueso», sino comiendo todo lo que nos preparaba habríamos sido barriles con patas.

—Quiero decirles una cosa. La noche que me mostraron los secretos de la casa, me levanté y descubrí que eran falsos.

—Ya lo sabíamos —dijo Irenka, comiendo el ratatouille.

Creí que iba a sorprenderlas y la sorprendida fui yo.

—¿Cómo que lo sabían?

—Estuvimos despiertas esperando que te levantaras. Nos tuviste en vela hasta las cuatro —dijo Lili.

—¿Vos te hiciste la dormida? —le pregunté a Irenka.

—Sí, ¿por?

Mirá si será cararrota. ¿Cómo que se hizo la dormida para engañar a una inocente chica cordobesa que no podía pegar un ojo después de la desilusión que sufrió?

Lili dijo:

—La señora Kowalski es católica y nunca en su vida supo que existía una mujer llamada Mireille Courtois. Toda la historia que te contamos en el estudio quedó incompleta. Pensábamos mostrarte lo que viste después. Pero defendiste con uñas y dientes lo que creías y no pareció necesario continuar. Sobre todo, nos tomaste por sorpresa diciendo cosas tan sentidas y tan bellas que

todo lo demás perdió la razón de ser.

Lili me miró con una sonrisa y sus ojos llenos de esa clase de emoción que te los pone húmedos. Siguió hablando:

—Sin embargo, cuando comimos en Lipp, preguntaste por la caja. O sea, querías probar que la caja no existía. ¿Para qué? Dijiste estar segura de los poderes de Irenka y Mireille. Después, dudaste. Dabas un paso para adelante y otro para atrás. Así que le pedí a Irenka que hiciera lo que planeamos originalmente. La puesta en escena fue de ella sola y la hizo muy entretenida. Eso sí, tené claro que no te mintió. Varias veces, te dijo: «Lo que ves, no siempre es lo que creés ver». Estábamos seguras de que buscarías la verdad donde debías buscar. Era como no encontrar las llaves y tenerlas en el bolsillo.

—Fue una prueba. Cosas que se le ocurren a Lili. Por si todavía no te diste cuenta, es una gran maestra —dijo Irenka.

—Lili, a ver si entiendo. Todo ese lío que armaste, ¿fue para poner a prueba mi fe en Irenka y Mireille?

Lili me miró sonriendo y dijo:

—No. Tu fe en vos misma.

La suerte

¿Fe en mí?

Nunca me creí buena para hacer nada de valor.

En la escuela, no me quedé en ninguna materia, pero no era de las mejores alumnas y jugaba al vóley en el equipo que siempre perdía. Tuve un solo novio y era medio pavote.

Estaba acomplejada por mi cuerpo: parada frente al espejo, veía que mi oreja izquierda era más grande que la derecha; mis piernas parecían espárragos y a mis tetas les faltaban los ojales porque eran como botones. Tampoco defendí mis ideas. Apenas me discutían un poco, cambiaba de opinión.

Me sentía insegura de todo.

¿Fe en mí? Recién cuando Lili lo mencionó, me di cuenta de que nunca la tuve. Hasta la noche en que fui contra todo lo que Irenka me mostró. Ella hablaba igual que un científico explicando por qué un barco de acero puede flotar en el agua. Y no acepté la ciencia y confié en lo que yo sentía.

—¿Qué más necesitabas? —dijo Lili.

¿Qué más? Nada. Si la respuesta la tenía yo.

Las llaves en el bolsillo.

Mirá vos lo que hizo Lili para enseñarme a confiar en mí.

¿Te acordás que dije que nunca tuve suerte en nada?

Estaba muy equivocada.

Pensé: «La vida me eligió entre millones de chicas y me hizo ganar el premio especial, uno que entrega cada mil años. Gané una mamá como Lili, una hermana como Irenka, que encima es

maga, y vivir en una casa encantada».

Si eso no es tener suerte, ¿qué es tenerla?

El colador

Cocinás los fideos, sacás la olla del fuego, la volcás sobre un colador. El agua se va, los fideos quedan. Es un método que se puede usar en otros casos. Voy a colar lo verdadero de lo falso.

Después que Mireille me introdujo en el mundo de las maravillas, Irenka hizo volar el sombrero para mostrarme su poder y compartir su secreto conmigo. De ahí en adelante, pasó lo que ya sabés y que bien pudo ser distinto si no fuera una insegura de mierda y se me hubiera ocurrido preguntar por la caja.

Ahora te cuento lo que supe de Mireille.

Mireille fue muy rica, compró los departamentos del séptimo piso y los refaccionó convirtiéndolos en uno solo.

Igual que Irenka, era una gran maga. Irenka, aún siendo una maga muy poderosa, carecía del poder de curación. De haberlo tenido, hubiera pasado su vida curando enfermos.

Mireille lo poseía y se dedicó a sanar.

Para que Mireille pudiera curarme, Irenka me llevó en brazos hasta llegar a la casa. ¿Vas entendiendo?

Mireille visitaba los hospitales, pero solo podía curar a unos pocos. Le resultaba imposible ayudar a todos. Como a Irenka le pasó conmigo, su energía se agotaba en cada sanación y precisaba de varios días, a veces, semanas para reponerla.

Irenka y Mireille, como todas las magas, usaban el máximo de sus poderes únicamente en algunas ocasiones (como en mi caso) y nunca abusaban de ellos.

Ahora viene la parte más interesante.

Mireille fue amante de Vladimir Melhoffer.

Lo conoció cuando era un mediocre mago de ferias y, para él, creó trucos que le hicieron ganar fama y dinero.

Profundamente enamorada, la muerte de Vladimir, en 1919, la sumergió en una profunda tristeza que la llevó a permanecer la mayor parte del resto de su vida dentro de su casa.

A través de sus poderes, supo de la muerte de toda la familia de Vladimir durante la guerra y que solo Jan seguía con vida.

Vio el futuro de Jan. Su enfermedad y cómo se agravaría sin remedio; su viaje a Argentina, su encuentro con una mujer muy especial y su muerte.

Nada podía hacer para ayudarlo.

El destino decide la hora y el día en que se nace y se muere.

No existe poder que pueda cambiar esta decisión.

Poco antes de morir, donó a los pobres todos sus bienes, menos el departamento de la calle de Mont-Cenis.

Era su casa, el lugar al que le había entregado sus cuidados y su amor. Decidió que nadie podría entrar hasta que llegara la que eligió como nueva dueña de casa.

Sin embargo, no estuvo dispuesta a irse a ninguna otra parte y eligió su hogar para transcurrir la eternidad.

Entonces, en su último gran acto de magia, convirtió su hogar en una casa encantada.

Su espíritu quedó adherido a la casa: las paredes, el piso, el techo, las puertas, cada centímetro, todo era Mireille.

La casa era ella, Mireille.

Desde muy jovencita, siendo apenas una adolescente, supo

la hora, el día, el mes y el año de su propia muerte.

Cuando el momento se acercó, sabiendo la fecha precisa en que nacería una maga al otro lado del océano, le envió un mensaje que atravesó el espacio y quedó detenido en el tiempo, esperando que la maga creciera.

Años después, en Buenos Aires, una niña recibió el mensaje y le pidió a su mamá que comprara el departamento de la calle de Mont-Cenis, en París.

La elegida

Ahora voy a contarte sobre el mensaje.

Viendo el futuro de Jan Melhoffer, Mireille conoció a la mujer que él amaría.

En ese tiempo, Lili tenía quince años, vivía en un pueblo, miraba cómo la luna pasaba despacito frente a la ventana de su dormitorio y soñaba con lo que quería llegar a ser. Y no tenía la más remota idea de lo que el destino había decidido para ella.

Mireille sí lo supo.

Cuando Lili decidió comprar el departamento en París desconocía que se encontraba en una de las encrucijadas del destino.

Ocurre una o dos veces en la vida. Al llegar a una, podemos elegir el camino. Para un lado, tendremos una buena vida. Para el otro, una mala.

Mireille podría haber testado y dejar el departamento como herencia a su elegida. No quiso que fuera de ese modo.

La casa tenía que ser comprada venciendo todos los obstáculos. Debía existir el deseo de habitarla y la fe de poder entrar.

Era más probable que un esquimal comprara un camello y lo atara a la puerta de su iglú que Lili se diera cuenta de que estaba siendo parte de lo que una maga había decidido para ella doce años atrás.

Recién estando en París y unos días después de descubrir que su hija era una maga, Lili se enteró del mensaje de Mireille.

—¡Es increíble! Ahora me explico de dónde sacaste la idea de comprar el departamento. Vos eras la razón por la que Mireille

no permitía que nadie entrara. Ella te llamó y estuvo esperando durante muchos años tu llegada. Mireille te eligió para que fueras la nueva dueña de su casa.

Irenka chasqueó la lengua, negó con la cabeza y dijo:

—En el mensaje, Mireille me pidió que te trajera.

Lili la miró con cara de sorprendida.

—No entiendo —dijo, realmente confundida.

Irenka sonrió.

—Ella no me eligió a mí. Te eligió a vos.

Lili demoró en reaccionar.

Luego, dijo:

—¿A mí? ¿Por qué? ¿Por ser tu mamá?

—No fue por eso.

—Entonces, ¿por qué? ¿Qué hice yo?

Irenka suspiró.

—¿En serio no sabés?

Con dieciocho años, sola, sin dinero, sin ayuda, Lili se abrió camino en una ciudad enorme, extraña y hostil. En medio de los prejuicios de los años cincuenta, fue madre soltera a los veinte años y, en vez de achicarse, arremetió contra todos.

Se desvivió y se desangró por el hombre que amó. Se bancó que sus padres la dejaran a su suerte y su hermana deseara patearle la cabeza. Venciendo sus miedos y sus penas, se cargó una nena al hombro y le dio pata para adelante volteando las paredes que se le cruzaban.

Sin quejarse nunca, sin arrastrar rencores, resistiendo hasta

un bombardeo; en un mundo dominado por hombres, se ganó un lugar, plantó bandera y dijo: «Acá estoy».

Nunca pidió favores ni chupó medias. Solo con la fuerza de su amor y su talento, se convirtió en una gran madre y en una prestigiosa y famosa fotógrafa.

Por si todo eso fuera poco, tuvo una hija maga y, cuando todavía lo ignoraba, confiando ciegamente en ella, usó hasta el último centavo que pudo ahorrar en su vida para ir atrás de un sueño y compró un departamento al que nadie podía entrar.

¿Te parece que Mireille no tenía bastantes motivos para elegirla como la nueva dueña de la casa?

La gloria

Estuve varios días medio en babia. Había tomado consciencia de que era parte de algo fabuloso y tenía que adaptarme.

Si mirás para arriba, ves unas luces en el cielo y gritás: «¡Un ovni!», no es lo mismo que descienda, estacione delante tuyo y baje un chabón con cabeza de huevo y ocho brazos a preguntar para qué lado queda Alaska.

Tenés que acostumbrarte a la idea de que la flaca con la que te la pasás jorobando es una maga. Y no una maga de trucos de salón o una maga que solo puede hacer flotar un sombrero en el aire, sino que tiene un inmenso poder (que usó para salvarme la vida) y, en definitiva, es una elegida de los dioses, como esos del Olimpo. Por algo nombré a Hécate, ¿te acordás?

No tengo la menor idea de por qué Irenka nació maga, pero tampoco sé por qué nace un Einstein o un Mozart. Así que no me gasto el seso pensando en lo que no tiene explicación. O, por lo menos, que yo no sé cómo explicar.

A lo mejor, vos sabés.

En fin, la cosa era que me caí a las vías y mi hermana Irenka movió una mano y, sin tocarme, me levantó en el aire cuando el tren iba a pasarme por encima.

Me cargó en brazos y corrió llevándome como si pesara tanto como una manzana. Soplando, sacó a la gente del camino; subió de dos en dos los escalones de las escaleras; frenó de golpe a un taxi; abrió y cerró puertas sin tocarlas.

Me dejó en mi cama, le pidió a otra gran maga que me curara

y una herida en mi cabeza (que, de haberme llevado a un hospital, la hubieran cosido dándome trescientos puntos), mi nariz, mi brazo quebrado, mis tres costillas rotas, los cortes y las raspaduras, todo lo que tenía lastimado desapareciera en minutos sin dejar una mínima cicatriz. Y, por si era muy exigente y no me alcanzaba: me sintiera mejor de lo que me sentía antes de irme de boca a las vías.

¿Te parece que no tenía que adaptarme?

El gobierno llamó a un referéndum y De Gaulle amenazó con irse si perdía. Le dijeron: «Chau, viejo».

Irenka y Lili acertaron: el Mayo francés se lo llevó puesto. Era una gloria del pasado.

Mientras, yo vivía en la gloria del presente.

Era glorioso estar con Lili e Irenka. Y Mireille.

El tren

—¿Siempre supiste de los poderes de Irenka?

Lili apoyó los pies sobre la mesa ratona. Estaba sentada en un sofá de la sala. Irenka había ido a revelar fotos.

—Durante años lo sospeché, pero terminé por convencerme de que era una gran ilusionista. Cuando me habló de Mireille, no dudé de lo que decía. Creí que había soñado con ella. Otras veces dijo cosas de las que no podía haberse enterado a no ser que las hubiera visto en sueños.

Puso un almohadón detrás de su espalda.

—Una mañana se levantó y dijo: «La abuela Teresa murió». A los pocos días, me despertó diciendo: «Murió el abuelo. Alicia tiene miedo y se escondió abajo de la cama. Le tiene miedo a la muerte». Cuando viajamos a Córdoba, nadie me había avisado de sus muertes, excepto ella. Fuimos directamente al cementerio. Al salir, quise ir a verte. Irenka me dijo: «No. La tía Felisa te va a tratar muy mal. Alicia no es como ella, es como nosotras. Más adelante, va a entender». Le hice caso. Cuando íbamos en el tren, sentí una gran angustia. Quise volver para verte. Estaba a punto de bajar en la próxima estación. Irenka lo impidió: «No te preocupés, al llegar el peor momento de su vida, vas a estar junto a ella», dijo. No sé si estuvo bien, durante años pensé que tendría que haber vuelto. Tenías miedo. Y no hice nada para ayudarte.

Lili se quedó callada. Parecía estar recordando y, aún, no estar segura de si había hecho lo correcto.

En el tocadiscos, sonaba la voz de Lucienne Boyer cantando

Parlez moi d´amour.

Lo que contó Lili la mostraba como era: una mujer muy bella.

La belleza de su cara y su cuerpo era el reflejo de la infinita belleza de su alma.

¿Te imaginás a alguien angustiado porque una sobrina que no conoce tiene miedo?

Adoraba a esa mujer. La admiraba profundamente.

—Tuvo razón Irenka, que nunca la pifia. Estuviste conmigo en el peor momento de mi vida —le dije.

Me senté a su lado. Apoyé mi cabeza sobre su falda. Acarició mi cabello.

—No me acordaba de haberme escondido abajo de la cama. Se ve que fui cagona desde chica. Estoy empezando a sospechar de dónde me viene el miedo a algunas cosas. Eso sí, lo que te puedo asegurar es que voy a abrir la puerta del placard, aunque sepa que hay un monstruo adentro.

Lili me tironeó suavemente el pelo.

El fuego

—Hasta llegar a París, creía que Irenka hacía trucos y, algunas veces, soñaba con cosas que habían pasado en otro lugar, como la muerte de tus abuelos, o iban a pasar. Leí mucho sobre parapsicología, mancias y esoterismo, igual que vos ahora. Lo que era capaz de hacer, no era tan raro. En los libros describían casos parecidos. Sin embargo, lo de Irenka no eran solamente sueños, telepatía y trucos de ilusionista.

Movió los pies y se los miró.

—Sabés que camino en patas por todas partes. Irenka y vos hacen lo mismo. Bueno, te cuento: a la semana de llegar, estaba descalza preparando café. Irenka se hamacaba en una silla. Cuando parecía a punto de caerse, yo gritaba: «¡Cuidado!». Ella se moría de risa. La verdad, era graciosa. Como un número de circo. Distraída, mirándola, saqué la pava del fuego y se me escapó de las manos. El agua hirviendo iba a caer encima de mis pies. Entonces pasó lo que no podía pasar.

Pausa. El suspenso para que me comiera las uñas esperando la continuación. Aguanté poco.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—La pava y el agua volcada quedaron suspendidas en el aire, a centímetros de mis pies. Primero, me quedé paralizada, enseguida, retrocedí. Me sentí como si estuviera soñando. Era como la foto de una pava que se vuelca y el agua hirviendo que cae. La pava y el agua estaban inmóviles. Yo, turulata. No te digo que me senté porque, en realidad, me caí de culo en una silla. O, mejor

dicho, *algo* me empujó para que me sentara. De pronto, el agua y la pava chocaron contra el piso. El agua se esparció por el suelo. «Dale, Lili, levantá las patas», dijo Irenka. Le hice caso. La miré. Seguía sentada con la silla inclinada para atrás, casi rompiendo la ley de la gravedad.

Lili volvió a mover los pies.

—«¿Cómo hiciste eso?», le pregunté y no sé cómo me salió la voz. Me contestó: «Yo no hice nada. Es cosa de Mireille». Como si fuera a remontar vuelo, abrió los brazos y echó la silla para un costado; se inclinó tanto que parecía a punto de tocar el suelo. No paraba de reírse. Se enderezó y se inclinó para el otro lado, con los brazos abiertos de par en par. Era como un muñequito de esos que van y vienen y no se caen. Terminó por hacerme gracia y me puse a reír. Miré el piso. Estaba seco. ¿Y el agua? Inclinándose para atrás con la silla, sin que le preguntara nada, como si me leyera la mente, dijo: «Mireille».

La silla

—¿Le creíste?

—Estuve un montón de días pidiéndole que me dijera la verdad. Se hacía la interesante. Ya viste cómo pone cara de estar en otra cosa y no irle ni venirle lo que pasa alrededor. Una noche, estábamos comiendo pizza y empecé a jorobarla otra vez con lo mismo. La verdad es que me puse muy hinchapelotas. Dejó de comer y dijo: «¡Ufa, Lili! ¡Me tenés podrida!». Mi silla se movió, como si hubiera un temblor de tierra, y comenzó a levantarse del piso. Traté de agarrarme de la mesa. No pude. Ascendí muy despacio, hasta que mi cabeza rozó el techo. Habrán sido unos diez segundos en el aire. Tan lento como subí, descendí. La silla quedó en el piso. Irenka seguía comiendo como si no pasara nada. A mí, no me salía la voz.

Lili no dejaba de sonreír. El recuerdo le hacía gracia.

—Cuando, a duras penas, reaccioné y estaba a punto de decir alguna cosa, Irenka movió una mano y mi plato desapareció. En el mantel quedó la porción de pizza. Así como te lo digo: el plato se esfumó en el aire y no apareció nunca más. Con cara de culo, Irenka dijo: «Lili, no me hinchés más».

Lili se rió.

—Una puede entender que una hija, aunque sea una nena chiquita tenga dones de clarividencia, telepatía, premoniciones; sea ilusionista. Pero cuando te enterás de que esa nenita tiene el poder de hacer flotar en el aire a una persona, dejar quieta el agua que cae; puede hacer desaparecer un objeto y, supongo,

también, a una persona, si te quedás pancha es porque te falla el marote. Te quedás pasmada. Todos tus esquemas se rompen. Estás viviendo lo que siempre pensaste que era imposible. Y, de golpe, te despabilás y te sentís bien. Muy bien. Y decís: «¡Qué lindo!». Y te das cuenta de que sos parte de algo maravilloso. Tu hija es una maga y vivís en una casa encantada.

—Sí, sí, sí —dije, ya te conté que sentí lo mismo.

El auto

En junio, Lili compró un Citröen 2 cv modelo 65, lo pintó de naranja y nos fuimos de viaje a La Costa Azul.

No sabíamos que había aprendido a manejar. Nos dijo que Pierre le dio dos lecciones de manejo. Yo, tranqui. Irenka impediría que chocáramos.

Creeme que viajar casi mil kilómetros en el Citroën fue una experiencia inolvidable. Si te agarraba el viento de frente y le metías pata a fondo, con suerte, llegabas a 70 por hora. Si el viento era de cola, alcanzabas los 90. Sumale una conductora que no sabe manejar, pero toma las curvas como si corriera las 24 horas de Le Mans y el auto se inclina como si fuera a volcar.

Para no ofender a Lili, le pregunté en el oído a Irenka si podía hacer que fuéramos más rápido. Me fusiló con la mirada.

Y bueno, si no se puede, no se puede.

Tampoco era para tanto. Solo hay que aguantar los primeros 300 kilómetros y, después, como el ser humano se acostumbra a todo, te la bancás bien.

Llegamos a Cannes con los culos aplastados y tardamos nada más que doscientas diez horas.

El festival ya había pasado. Nos quedamos tres días y fuimos a Niza y Saint-Tropez.

Era verano. Todo era relindo, aunque las playas tenían más piedras que arena. Creí que vería mujeres como esas de las películas de James Bond. Habrán sido así treinta años antes. Las que había eran gordas llenas de várices.

No es por decir, pero Lili con sus bikinis les pasó el trapo a todas. Era increíble que tuviera ese cuerpo a su edad.

El viaje era muy divertido. Estuvimos en Mónaco y, como te imaginás, fuimos al casino de Montecarlo.

El casino

Tuvimos que vestirnos elegantes y creo que estábamos lindas porque nos miraban bastante. Lili parecía una reina; Irenka, una princesa y yo, la dama de compañía.

La entrada costaba un huevo y las fichas, el otro.

Con Lili apostamos en la ruleta y, en tres bolas, quedamos en la lona. Irenka miraba sin jugar.

—¿Rainiero usa toda esta plata para ayudar a los pobres?

Le dije clavándole la flecha.

Un tipo perdió hasta el moño y se levantó de una de las mesas de blackjack. Irenka se sentó en su lugar.

El crupier le sirvió una carta. Pidió otra y una más. Ganó. En la siguiente mano, se plantó con dieciséis. Era poco. La banca tenía catorce. El crupier dio vuelta una carta y se pasó.

¿Irenka sabía qué carta iba a salir? Jajá, no me hagás reír.

Ganó siete veces consecutivas. Se había reunido una muchedumbre a su alrededor. Todos quieren estar cerca de los ganadores. Esperaban la próxima jugada. Ella miró al crupier, sonrió, lo saludó y se levantó después de ganar una fortuna.

Justo cuando dejó de jugar, la banca sacó blackjack.

Sé que Irenka podía hacer saltar la banca. Y también sé que nunca haría algo que llamara la atención.

De haberle roto el traste al casino, habría aparecido en todos los diarios del mundo, como el inglés Charles Deville Wells que, a finales del siglo 19, se convirtió en leyenda haciendo saltar la banca varias veces.

Tiempo después, volvió a Montecarlo en su yate privado y el casino le sacó hasta las uñas de los pies.

Como perdió plata propia y ajena, que consiguió con estafas, terminó preso y murió sin un centavo.

Casi, casi una alegoría del jugador.

Irenka no tenía nada que ver con ese mundo: lo de ella era dar un poco de alegría a unos nenes que sufrían injustamente.

Nunca es justo que un niño sufra.

Con lo que ganó, tenía de sobra para comprar mucha ropa, golosinas y juguetes para los nenitos.

Los yates son para otra clase de gente.

La recorrida

Al otro año del viaje por la Riviera Francesa, Lili dijo que era hora de recorrer Europa. Nos pareció una gran idea.

Un día antes de la partida, nos enteramos de que ella no viajaba. Era un asunto para dos chicas de nuestra edad. No iba a ir a bailar a un boliche de Londres lleno de pendejos y no era su estilo quedarse en una pieza de hotel esperando que llegásemos.

Era la primera vez en la vida que Irenka se separaría de Lili. Y eso quería Lili: dejarla volar.

Quizás, también lo pensara por mí. Ni un solo día había dejado de verla desde que llegué a París.

Te digo la verdad: hubiera preferido no hacer el viaje y quedarme con ella. Medio pegota, ¿no?

En el aeropuerto, la abrazamos como si estuviéramos por ir a la guerra. En el avión, nos sentimos medio raras, pero llegamos.

Recorrimos Gran Bretaña, conocimos Holanda y Bélgica. Fuimos a Suiza y Austria. Nos pareció que habíamos paseado bastante y pegamos la vuelta.

Estuvimos dos meses viajando. Es cierto que la pasamos bien. Pero extrañábamos.

Le escribimos veinte cartas a Lili, una cada tres días, y hablamos por teléfono cada dos.

En esos años, comunicarse a la distancia no era fácil y puede decirse que la cantidad de cartas y llamadas que hicimos era una bestialidad y nosotras, en el fondo, dos nenitas de mamá.

De Bruselas a París viajamos en tren. Y por fin, volvimos.

Cuando vimos a Lili en el andén de la estación, corrimos y la apretamos tan fuerte abrazándola que le dejamos un moretón en el brazo.

Ni qué decir que llorábamos como Magdalena bajo la cruz.

Lo raro del viaje fue justamente eso: lo que lloramos al separarnos y al reencontrarnos con Lili. No por mí, que tengo el oficio, sino por Irenka. Nunca la había visto llorar así. Cumplió con el canje: le había dado mi medalla, mis libros y mis discos y ella me dio sus lágrimas.

Las hormiguitas

Una sucesión infinita de instantes.

Son como hormiguitas alineadas que van y van. Estas hormiguitas nunca se cansan, no se detienen ni retroceden.

Un día te das cuenta de que a tu alrededor todo va desapareciendo. ¿Te acordás de ese cantante, de aquel actor? ¿Cómo se llamaba esa actriz? Ahí había un teatro; allá un bar; en la esquina estaba esa gran tienda.

El tiempo es como el viento: arrastra las hojas secas. La vida es como una inmensa playa de arena. La ves y creés que es la de siempre. Si tus ojos fueran microscopios quizás advirtieras que la playa parece la misma, pero no lo es. Cada granito de arena fue reemplazado por uno distinto. Y este espera el turno para ser desplazado. En el mar, una ola sigue a la otra; una y otra mueren en la orilla. Indefinidamente. Eternamente.

Unos yanquis caminaron en la luna; cayó el muro de Berlín; se deshizo la Unión Soviética; empezamos a usar las compus y así, como quien no quiere la cosa, un mundo se iba yendo y dejaba su lugar a otro. Un mundo distinto al que conocimos y que no parecía ser mejor que el anterior.

De esa forma, sin darme cuenta cómo llegamos hasta ahí, un 2 de enero estaba festejando con Irenka nuestros cumpleaños.

Como siempre, hablábamos sin parar de cualquier cosa y nos reíamos a carcajadas contando cosas graciosas.

Sentada en la mesa del comedor principal (ya te conté que la usábamos solo para días especiales), vi a Lili yendo a la cocina y

regresar con una hermosa torta y dos velitas. Una para Irenka y otra, para mí.

Nunca cantábamos el feliz cumpleaños como todo el mundo. Nosotras gritábamos a voz en cuello y golpeábamos la mesa con las manos.

Al mismo tiempo, Irenka y yo soplamos las velitas.

En ese preciso segundo, en el que soplamos las velitas, nos miramos. Sonreímos con un poco de melancolía.

Irenka y yo habíamos tomado consciencia de que estábamos cumpliendo cuarenta años.

Lili empezó a cortar la torta.

El bolero

Durante todos esos años, salimos con chicos, nos enamoramos, tuvimos novios que no duraron más de un año, perdimos la virginidad y estuvimos lejos de ser mojigatas en el sexo. Hicimos todo lo que dos chicas solteras pueden hacer en París.

Lili tuvo sus amantes, pero nadie sustituyó a Jan. Ella decía lo mismo que el bolero: solamente una vez se ama en la vida.

Claro que sí. Todo eso de que el amor dura unos años es una estupidez de los que no saben amar. Se enamoran, viven juntos y se separan. Murió el amor, dicen. ¿Qué les pasa? ¿Tan tarados son? ¿No saben que el amor es para siempre o no es amor?

Nosotras sabíamos que no era amor eterno lo que sentimos por los hombres con los que salimos.

Nos enamoramos, nos sentimos bien con ellos y un día ya no era lo mismo. Había llegado el momento de la separación. A veces, costaba y llorábamos unos días. Pero siempre estaba la otra para consolar a la que sufría. Y, desde ya, Lili, incondicional en lo que fuera.

El tiempo pasaba para todos, pero a ella la trataba con más respeto. A los sesenta años, parecía tener veinte menos.

A Irenka y a mí, si nos miraban con cariño, no te digo que nos dieran veinte años menos, pero sí unos ocho.

A lo mejor, Mireille algo tenía que ver. Irenka, seguro que no. Jamás usaría su magia para parecer más joven. No se gastaría en boludeces. Bueno, lo que para ella eran boludeces y para la mayoría de las mujeres resulta esencial: sacarse años de encima.

Muchas mujeres tienen más cirugías que libros tocados. Dije bien: tocados. Leídos sería muy pretencioso.

Las rarezas

Nombré los libros. Desde una semana después que Irenka me salvó en el metro, me la pasé yendo a las bibliotecas (¿te acordás que te dije que si había aprendido a patinar también me podría sentir cómoda en una) y compré libros para leer sobre temas de magia. Me convertí en una especie de erudita en ciencias esotéricas, parapsicología y mancias.

Lo de erudita es una manera de decir, no lo tomés en serio.

En ninguna parte encontré algo que explicara lo que Irenka era capaz de hacer. Ella era una verdadera maga.

Había nacido maga. Como Mireille y otras que andan por acá y por allá y ni te das cuenta de que lo son.

Yo me daba cuenta porque la tenía al lado todo el tiempo. Y no voy a andar contándote todas las maravillas que vi porque me pasaría meses haciéndolo.

Las plantas de la casa tenían flores tanto en los meses cálidos como en los fríos. Todas se renovaban y las cambiaban. Excepto una planta de jazmines, que se mantenía inalterable. Ni una sola flor se secó ni se cayó un pétalo. Parecía artificial, pero despedía un riquísimo aroma que se esparcía por toda la casa. Era la más hermosa de todas las plantas. Una reina.

Un día supe que Jazmín, la mejor amiga de Lili, y su marido se mataron en un accidente automovilístico en Brasil, dos años antes de que Lili e Irenka se mudaran a París. Al enterarme, sentí mucha pena. Era muy buena gente. Siempre me da lástima que la gente buena muera. En este caso me dolió mucho más. Jazmín

era una gran chica y fue la única que ayudó a Lili en sus días de andar en la mala.

Desde que me enteré de su muerte, todos los días me encargué de la planta y le contaba de las cosas que pasaban como si Jazmín me estuviera escuchando.

Irenka se encargaba de las plantas, pero a esta la quería cuidar yo y ella nunca me dijo nada.

Lili, al verme regándola tampoco dijo nada, solo me dio unos golpecitos en la espalda y la vi sonreír con tristeza.

Yo quiero a la planta de jazmines como si fuera parte de la familia. Ya sé que, en una de esas, te parece ridículo, pero no te olvides que soy propensa a hacer boludeces. Y hace mucho que aprendí a hacer lo que siento sin importarme un pito si a alguno le parezco ridícula. ¿Me entendés?

Volviendo a mi hermana, te cuento que una tarde estábamos a punto de entrar a un café cuando, de golpe, dio media vuelta.

En la vereda de enfrente, del balcón de un quinto piso, se cayó un nene. Algo frenó la caída, lo sostuvo y lo depositó con suavidad en el suelo. Un suceso bastante raro. Como el de una chica que se ahogaba en el mar. Una enorme ola la llevó a la orilla y ni siquiera hizo falta que le hicieran respiración artificial.

En fin, cosas como esas son parte de las maravillas que presencié. La gente las llama milagros. Si ves algo parecido, fijate, capaz que una maga anda cerca.

El diamante

En 1973, viajamos con Lili a Estados Unidos. Dimos vueltas por todas partes durante un mes y medio. En Las Vegas, mientras Lili y yo perdimos no sé cuánto en las maquinitas, Irenka ganó miles de dólares en el blackjack.

Con ese dinero, podíamos alquilar una casa en Beverly Hills y vivir un par de años sin trabajar. Pero no nos daba por ese lado, ya sabés para lo que se usaba esa plata.

No me acuerdo si te pregunté qué harías vos con tanta plata. Si ayudarías a alguien o te la reventarías.

Dejá, es cosa tuya.

Cada uno hace lo que quiere con su culo y con su guita.

Dejamos Yanquilandia para ir a México.

Fuimos a Acapulco para ver cómo el lugar que Agustín Lara le pedía a María Félix que recordara, en *María Bonita*.

Fuimos a la playa La Condesa y, al llegar a una enorme roca, junto al mar, Lili se detuvo y dijo:

—Allá arriba, pueden ver el hotel donde se alojaron, en cuartos separados, Agustín y María. Cenaron mariscos y langosta con vino blanco, en la terraza del hotel. Luego, caminaron descalzos por la playa desierta. Al llegar a esta roca, se besaron apasionadamente e hicieron el amor sobre la arena. Ella se incorporó y caminó desnuda al mar. De las noches que él le pide a María que recuerde, esa fue la primera en la que hicieron el amor.

—¿Cómo sabés que fue justo acá? —preguntó Irenka.

—Del otro lado de la roca, están grabados los nombres de

los dos. María Félix usó su anillo de diamantes para escribirlos.

¿Quién pudo haber sido la boluda que fue a mirar al otro lado de la roca?

Lili e Irenka se reían a carcajadas.

Mal hecho, se burlaban de una chica romántica que se embelesaba con las historias de amor.

Se los dije medio enculada.

Me hicieron caer y empezaron a hacerme cosquillas. Chau, soné. Me hicieron reír.

Y reconozco que lo del anillo de diamantes estuvo rebueno.

Una pena que fuera mentira.

El chamán

Como hicimos en Estados Unidos, alquilamos un auto. Era un Chevrolet 68 de color colorado que chupaba nafta como irlandés dándole a la cerveza en día de San Patricio.

Con los mexicanos podíamos usar nuestro idioma natal y nos dimos cuenta de que hablábamos con acento francés. Muchas cosas habían quedado muy lejos. Demasiado lejos. Era como que ya no teníamos nada que ver con ellas.

De Acapulco, fuimos a Oaxaca, donde estuvieron los primeros zapotecos. Visitamos San José Mogote y Monte Albán. Vimos los restos de una civilización que desarrolló conocimientos diferentes y, aunque solo quedaran unos hilitos de un inmenso tejido, se habían mantenido en la población indígena pasando de generación en generación.

Cuando salíamos de Oaxaca, yendo para Veracruz, una mujer muy viejita caminaba al costado del camino. Lili detuvo el coche y la hizo subir. Le faltaban todos los dientes.

—¿Por dónde? —le preguntó Lili.

La señora Pepa señaló con un dedo.

Había un camino de tierra. Anduvimos como doscientos kilómetros y llegamos a una casa que se veía humilde.

Había como cincuenta mil personas de pie.

—¿Es un velorio? —pregunté.

—No —dijo Irenka—. Vienen a ver al chamán.

Doña Pepa asintió con la cabeza. La ayudamos a bajar.

Nos quedamos a esperarla. No podíamos dejarla volver cami-

nando, debía tener ciento ochenta años.

Nos sentamos en el piso, a la sombra de un roble.

De la casa, salió un señor de piel oscura; la cara cortada por arrugas como surcos de arado. Se sentó en un banquito cubierto por un sarape. Ese era don José, muy famoso, al parecer.

La gente desfiló frente a él. Atendía un par de minutos a cada uno. Como siete horas después, le llegó el turno a doña Pepa.

Estuvo un ratito y dio unos pasos alejándose de don José. Se la veía muy cansada.

—La dejó peor de lo que estaba —dije.

—Le dijo que su hijo se va a morir —dijo Irenka.

La pared

Doña Pepa se había quedado quietita, como si no tuviera ganas de dar otro paso. Irenka la fue a buscar.

Con Lili nos acercamos, pero no mucho. Irenka hablaba en voz baja con doña Pepa. No alcanzábamos a escuchar lo que estaban diciendo.

Don José estaba de espaldas y a una buena distancia de ellas. De repente, como si lo hubieran chistado, giró la cabeza, miró a Irenka y le habló en una lengua que yo desconocía. Más tarde, me enteré de que era zapoteco.

Irenka le respondió en la misma lengua. ¿Cómo la sabía?

Esa es una pregunta que no tenés que hacer porque no tiene respuesta tratándose de mi hermana.

Te digo que estar en medio de un paraje en un país desconocido, encontrarse con un chamán, del que decían era uno de los más poderosos, ver cómo se levanta de su asiento, se acerca a una chica de veintidós años que ve por primera vez, le habla en zapoteco e inclina la cabeza respetuosamente frente a ella es, no sé cómo decirte, impresionante.

No tuve ni la menor duda de que el chamán supo que Irenka era una maga muy poderosa.

Esa imagen, la de un hombre viejo, un indígena que domina conocimientos mágicos ancestrales y de una chica con una gorra tipo jockey, una maga de ciudad, fue increíble.

¿Podés creer que a Lili y tampoco a mí se nos pasó por la cabeza tomar una foto? En el viaje, habíamos sacado tres millones

de fotos pedorras y en un momento como ese, ni una.

Mientras llevábamos a su casa a doña Pepa, Irenka le hablaba en zapoteco. Lili y yo tratábamos de entender aunque fuera un poco, pero no cazábamos una.

De golpe, Irenka dijo:

—Tenés que doblar a la izquierda.

Creí que era la casa de doña Pepa.

Yo manejaba. Detuve el coche.

—Ahora vuelvo —dijo Irenka.

Doña Pepa se quedó sentada. Nosotras también.

Una mujer gorda, petisa, de cara aindiada, con el pelo negro recogido en una trenza, salió a la puerta.

Irenka iba caminando hacia ella.

A la distancia, le dijo alguna cosa.

La mujer puso cara de mala.

Entonces, vimos que la mujer reculaba como si fuera una pelota de playa a la que un viento fuerte la empuja.

La mujer se fue para atrás hasta quedar como incrustada en la pared de la casa.

Irenka fue hacia ella igual que un boxeador cuando pone contra las cuerdas al rival y va a pegar el golpe de nocaut.

La mujer quedó como crucificada en la pared.

Luego, como si estuviera atada a una soga y pegaran un tirón lanzándola hacia adelante, cayó al piso boca abajo.

Dio un giro sobre su propio cuerpo y, con las piernas y los brazos abiertos, se quedó quieta en el suelo, dando la impresión de estar estaqueada. Le empezó a salir fuego de la panza.

La mujer se puso a gritar con desesperación. Como si alguien hubiera soltado un formidable soplido, el fuego se apagó.

Atrás de ella, la casa se incendió. La trenza y el pelo de la mujer volaron por el aire y quedó calva.

Se puso de rodillas y vomitó. Era un vómito negro, inmundo. Con la boca abierta, cayó sobre el vómito.

Eso vimos y vimos a Irenka caminando tranquila hacia nosotras. Subimos al coche. La mujer gorda seguía en el piso.

Irenka le dijo algo que no entendimos a doña Pepa. No sé qué le dijo, pero doña Pepa sonrió con su boca sin dientes y Lili y yo medio que nos emocionamos.

Cuando dejamos a doña Pepa, que se había agarrado de las manos de Irenka y no sé si era que no paraba de agradecerle o si la quería retener, quisimos saber qué había sido todo eso.

Pasó más de una hora para que Irenka dijera:

—Me pudrieron.

Era buen síntoma. Iba a contarnos.

La bruja

—Al hijo de doña Pepa le hicieron un hechizo de muerte. Fui a ver a la bruja que se lo hizo. Dame un chicle.

Se lo di. Dijo:

—Enciendan la radio, pongan un poco de música.

Con cara de estar pensando en otra cosa, peló el chicle, se lo metió en la boca y se quedó en silencio, mirando el paisaje por la ventanilla.

Lili estaba sentada a mi lado, se dio vuelta, le clavó los ojos y le dijo:

—Contá todo o te doy mi palabra que me bajo acá del coche, busco la forma de volver a Oaxaca, me voy a ciudad de México y me tomó un avión a París.

Con Lili no se jode.

A Irenka ni se le dio por retobarse y empezó a hablar.

—La gorda se quiso hacer la compadrita. Me revientan estas brujas. Le dije que el hijo de doña Pepa era mi protegido y se lo avisara a la que hizo el encargo. Si seguía jodiendo, la iba a cortar en fetas y a dársela de comer a los chanchos. Quemé la casa porque estaba llena de maldad. Y maldad le hice vomitar a esa bruja chota. La revolqué en su propia maldad y se la hice tragar para que le vuelva todo el mal que hizo. En definitiva, el hijo de doña Pepa va a vivir, como le dije al boludo de don José, que se la pasa hablando al pedo diciendo lo que no es. Listo. A otra cosa.

Yo había parado el auto.

Pensé en la lucha eterna entre el Bien y el Mal y que para eso

estaban las magas: para cagar a palos a las brujas.

Lili no lo hizo tan complicado y dijo lo justo:

—¡Y acá con un peso de cuarenta y siete kilos, la campeona mundial, Irenka Blanch!

Mirá vos cómo son las cosas en la vida: salimos de París para conocer lugares, gente y divertirnos. Pero resultó que el verdadero motivo del viaje no era ese.

Viajamos para encontrar a doña Pepa yendo, pasito a pasito, a buscar un poco de esperanza a lo de don José.

Y cuando toda su esperanza murió, una maga que llegó de muy lejos le salvó la vida a su hijo y a ella le devolvió la esperanza y le dio alegría.

La colilla

En esos años, Lili ganó mucho más prestigio y la llenaron de premios y honores.

Compró el otro departamento del sexto piso y lo convirtió en nuestro estudio. Con Irenka, nos hicimos fotógrafas profesionales y, diría, bastante exitosas. Y Lili había estado en lo cierto: no era mi cámara sino mi alma la que sacaba las fotos.

La maga y yo nunca dejamos de ir a los orfanatos y los hospitales, pero ya no íbamos a los cafés a pelar giles.

Hicimos tarjetas de regalo con nuestras fotos. La idea fue de Lili. Se le ocurrió crear una fundación que se encargaba de la venta y de entregar el dinero a los orfanatos.

Las tarjetas eran de esa clase que dicen frases como: «A veces miento y digo que puedo vivir sin ti», sobreimpresa a la foto de una chica de largos cabellos sentada en el umbral de una casa en una calle empedrada. De esas.

Desde ya, no ganábamos nada, ni el costo de las fotos. Mirá si íbamos a especular con sacar un billete con algo así.

Una tarde de 1994, salimos a pasear Irenka y yo, como acostumbrábamos hacer varias veces a la semana.

Nos gustaba recorrer París y saludar a los conocidos. Anduvimos por Place du Tertre, donde teníamos un montón de pintores amigos, y de ahí nos fuimos al Bulevar de Clichy.

Esa tarde, tantísimos años después, entendí que todas las veces que Irenka jodía con la falsa muerte de mis viejos, me estaba ayudando a superar mi dolor.

Tené en cuenta que, en ese tiempo, lo que me había pasado con mi vieja y mi viejo era trágico para mí.

Pudo haberme dicho:

—Pendeja, a tus viejos dales una muerte digna y a otra cosa. En la vida, todos los que quedan destruidos y se reconstruyen son héroes. Vos sos una heroína.

No lo dijo de esa manera. Nunca fue de andar dando explicaciones. A su estilo, me enseñó que tomar lo que nos duele con buen humor ayuda mucho más que años de psicoanálisis.

Por lo menos, en mi caso. En el tuyo, no sé.

Una vez, Lili dijo que el destino, a veces, hace anuncios muy anticipados. Andá a saber si este no era uno de esos casos.

En medio de la charla, sin hacer ninguna pausa, Irenka dijo:

—Felisa acaba de morir en Valladolid.

Te digo que, en un primer momento, fue como si estuviera recibiendo noticias de alguien que conocí seiscientos años atrás.

Lo único que pregunté fue:

—¿Qué estaba haciendo en España?

—Siempre vivió allá.

¿Valladolid? Acá nomás, cruzando los Pirineos. ¿Nunca se le ocurrió venir a París a verme? Me mintió diciendo que se iba a Chile. Veinticinco años más tarde, comprobaba sin vueltas que me había tirado por la ventanilla del coche como se tira la colilla de un cigarrillo.

—Las cosas son como son. Y por algo son —dijo Irenka.

Lo mismo me dijo Lili mientras viajábamos en el taxi desde el aeropuerto a Montmartre el día que llegué.

Al rato, me puse triste. Cuando era chica, la había querido.

Ella había dejado de ser mi mamá. Mi mamá era Lili.

Viste que no podés elegir a tus padres, te toca lo que te toca, pero yo tuve la suerte de poder elegir a mi mamá.

Por si no te quedó claro, lo digo con las palabras apropiadas: cambié una madre de mierda por otra de oro puro.

Preguntarle a Irenka cómo se enteró de la muerte de Felisa era una huevada. Lo sabía porque era maga y las magas saben lo que los demás no sabemos.

Mientras tomábamos café en un bar, dije:

—¿A Lili le va a pasar algo?

Qué sé yo, eran hermanas mellizas. Lo que a una le pasaba, capaz que le pasaba a la otra.

—No, por unos cuantos años.

—¿Me lo jurás?

Puso la carta de orto que pone cuando la hincho y dijo:

—Sí. Y cortala. A Felisa la atropelló un camión.

¡Ah, qué bueno! No había sido una muerte natural. Era difícil que a Lili la pisara un camión.

Me dio ganas de comer torta de chocolate.

Mientras yo comía la torta, Irenka hablaba de *Rouge,* de la trilogía de Kieslowski y en la que Irene Jacob estaba bárbara.

Apenas hizo una pausa para comer torta, le pregunté:

—¿Quién de las dos se va antes?

—¿Adónde?

—Ya sabés.

—Alice, sos insoportable cuando te ponés rompe bolas.

—Dale. Decime.

Lo único que quería escuchar era que yo sería la primera.

—Yo —dijo.

Me quedé con la cuchara en el aire.

Vio mi angustia y dijo:

—Nacimos el mismo día y con ocho minutos de diferencia. En ese orden nos vamos. Yo nací primero. Ocho minutos después, te toca a vos. No vas a esperar mucho.

Ni loca le iba a preguntar cuánto faltaba para ese día. Me la pasaría con un almanaque tachando los días.

—¿Lo jurás?

—Me tenés podrida. No me lo vuelvas a preguntar nunca o te va a aparecer una oreja en la frente.

—Bueno, pero, ¿me lo jurás?

Lo juró. Pero se ve que la tenía harta.

Cuando fui a comer otro pedazo de torta, mi cuchara estaba doblada como una «u».

El llanto

Ese día, al volver a casa, Irenka estuvo un rato y se fue al estudio. Faltaba para la hora de comer y había sido un día un poco denso por la noticia. A pesar de todo, me sentí con energía como para arreglar mi placard.

Hacía tres meses que venía diciendo: «Mañana lo acomodo». Cuando entré al dormitorio, me dio fiaca y me tiré en la cama.

—Mireille, cuando todas nos vayamos ya sabés adónde, ¿volverás a cerrar la casa? ¿O habrá nuevos ocupantes?

Siempre hablaba con Mireille. A veces, me contestaba encendiendo y apagando una lámpara o haciendo ruiditos, como dos golpecitos de puño contra la pared. No dijo nada. Me parece que tenía medio hinchadas a las magas.

Me quedé entredormida hasta que escuché a Irenka. Había vuelto. Era fácil saberlo porque apenas entraba ponía música.

Hubiera seguido acostada, pero tenía que ir al baño.

Vi la puerta del dormitorio de Lili cerrada. Era raro que la cerrara, siempre la dejaba entreabierta, como si Irenka y yo fuéramos nenas chiquitas y tuviera que estar atenta por si nos pasaba algo malo.

Fui a verla. Estaba a punto de abrir la puerta cuando Irenka, a mis espaldas, dijo:

—No entrés. Lili precisa estar sola.

—¿Por?

—Está llorando por la hermana.

¿Lloraba por una mujer que le había hecho mucho daño y a la

que no veía desde más de cuarenta años atrás?

—Lili es la mejor mujer de este mundo —dije.

—Sí. Y de los mundos donde viven los extraterrestres.

El bonete

En el invierno de 1995, fuimos a un orfanato que no visitábamos desde el invierno anterior.

Desde los veintitrés años, dejé de vestirme de bailarina y usé un traje de payaso. Me sentía más cómoda, podía hacer gracias y si metía la pata parecía parte de mis payasadas.

Pierre dejó de acompañarnos en 1987. Michel, su pareja, lo esperaba para comer un cassoulet y tomar un par de botellas de buen vino tinto en la cantina de Pedro, el pescador, muy cerca de la nueva panadería de madame Claudine y a dos cuadras del edificio del señor Vincent y su esposa Adele.

Sin chofer, usábamos nuestro Renault 4, modelo 80, pintado de azul cielo; un vejestorio que, para nosotras, era una especie de amigo de la infancia al que queríamos y tratábamos como si fuera una Ferrari.

El tiempo pasaba y otros niños sustituían a los que se iban de los orfanatos, al hacerse mayores o, muy poquitos de ellos, porque eran adoptados.

Los nene enfermitos se convertían en angelitos y, en los últimos años, algunos se curaban y se iban caminando para ponerse en manos del destino.

¿Qué habría decidido la vida para ellos?

¿Los compensaría por el dolor que les hizo sentir?

Ese día, Irenka estaba reinspirada. Hizo un montón de trucos nuevos. Sentada en la primera fila, una nenita de unos dos años abría enormes los ojos y la boca en cada truco. Luego, sonreía y

aplaudía sin parar, parecía muy feliz viendo a Irenka. Era rubia, de cabellos muy largos y ojos celestes. Una nena preciosa y distinta a todos los nenes que había conocido.

No sabía qué cosa la hacía diferente. Lo raro era que me parecía conocerla. Tenía algo que me resultaba familiar.

Años después supe qué era.

De buenas a primeras sentí que Irenka había dejado de actuar para los demás chicos y solamente actuaba para la niña rubia.

En el final, lo confirmé.

Improvisando como siempre, me quitó el bonete de payaso que tenía en la cabeza y lo arrojó al aire.

Solo una vez había hecho ese truco (que no era un truco) y lo hizo para mí, más de veinticinco años atrás. Pero esta vez no era su galera de copa alta sino mi bonete de tela.

El bonete subió casi hasta el techo, quedó suspendido en el aire. Todos nos quedamos con la cabeza torcida, mirando para arriba. El bonete zigzagueó en el aire, se frenó de golpe, permaneció quieto unos segundos y comenzó a descender con lentitud. Como en cámara lenta.

Aterrizó en la cabeza de la nena rubia.

Le cubrió la cabeza, hasta más de la mitad de la frente y casi tapándole los ojos.

Los chicos y los grandes aplaudían y gritaban desaforados.

La nenita rubia tenía una enorme sonrisa y se le veían sus pequeños y blanquísimos dientes de leche. Sus ojos brillaban como lucecitas encendidas.

Irenka se acercó a ella y, de la nada, sacó una margarita y se la

dio. Sin dejar de sonreír, la nena la tomó.

El pecho se me reventaba de la emoción.

Irenka iba a ser mamá.

La dirección

Irenka nunca se había cambiado tan rápido de ropa.

—Voy a hablar con el director. Esperame —dijo.

Cargué los bolsos y me senté en el pasillo, cerca de la oficina del director.

Me parece que saludé a varias empleadas que andaban por ahí. No me acuerdo bien. Tenía la cabeza en otra cosa.

Me comí los tres chocolates que siempre llevo en la cartera, una caja de anises, un paquete de caramelos de frutilla y empecé a masticar un chicle.

Estaba agotando mi cargamento contra la ansiedad.

De repente, en un extremo del pasillo, vi a Odette, una de las empleadas más antiguas.

Tomada de la mano de Odette, caminaba la niña rubia.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Odette pasó a mi lado mirándome con una sonrisa.

La niña rubia sonrió y levantó su manito saludándome.

Levanté mi mano. Y no pude decirle «hola» porque no me salió la voz.

Entraron a la oficina del director.

El premio

Los trámites de adopción son largos y complicados. Este no. Lili conocía a muchas personas influyentes. Irenka y yo anduvimos bastante y algunos conocidos importantes teníamos.

Además, ella era muy reconocida por lo que hizo por los nenitos durante tantos años. Como fotógrafa tenía mucho talento y había obtenido fama y premios.

Yo también me había convertido en una fotógrafa un poquito conocida y gané algunos premios. Claro que entre Irenka y yo no juntábamos ni la mitad de los de Lili, pero los ganamos. Y siempre es lindo saber que valoran tu trabajo.

Cuando gané el primero, me acordé de la medalla que me dieron por el tercer puesto en la carrera de natación.

Y bueno, pensé, resultaste un poco buena en algo.

La verdad es que no era un concurso importante, pero para mí, significó mucho, como si, de haber sido actriz, me dieran el César, el Oso de plata y el Oscar, todos juntos.

Lo que puedo asegurarte es que Irenka, apenas vio a la nena sentada en la primera fila supo que no la dejaría un día más en el orfanato. Nadie podría haberlo impedido.

En definitiva, era maga y, aunque nunca usaba su poder para obtener algo para ella, en este caso, si le ponían muchos obstáculos, no sé qué pudo haber hecho.

Te estoy macaneando: sé muy bien lo qué habría hecho. Este asunto era súper especial, una excepción a la regla.

No soy telépata ni clarividente, pero siempre sé lo que está

pensando y lo que va a hacer.

Así que, según lo preví, ese mismo día, Irenka salió del orfanato con la niñita tomada de su mano.

Al poco tiempo, tuvo la adopción definitiva. Sumando todos los premios que ganamos las tres, este valía más que todos.

Babette era parte de nuestra familia.

Babette – 1

La abandonaron en la puerta del hospital Pitié-Salpêtriè.

Era recién nacida y aún mantenía el cordón umbilical. Estaba dentro de una caja, envuelta en trapos, y nadie le había dado de comer. Estuvo treinta días en observación.

Era una beba sana y la trasladaron para ser dada en adopción.

Todos los requisitos estaban cumplidos, pero, de manera repentina, Babette enfermó. Su cuerpo se llenó de manchas violetas desde la cara a los pies. Tenía fiebre muy alta.

La adopción fue interrumpida.

Durante sesenta días, su estado se mantuvo igual. Los mejores especialistas de París la revisaron. El caso era muy extraño.

Nadie podía explicar el motivo de las manchas y la fiebre alta.

Le hicieron todo tipo de estudios. Llegaron a creer que se trataba del primer caso de una epidemia.

No encontraron virus, bacterias ni alergias que pudieran provocar la enfermedad. El caso fue presentado en congresos y en revistas científicas. Jamás se encontró la causa.

Lo único cierto fue que una mañana encontraron a la niña sin ninguna mancha y la fiebre había desaparecido de la misma manera que apareció: sin justificación alguna.

La mantuvieron bajo vigilancia médica hasta que cumplió un año. Consideraron que el episodio había sido un hecho aislado y pensaron que sería muy difícil que se repitiera.

La niña estaba sana; tan sana que, sin que nadie le enseñara, había aprendido a hablar, caminar y comer sola.

Como se encontraba en perfecta condición física fue dada en adopción a una nueva familia.

El día en que debía marcharse del orfanato, entró en estado de coma. Le hicieron toda clase de estudios y no pudieron encontrar ninguna causa médica que justificara el coma.

Se mantuvo en ese estado durante cincuenta días.

Tan de repente como entró en coma, salió. No había ninguna explicación en los libros de medicina.

Cuando Irenka la pidió en adopción, fue informada en forma detallada de todo esto. El director del orfanato le aconsejó que conversara con los especialistas que la habían estudiado y no se apresurara a tomar una decisión. El hombre tenía buena voluntad. Hacía tiempo que conocía a Irenka y le tenía afecto.

Cuando el director terminó, Irenka sonrió con una sonrisa a lo Julia Roberts y dijo:

—La niña no quería ser adoptada. Esperaba por mí.

Un rato más tarde, Irenka y Babette salieron del orfanato tomadas de la mano.

Irenka había encontrado una hija y Babette, a la mamá que estuvo esperando.

Babette – 2

Babette era muy inteligente. Aprendió a leer y escribir antes de los cuatro y aprendía con facilidad lo que fuera. Como llegó de chiquita, le resultó normal saber de Mireille y los poderes de Irenka. Entendió rápido que nunca debía hablar de todo eso con nadie, que no fuéramos nosotras.

Era habitual verla persiguiendo a Irenka pidiéndole que hiciera trucos. Irenka ponía los brazos en jarra, la miraba fijo y le decía que la iba a meter adentro de una sandía si no se dejaba de andar jorobando.

Babette corría hasta donde yo estaba y me decía:

—Tía Alice, si mamá me mete adentro de una sandía, ¿vos me vas a sacar?

Le contestaba que sí y Babette, segura de ser salvada si le pasaba lo peor, le insistía a Irenka para que hiciera magia.

Aprendió a hacer muchos trucos y era muy buena. Según Lili, tenía la misma habilidad que Irenka a su edad.

Un día empezó a hinchar con querer actuar con nosotras.

Irenka le dijo que iría cuando tuviera quince. No era igual que una señorita saliera del orfanato junto a unas señoras, que una nena con su mamá mientras los nenes se quedaban solos.

Entendió y dejó de insistir. De todos modos, un día dijo:

—Si a los doce parezco una señorita, ¿me vas a llevar?

Irenka le dijo que sí y no embromó más con el tema. Y así supimos quién se encargaría de reemplazarnos.

Lili le contaba largas historias y pasaba más tiempo con ella

que en su estudio. Podía decirse que su nieta la entretenía más que su trabajo. Había publicado doce libros de arte y sus obras estaban en los mejores museos de fotografías del mundo, como el Ludwig y el Foam.

Babette era incansable. Más inquieta no podía ser. Se pasaba todo el tiempo haciendo alguna cosa. Y, no sé por qué, a mí me tomó de punto.

Yo era la tía con la que conseguía lo que se le daba la gana. Si me hubiera pedido que fuéramos a pasear por Champs Elysées montadas en una cebra, lo habría hecho.

El gatito

El nuevo siglo había empezado y el mundo seguía andando, como siempre. Otra vez habían fallado las profecías de Nostradamus y hubo muchos desilusionados que esperaron tomados de la mano el fin del mundo.

La gente estaba más loca de lo que parecía a primera vista.

¿Habían nacido más locos en los últimos años o el nuevo siglo trajo una epidemia de demencia?

Montones de tipos se amargaron porque la profecía no se cumplió. ¿Por qué no metían la cabeza en un barril con vinagre y se dejaban de hinchar las pelotas?

Babette ya tenía ocho años y la llevé al cine a ver *Shrek*.

(¿No hacían más películas con Tom y Jerry?).

Después, fuimos a un McDonald´s, pedimos hamburguesas, papas fritas y cocacola, una comida que, como cualquiera sabe, es el alimento más saludable para las niñas.

Cada vez que Babette levantaba levemente la cabeza, entornaba los ojos y se acomodaba el pelo con las dos manos estando conmigo, alguna cosa me iba a pedir.

—Tía Alice, ¿me comprás un gatito?

Nunca tuvimos animales en casa. Prefería un perro, pero ya te dije que no podía negarle nada.

Terminamos de comer y fuimos a comprar el gato. Eligió un gatito Ragdoll. Tenía dos meses, era chiquito, peludito, divino.

—¿Qué nombre le vas a poner? —le pregunté a Babette.

Volvíamos a casa en taxi.

—Ninguno.

—¿Le decimos «Gato», como Audrey Hepburn en *Desayuno en Tiffany´s*?

Se quedó callada mirando por la ventanilla.

—Tiene un pelito muy suave. ¿Estás contenta?

—No —dijo.

Me acordé de Homero Simpson acogotando a Bart.

Llegamos al edificio. Subimos en el ascensor. Yo estaba enloquecida con el gatito, pero no podía tocarlo porque en la veterinaria lo pusieron en una jaula para gatos, pobrecito. Dicen que en la calle hay que llevarlos así.

Yo pensaba comprar una correa y sacarlo a caminar como se hace con los perros.

El ascensor se detuvo en el segundo piso.

Creí que Babette se había equivocado al apretar el botón del piso. Sin embargo, muy decidida (como siempre), abrió la puerta del ascensor, bajó y me dijo:

—Tocá el timbre.

Señaló el departamento de la señora Marceau, una buena mujer que había enviudado tres años atrás.

—¿Para qué?

Resopló y tocó el timbre.

—No está —dije, había pasado un minuto.

Babette se quedó parada sin moverse.

Esperé otro minuto. Iba a decirle que nos fuéramos y, justo, la señora Marceau miró por la mirilla.

Abrió la puerta.

Se la veía demacrada y como si hubiera estado llorando.

No alcanzó a decir ni buenas tardes, Babette le dijo:

—Llevaron este gatito a casa. Mi tía Alice se dio cuenta de que era un error. Es suyo. Tiene su nombre en el papelito.

¿Qué papelito? Miré al gato. Colgado del cuello, tenía un papelito celeste. No lo tenía al entrar a la jaula.

—¿Para mí? ¿Pero quién?

A la señora Marceu se le cayeron las lágrimas.

Me quedé alelada. No sabía qué hacer. Babette dijo:

—Tía Alice, dale el gatito.

La señora Marceu abrió la jaula.

—¡Dios mío! ¡No puedo creerlo! Es igual a mi Francis cuando era chiquito.

El papelito decía: «Para la señora Marceau».

La letra me resultó conocida.

Abrazó al gatito.

Pobre mujer, vivía sola y su única compañía era su gato Francis, al que adoraba. Bueno, ahora tendría dos gatos para que la acompañaran y menos lugar en su cama.

La señora Marceau, muy emocionada, dijo:

—Mi querido Francis murió hoy. Acabo de volver de su entierro. Nadie se enteró de que había muerto. Estaba tan triste y, de repente, usted aparece con este gatito.

—Francis se fue al «País de los Gatos». Hay muchos gatos, son amigos y juegan entre ellos —dijo Babette.

La señora Marceau le acarició la mejilla.

—Sos una nena hermosa, un tesoro.

Babette me tironeó del vestido y dijo:

—Tía Alice, vamos a casa. Tengo hambre.

Una salida a lo Irenka.

—No sé ni qué decir —dijo la señora Marceau.

Tomándome de la mano, agregó:

—Yo sé que usted compró el gatito. Y no lo niegue. Usted es una de las tres hadas del séptimo.

¿Yo? Las cosas que la gente cree. Mirá si voy a ser un hada.

La señora Marceau quiso que pasáramos a tomar el té.

Le prometí que otro día bajaría a visitarla y ver al gatito.

A Babette no le pregunté nada.

¿Qué le podía preguntar?

¿Cómo supo que el gato de la señora Marceau había muerto? ¿Cómo metió el papelito con la jaula cerrada?

Y si, como preguntar, le podía preguntar.

El muñequito

En casa estábamos las dos solas.

Lili e Irenka trabajaban en sus estudios.

Me saqué el vestido y los zapatos. Con pantalones bermudas, remeras y descalzas, Lili, Irenka y yo nos sentíamos más cómodas para andar en casa.

Le pregunté a Babette si quería jugar al chinchón. Nunca decía que no. Siempre estaba dispuesta a jugar a lo que fuera.

Jugábamos con un mazo de 48 naipes y dos comodines, que sacábamos para eliminar ventajas.

La verdad, mi intención no era jugar al chinchón, sino otra.

—Fue muy bueno lo que hiciste al comprar el gatito.

—Lo pagaste vos.

—Sí. Pero la idea fue tuya.

Como si no le interesara hablar del asunto, empezó a mezclar las cartas. Pero no se me iba a escapar. Dije:

—Qué lindo lo que le dijiste a la señora Marceau de «El país de los gatos».

—La abuela Lili me dijo que los pajaritos vuelan al «País de los pájaros». El gatito se fue al «País de los gatos».

—Algún día, Lili, Irenka y yo, nos vamos a ir al «País sin nombre». Después de muchos años, vos también vas a ir y vamos a estar esperándote con kilos de helado de chocolate y vainilla.

Meneó tantas veces la cabeza que parecía uno de esos muñequitos a pilas.

—Mireille no quiere que se vayan. Tampoco yo voy a irme ni

Dominique. Todas vamos a vivir acá.

—¿Quién es Dominique?

—Mi hija.

—Mirá qué bien. ¿Pensás casarte joven?

Volvió a menear la cabeza como un muñequito.

—No voy a casarme.

—Es cierto, ya no se usa. ¿A quién se va a parecer el papá de Dominique? ¿A Shrek?

Me reí imaginándolo. Babette ni se inmutó.

—No tiene papá —dijo.

—¿Y cómo vas a tener a Dominique?

—Como mamá me tuvo a mí.

Me sorprendió.

—¿Y de dónde sacaste todo eso?

Infló los cachetes como si la estuviera cargoseando.

—Me lo dijo Mireille.

—¿Ah, sí? ¿Ella te habla?

—Todo el tiempo. Es charlatana como ustedes.

—¿Y por qué vos podés escucharla y yo no?

—Porque no tenés súper oído, como Superman y yo.

Se puso a reír.

Súper oído. Muy chistosa. Haceme cosquillas, así me río.

Dale, hacé como tu mamita y seguí pateando la pelota afuera.

No te preocupés, angelita mía, te voy a agarrar.

La tía Alice no es tan pavota como parece. Ya vas a ver.

El don

Me ganó la partida. Era el momento de hacer la prueba.

—Te apuesto dos euros por cada carta que adivines. Las saco de a una del mazo y, sin que puedas verlas, decís cuál es. Si adivinás más de veinte, te doy 10 euros por cada acierto.

Poniendo cara de desinterés, aceptó. Mezclé. Saqué una.

—Seis de oros —dijo.

Acertó las 48. Me ganó 480 euros. Dije:

—Sos como Irenka. Ella lo supo apenas te vio y, cuando creciste, te enseñó a ocultar tus dones. Nadie normal puede acertar las 48 cartas.

Poniendo la misma cara que ponía Irenka en ocasiones similares, dijo:

—Es un truco tonto.

Lo de truco tonto lo escuché por primera vez al salir de la panadería de madame Claudine, más de treinta años atrás.

—Me lo enseñó mamá. Las cartas están marcadas —agregó.

Más bien que revisé las cartas y no encontré ninguna marca.

—¿Y cómo supiste que el gato había muerto?

Suspirando, Babette dijo:

—Cuando salimos para ir al cine, vi a la señora Marceau subiendo a un taxi. Llevaba una frazadita en brazos, como envolviendo un bebé. Me imaginé que su gatito Francis había muerto y lo iba a enterrar en el cementerio de mascotas.

Macanas. Cuando yo tenía dieciocho, Irenka me verseaba explicando lo que hacía y yo me tragaba todo porque era una flor

de tarada. Lo que me faltaba era que una nenita de ocho años me quisiera versear igual que su mami.

—Ajá, mirá vos. ¿Y cómo llegó el papelito con el nombre de la señora Marceu a quedar colgado en el cuello del gato, si estaba encerrado en la jaula?

—Un truco tonto. Me lo enseñó mamá. Puse el papelito antes que el gatito entrara a la jaula. El papelito estaba enrollado y no se veía porque quedó cubierto por el pelo. Con el movimiento, se desenrolló. Y pagame los 480 euros.

Sí, seguro. Tu mamita te enseñó bien a esconder tus poderes. Y claro que Lili ya lo sabe.

Como siempre, no me dijeron nada para que me diera cuenta sola. No demoré tanto. Apenas unos cinco años.

Quedate tranquilita, Babette querida, ya te voy a agarrar.

Fui a mi dormitorio a sacar los euros de la lata donde los tenía guardados. Después, mientras volvía a la cocina, me acordé de lo que me contó Lili, cuando se le cayó la pava con agua hirviendo y, antes que se le quemaran los pies descalzos, la pava y el agua quedaron suspendidas en el aire.

¿Por qué me acordé de eso justo en ese momento? Porque las cosas son como son y por algo son.

—Tomá los euros. Juguemos otra partida, pero con este mazo nuevo, sin cartas marcadas. Así no hacés trampas. Voy a preparar café —le dije a Babette.

Poniendo carita de inocente, a lo Irenka, dijo:

—Yo no hago trampas. Vos sos mala perdedora.

Llené la pava de agua. Encendí el fuego.

A la cafetera le puse el filtro y eché café.

Me quedé parada al lado de la cocina, esperando que el agua se calentara.

Pensé que iba a ser grandioso estar, por siempre, todas juntas en la casa.

Nada mejor que vivir la eternidad al lado de Lili, Irenka, Babette y Mireille? ¡Ah!, también con Dominique.

El agua estaba a punto de hervir.

También pensé en todas las maravillas que presencié desde el día que llegué destruida a París y, en el aeropuerto, escuché mi nombre:

—¡Alicia!

Y vi a una mujer, con un tapado de conejo blanco y largos cabellos rubios, que abría los brazos caminando hacia mí con una enorme sonrisa que irradiaba alegría y que me pareció la mujer más hermosa que había visto en la vida.

Ese día era imposible que, ni forzando al máximo mi imaginación y mi intuición, pudiera imaginar que esa mujer se convertiría en mi mamá y su hija, en mi hermana.

Y que las amaría más que a nada en la vida.

Cuando Lili me tomó del brazo y comenzamos a caminar, me estaba llevando a un mundo distinto, un mundo de prodigios en el que pasaría el resto de mi vida y en el que aprendería, ni más ni menos, a ser feliz.

Había cumplido cincuenta años y, a veces, me parecía imposible. ¿Cómo hizo el tiempo para irse tan rápido?

Con los brazos cruzados, sin abrir la boca para decirle que tu-

viera cuidado, miraba a Babette, que parecía estar a punto de romper la ley de la gravedad poniendo la silla en dos patas e inclinándola hacia atrás.

Podría haberle dicho:

—¿Sabés que tu mamá hacía lo mismo?

No se lo dije. No hacía falta.

Babette, mi pequeña, a la que le daría mis ojos si los precisara, sabía cómo cuidarse sola.

Babette estaba haciendo un gigantesco globo con dos chicles que había metido en su boca.

Daba la impresión de estar ajena a todo y solo concentrada en su globo.

Te podría haber apostado que no era así y estaba atenta al mínimo detalle de lo que pasaba a su alrededor.

Y te hubiera ganado.

Treinta años atrás, corrí novecientos kilómetros por las calles de París cubiertas por quince metros de nieve y, al llegar a casa, Mireille abrió la puerta dejándome entrar a un mundo mágico.

Desde aquel día, supe que lo imposible era posible.

En unos minutos se produciría uno de esos hechos que parecen imposibles, pero que son posibles.

Y yo iba a ser una de las protagonistas.

La primera vez que vi a Babette, en la función en el orfanato, había en ella algo que me resultó familiar.

¿Te acordás que lo dije?

Viste que, a veces, estás viendo algo, pero no lo ves.

Está ahí, todo el tiempo delante tuyo. Lo viste tantas veces

que ya te resulta habitual y dejás de prestarle atención, como si se hubiera integrado a vos.

¿Me expliqué?

Eso que vi en Babette, lo había visto trescientos millones de veces en mi hermana Irenka.

A lo mejor, pensás que seguía siendo la misma burra que era cuando llegué a París. Es verdad que no soy muy inteligente, pero aprendí muchas cosas.

Mejor dicho, no muchas. Unas pocas. Pero a esas las sé bien.

En el mundo de las maravillas, solo lo mágico existe. La razón se detiene en la entrada porque de nada sirve, nada puede explicar. Para estar en él, nada más que fe se precisa.

Fe en que eso que siente tu alma es posible.

Una noche de hace como mil años, Lili me enseñó a confiar en lo que sentía y creía.

Era una de las cosas que aprendí muy bien: a tener fe en mí.

Y este asunto era una cuestión de fe.

Babette seguía inclinada hacia atrás. El globo era enorme.

El agua hirvió.

La tapa de la pava se movió por el vapor.

Saqué la pava del fuego.

Miré mis pies descalzos.

Tenía la pava en la mano.

Cerré los ojos.

Sonreí.

Solté la pava.